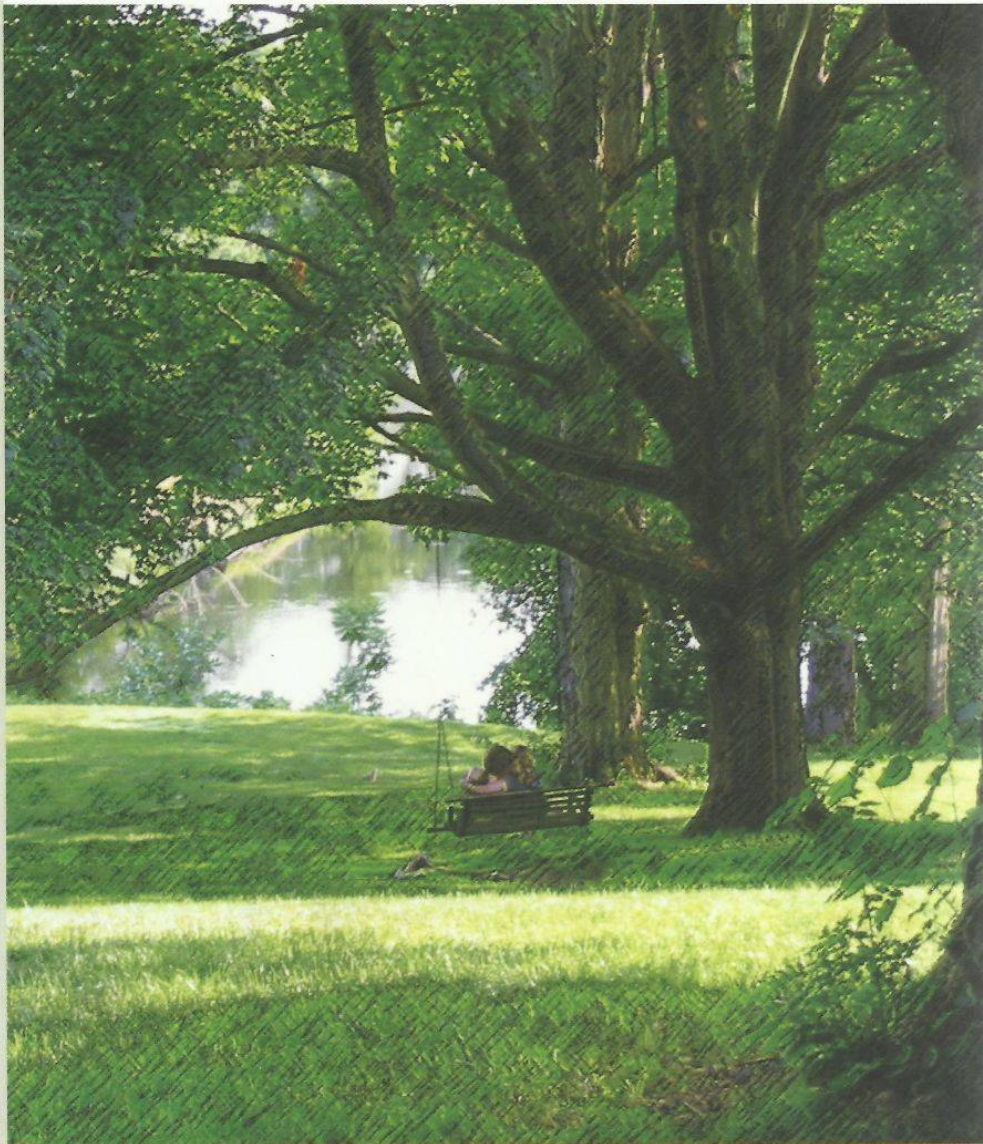


PENSAMIENTOS EN EL CAMINO

Bert Hellinger

COLECCIÓN PSICOLOGÍA



 rigden institut gestalt

PENSAMIENTOS EN EL CAMINO

Bert Hellinger

Las citas que marcan el comienzo de los capítulos proceden
de poemas de Rainer Maria Rilke.

Título original
Gedanken Unterwegs

Título
Pensamientos en el camino

Primera edición
Octubre 2006

© 2003 Bert Hellinger
© 2006 para la edición en castellano
Rigden Edit S.L.

Traducción
David Samuel Klein

Versión libre de los
poemas de R. M. Rilke
Alberto Cousté

Portada
Fotografía: James H. Feil
Diseño: Bárbara Pardo

Fotocomposición, impresión y encuadernación
Zero preimpresión, S.L.

Impreso en España

Depósito Legal
B-45.471-2006

ISBN
84-935095-2-3

RIGDEN INSTITUT GESTALT
Verdi, 94, bajos
08012 - Barcelona
www.institutgestalt.com

Para Maria Sophie

SUMARIO

| | |
|------------------------|----|
| Introducción | 10 |
| Sobre este libro | 11 |

«ATIENDE EL JADEO, LA FRASE QUE NO ACABA, PORQUE PROVIENE DEL SILENCIO»

| | |
|--------------------------------|----|
| Escuchar desde el centro | 14 |
| La claridad | 15 |
| La palabra | 16 |
| El silencio | 18 |
| Lo no dicho | 20 |
| El callar | 21 |
| La concentración | 22 |
| El espejo | 23 |
| La profundidad | 24 |
| La sintonía | 25 |
| La serenidad | 26 |

«AUN CUANDO TANTAS VECES EL REFLEJO / SE VUELVE EVANESCENTE EN LA LAGUNA / LA IMAGEN PERMANECE»

| | |
|----------------------------------|----|
| Curiosidad y entendimiento | 28 |
| La cognición | 29 |
| La verdad | 30 |
| El prejuicio | 31 |
| La sobriedad | 33 |
| Telarañas mentales | 35 |
| El sueño | 36 |
| Lo sencillo | 37 |
| Historias | 38 |
| Lo abierto | 39 |

| | |
|-------------------|----|
| La añoranza | 40 |
| La esperanza..... | 42 |

«TIERRA QUERIDA, QUIERO»

| | |
|--------------------------------|----|
| La grandeza | 44 |
| La riqueza | 45 |
| La belleza | 46 |
| La sencillez de espíritu | 47 |
| Lo luminoso..... | 48 |
| Lo imperfecto..... | 49 |

«OH VIDA, TIEMPO PEREGRINO»

| | |
|-------------------------------|----|
| «Alegraos de la vida»..... | 51 |
| La vida en su totalidad | 52 |
| El mundo interior..... | 54 |
| El espíritu..... | 56 |
| La disposición..... | 57 |
| El riesgo..... | 58 |
| Lo otro | 59 |
| Lo especial | 60 |
| Lo nuevo | 61 |
| Lo fugaz | 62 |
| El éxito..... | 63 |
| Los enemigos..... | 64 |
| La obstrucción | 66 |
| La sinceridad | 67 |
| Caminos | 68 |
| La retirada..... | 70 |
| La referencia pura | 71 |
| La plenitud..... | 72 |
| Lo oscuro..... | 73 |
| La protección | 74 |
| Amigos..... | 76 |
| Dar el honor..... | 77 |
| Cumplimiento | 78 |
| El respeto | 80 |

«... Y CON EL FIN COMIENZA»

| | |
|--------------------------------------------|----|
| La despedida | 82 |
| La pérdida..... | 83 |
| La renuncia | 84 |
| El temor..... | 85 |
| El morir | 86 |
| Fatigado | 87 |
| El descanso | 88 |
| El sueño..... | 89 |
| La tumba..... | 90 |
| Bendición a los muertos..... | 91 |
| El destino | 92 |
| La libertad..... | 93 |
| La paz..... | 94 |
| «El mundo también cambia velozmente» | 95 |
| Lo que bien acaba bien comienza | 96 |

«PEQUEÑO ES LO QUE APORTAMOS EN LA LUCHA E INMENSO LO QUE LUCHANDO NOS ENFRENTA»

| | |
|----------------------------------------------|-----|
| La fuerza | 98 |
| El control..... | 99 |
| La confianza..... | 100 |
| La voluntad..... | 101 |
| La resolución | 102 |
| La decisión..... | 103 |
| El derecho | 104 |
| Liderazgo | 106 |
| La preocupación..... | 107 |
| El poder..... | 108 |
| El rigor | 109 |
| Juegos de la vida, juegos de la muerte | 110 |
| El juego..... | 111 |
| La entrega | 112 |

«¿EN QUÉ INSTRUMENTO REPOSAMOS? ¿QUÉ VIOLINISTA TEMPLA NUESTRAS CUERDAS? OH DULCE MELODÍA»

| | |
|-------------------------------|-----|
| La dedicación..... | 114 |
| «Oh, sonreír, ¿adónde?» | 115 |
| La alegría..... | 116 |

| | |
|---------------------------------|-----|
| Con mucho gusto | 117 |
| Con gran deseo..... | 118 |
| «Te quiero» | 119 |
| El amor..... | 120 |
| Sexo | 121 |
| Amor que deja | 122 |
| La vinculación | 123 |
| El odio | 125 |
| El corazón | 126 |
| La ayuda | 127 |
| El movimiento amoroso | 128 |
| El respeto | 130 |
| Diálogos | 131 |
| La felicidad | 132 |
| La prudencia..... | 133 |
| La clemencia..... | 134 |
| La bondad..... | 135 |
| La compasión..... | 136 |
| Jesús..... | 137 |
| La modestia | 138 |
| Dar las gracias | 139 |
| Dar las gracias de verdad | 140 |

«A IMPULSOS NOS MOVEMOS, MAS EL TIEMPO TRANSCURRE INDIFERENTE A TODO LO QUE NO SEA ATERNIDAD»

| | |
|--------------------------|-----|
| El tiempo..... | 142 |
| La premura | 143 |
| El momento oportuno..... | 144 |
| Un ratito..... | 145 |
| El futuro | 146 |
| El aburrimiento | 147 |

«MATAR ES UNA FORMA DE NUESTRO DUELO ERRANTE»

| | |
|-------------------------------------------------------------------|-----|
| «Los que van a morir te saludan»..... | 149 |
| Soldados..... | 151 |
| «Que todo gesto compasivo se aparte del camino del vidente» | 152 |

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Meditaciones sobre las <i>Elegías de Duino</i> y los <i>Sonetos a Orfeo</i> de Rainer Maria Rilke..... | 155 |
| La primera elegía..... | 157 |
| La segunda elegía..... | 158 |
| La tercera elegía..... | 159 |
| La cuarta elegía | 161 |

«EN LA VERDAD SE CANTA CON UN ALIENTO DIFERENTE. SE RESPIRA EN LA NADA. ES UN SOPLO DE DIOS. UN VIENTO ACASO»

| | |
|------------------------------|-----|
| El pecado..... | 164 |
| El espíritu y el mundo | 165 |
| La totalidad..... | 166 |
| Dios | 167 |
| La oración | 169 |
| El milagro..... | 171 |
| Redención | 173 |
| El sufrimiento | 175 |
| La iluminación..... | 176 |
| La madre | 177 |
| El no..... | 179 |
| El pensamiento | 180 |

CONSIDERACIONES A MODO DE EPÍLOGO

| | |
|--------------------------|-----|
| Sentencias | 182 |
| Dos clases de saber..... | 185 |

INTRODUCCIÓN

EL PORQUÉ DEL TÍTULO

El título de este libro, *Pensamientos en el camino*, tiene varios significados. Por una parte quiere decir que estos pensamientos acudieron a mi mente cuando me encontraba «en el camino»: o sea, a menudo, en el tren o durante algún largo vuelo en avión; o bien en hoteles extranjeros, cuando no podía conciliar el sueño por la noche; o incluso en la pausa de un curso o en los días libres antes de mi siguiente intervención.

Por otra parte, el título significa que estos pensamientos también se encuentran en camino, que están todavía lejos de la meta, inacabados, en tránsito y por tanto abiertos a lo venidero, que sólo se ha vislumbrado sin haber sido captado ya en su totalidad.

Yo también estoy aún en el camino, con estos pensamientos, y todavía tengo curiosidad por saber qué quieren decirme. Porque se han desprendido de mí y caminan a mi vera. No obstante, les tengo cariño. A mi lado, se sueltan y al mismo tiempo me liberan.

Queridos lectores: También ustedes pueden ponerse en camino con estos pensamientos, elegir su propia ruta y dejar atrás muchas cosas para encontrar tal vez otras, sorprendentemente nuevas.

Es lo que les desea

Bert Hellinger,
siempre suyo

SOBRE ESTE LIBRO

A veces nos extrañamos de lo que sucede en nuestra alma cuando decimos *te quiero*. Sentimos que dentro de nosotros se pone en movimiento algo que trasciende con creces estas palabras, algo que nos eleva y al mismo tiempo nos infunde miedo.

O cuando oímos la palabra *concentración* y rastreamos su significado, las múltiples variantes de ese significado, y lo que sucede en nosotros cuando nos concentramos de una u otra manera.

Sobre temas de esta naturaleza he reflexionado en el presente libro, e intentado describir el efecto que producen en mí. Las descripciones son incompletas. A veces, incluso se adentran en regiones oscuras; pero quizá nos muevan a meditar sobre ellas.

Otras descripciones, como las del capítulo *Matar es una de las formas que manifiesta nuestro duelo errante*, por ejemplo, podrán resultarle escandalosas a algún que otro lector. Sin embargo, quise mirar también estos aspectos de nuestra vida y darles en mis pensamientos el espacio que ocupan en la realidad.

Cada descripción representa una unidad, si bien algunas se complementan y otras incluso parecen contradecirse... como nos sucede justamente con nuestras experiencias vitales. Pero las he puesto en un cierto orden, inspirado no tanto por la lógica como por el sentimiento, y las he dividido en capítulos. No obstante, uno puede iniciar y terminar la lectura por donde desee. Estas descripciones necesitan tiempo para revelar su significado. Requieren, de vez en cuando, un alto en el camino.

Es importante insistir en que se trata, sobre todo, de descripciones. De descripciones, sin embargo, que obran su efecto en el alma: suscitando tal vez una comprensión, encendiendo sorpresivamente una luz o aportando consolación.

Sigo un método en el que uno se expone a la plenitud de lo que se manifiesta y la deja obrar en su intimidad, sin prejuicio, sin premeditación, sin miedo. Al cabo de un rato, la plenitud se va estructurando, y pasa a primer

plano lo que es esencial para nuestra vida.

«ATIENDE EL JADEO
LA FRASE QUE NO ACABA
PORQUE PROVIENE DEL SILENCIO»

ESCUCHAR DESDE EL CENTRO

El oído escucha hacia afuera. El alma escucha hacia adentro. O, dicho más exactamente, el alma escucha en sintonía con algo más grande y percibe al oyente y al hablante, y lo que se dicen, como partes integradas en un conjunto y unidas a él. Este es el escuchar desde el centro; tanto desde el centro propio como desde el centro del otro y el centro del ser.

Este escuchar no tiene punto de ubicación, pues el punto de ubicación se sitúa fuera del centro, en la superficie más periférica, en lo más alejado del centro. Por eso, el punto de ubicación carece, en el fondo, de ubicación. Sólo está en el pensamiento y en el deseo, pero no responde a una experiencia profunda. El punto de ubicación separa en lugar de unir. Por consiguiente, quien escucha desde el centro permanece sin punto de ubicación. Si alguien le manifiesta su punto de ubicación, él escucha algo distinto, algo situado más allá de lo dicho. Por tanto, si después de escucharlo dice algo, puede dejar en su sitio el punto de ubicación del otro. Él sabe volver de lo escuchado al centro y llevarse quizás al otro a ese centro, que al final los une.

LA CLARIDAD

La claridad es de una amplia complejidad. Es capaz de ver el gran contexto, el trasfondo de las cosas, las posibilidades y las consecuencias. Y siempre es benéfica. No necesita demostrar nada, pues aun siendo clara no tiene punto de ubicación. También podemos decir que no lo tiene porque es clara, pues sólo lo estrecho necesita un punto de ubicación que lo diferencie. La claridad, al ser clara, también es vasta.

¿Cómo obtenemos claridad? En primer lugar, al retirarnos para que se abra un espacio intermedio entre nosotros y la situación sobre la que queremos obtener claridad. Sólo así podemos formar nuestra composición de lugar.

En segundo lugar, al no proyectar o no volcar sobre la situación ninguno de nuestros conocimientos ni ninguno de nuestros deseos. Antes bien, debemos mantener una actitud imparcial y dejar que la situación actúe sobre nosotros en toda su complejidad, incluso con sus aparentes contradicciones, hasta que los múltiples elementos se inserten ante nuestro ojo espiritual en un orden dinámico y se manifieste lo esencial, el paso siguiente, el entendimiento decisivo.

Vemos, pues, que la claridad propiamente dicha no se obtiene, sino que se regala a quien sabe esperar, atenta y distanciadamente a la vez. Emerge de lo que a primera vista se nos antoja como una plenitud caótica, y lo hace a veces como un rayo que esclarece por un rato el entorno en el que debemos movernos y salir adelante. La conservamos mientras actuamos conforme a ella, y ella se transforma durante la acción. Sólo en la acción se torna plenamente clara. Por eso, uno no puede enseñarla o incluso demostrarla fuera de la acción. A quienes actúan conforme a ella, sobre todo cuando lo hacen colectivamente, les resulta clara. Se desarrolla y se profundiza mediante la acción.

LA PALABRA

La palabra, en sus orígenes, es palabra hablada, palabra que se dice. Con ella se participa, se nombra o se describe algo. Sirve para el intercambio, es un dar y un tomar. Le revela al otro algo que hasta ese momento quedaba oculto para él, le hace partícipe de algo personal y crea una relación y confianza. No sólo se trata de lo que se dice, sino también de cómo se dice, del tono, de la expresión, de la mirada, del gesto. Es gracias a estos elementos que la palabra no solamente se escucha sino que también se ve.

Existen palabras de peso. En ellas se condensa un proceso, un acontecer, una realidad dilatada en un amplio lapso. Es el caso de la palabra *madre*, por ejemplo, o de *padre* o *hijo*. La palabra de peso mueve algo en el alma, la conmueve, pone algo en marcha. Por ejemplo, el grito *socorro* o un simple *por favor* o *gracias*. Pero también las palabras *vida* o *despedida* o *patria* nos conmueven y ponen algo en marcha.

Algunas palabras penetran en nosotros y nos introducen, por el modo como se dicen, en el proceso que describen. Por ejemplo, la palabra *soplo*. O la palabra *árbol*, ante la que efectuamos, sin querer, un movimiento interior que reproduce la redondez de su copa en forma de gesto.

En la palabra hablada vibra algo que le falta a la palabra meramente leída. Por tanto, la palabra hablada necesita tiempo. Sólo entonces lo que se dice puede obrar su efecto. En la palabra leída, uno puede apresurarse, incluso puede leerla por encima. Entonces sólo se asimila una información, pero no su pleno contenido. Para captarlo hay que acompañar la palabra con la voz y concederle el mismo tiempo que a la palabra hablada. Al leer un poema es cuando más fácilmente lo comprobamos.

Muchas veces, cuando decimos algo importante, tenemos que darle al otro el tiempo necesario para que lo dicho resuene en él, para que lo repita interiormente. Sólo así lo dicho alcanza su alma, rezuma todo su sabor y comienza a obrar su efecto. Pero sólo podemos hablar de este modo si la palabra ha obrado su efecto dentro de nosotros mismos, si al decirla viene a ser

una resonancia de lo que ha vibrado en nuestro propio yo.

Huelga decir que las palabras de esta naturaleza son parcas, sencillas, inmediatas y atentas, y representan un regalo para el otro.

EL SILENCIO

El silencio es tiempo presente. Ocurre entre lo que fue y lo que vendrá. Cuando hay silencio algo cesa: la recepción del exterior, el flujo de los pensamientos, el diálogo interior, la preocupación por el hacer pendiente. Todo ello se retira del espacio del silencio, que se abre disponible a otras cosas y se torna ancho. Pues el silencio une.

Nos une primero con nosotros mismos. De repente oímos el rumor de nuestra sangre, el palpitante del corazón, el ruego de nuestro pulmón, el quejido de nuestro hígado o nuestro intestino, sentimos el deseo de unificación como expectativa concentrada, oímos la consonancia de todas las células como una gran sinfonía y la escuchamos con asombrada devoción. ¿Qué suena más profundo y sonoro que esa gran sinfonía? ¿Cómo podríamos hartarnos de escucharla?

Pero luego el espacio del silencio se abre aún más y escuchamos nuestra alma. Ella nos conduce mucho más allá de los límites del cuerpo y nos hace llegar hasta todos aquellos que están unidos a nosotros por su interposición. En ella siguen teniendo su hogar, en ella permanecen presentes y nos dicen, piden o regalan algo, nos miran y nos esperan, están cerca y lejos al mismo tiempo. En su presencia, nuestra alma habla con muchas voces, como un coro polifónico.

Sin embargo, algunas de esas voces aún no están en sintonía, aún no han encontrado el tono puro. Si escuchamos también estas voces, quizá se vuelvan claras y nítidas al cabo de un rato, pues el gran canto sólo se perfecciona escuchando cada voz individual. O más exactamente, sólo escuchando cada voz individual, incluso aquellas que parecen desentonar, se nos perfecciona el canto completo y nos perfeccionamos nosotros mismos.

Cuando abrimos los ojos en medio del silencio y miramos y escuchamos en torno a nosotros, también nos hablan los animales y los árboles e incluso la flor más ínfima e insignificante. Pero sin ruido, en la plenitud del silencio.

Sí, el gran silencio es sonoro y poderoso a su manera. A veces decimos que Dios se ha retirado, que se ha replegado en el silencio. ¿Puede una palabra

resonar más poderosamente que ese silencio? Y también entre las personas, ¿no es a veces el silencio la respuesta más clara, más sublime, la única válida?

Podemos acallar el silencio con el ruido, pero sólo por un tiempo. Nos espera, a veces largamente. Porque, finalmente, no podemos evadirlo.

LO NO DICHO

El decir genuino une inmediatamente con algo que se reconoce y se experimenta como real, como eficaz y como verdadero. Es el acceso, más allá de la palabra, a algo que se puede nombrar, pero no aprehender ni comprender con la palabra. Ese «lo otro» es indecible, pero se pone en ebullición en lo dicho, inicia un movimiento sin necesidad de ser nombrado. Un movimiento que, más allá de lo dicho, se experimenta y se siente como algo significativo que conmueve lo más íntimo de nosotros. La porción más grande de lo dicho es, pues, lo no dicho, lo innombrable, lo que sólo es eficaz en el contexto, sin que al final pueda ser captado ni se pueda disponer de él.

Cuanto más de lo no dicho late en lo dicho y puede al mismo tiempo permanecer sereno, intocado y oculto, tanto más impresionante, denso y poderoso es lo dicho. Ese decir se sustrae a la curiosidad, a la recuperación, a la exactitud, a la disputa, al argumento. Si no fuera así, de la plenitud de lo no dicho que hay en lo dicho sólo quedaría lo que se ha escuchado con el oído, desligado de lo que antes nos había conmovido, enriquecido, concentrado y capacitado para el hacer creador.

EL CALLAR

Callamos ante el hablar. Si alguien nos habla tenemos que callar para escucharlo y entenderlo. Sólo mientras estamos callados nos alcanzan sus palabras. Únicamente callando podemos entenderlas. Y sólo si primero hemos callado podemos responder a sus palabras.

Por tanto, únicamente podemos escuchar y hablar si callamos. El callar no está de ningún modo vacío. Está lleno de las palabras que escuchamos y lleno de las palabras que diremos.

Pero también callamos si nos cerramos a lo que dice el otro, si no le permitimos que con sus palabras nos altere, nos persuada, nos imponga algo o gane poder sobre nosotros. Entonces el callar se vuelve respuesta y es más elocuente que cualquier palabra.

El callar también está indicado cuando no tenemos nada que decir, cuando no sabemos ninguna respuesta o cuando el tema es demasiado grande como para que podamos o tengamos el derecho de decir algo al respecto.

Muchas veces hablamos porque no soportamos estar callados, ante el dolor, el duelo o una grave enfermedad, por ejemplo. Entonces tratamos de consolar al otro, a menudo con palabras vacuas, o de crearle falsas esperanzas en lugar de acompañarlo calladamente y limitarnos a estrecharle la mano.

Pero también callamos ante algo grande, ante la gran naturaleza, por ejemplo, o ante el gran arte. Y callamos, sobre todo, ante Dios.

LA CONCENTRACIÓN

Nos concentramos para alcanzar algo. Concentramos nuestros pensamientos, nuestras fuerzas, nuestros medios, a nuestros amigos, a nuestros ayudantes. Lo antes disperso o agotado vuelve a juntarse en la concentración, aglutinándose para la acción encaminada a la meta. En efecto, la concentración está en función de una meta. La hace posible.

La meta determina qué y cuánto hay que concentrar. Y es la meta la que cohesiona lo concentrado. Sin una meta importante, es imposible concentrar los recursos suficientes. Cuando se concentra más de lo que exige la meta, lo concentrado pierde fuerza y vuelve a dispersarse. Lo mismo sucede cuando la meta pierde atractivo e importancia.

La concentración desempeña un papel especial en la vida del espíritu, o sea en la ciencia, la filosofía, la religión, el arte (inclusive la artesanía) y la sabiduría. Es decir, siempre que se trata de captar realidades complejas que no pueden asimilarse mediante la mera observación. En esta concentración uno queda vacío por un lado. Es decir, que la imagen que se tenía de un asunto, una tarea o meta, pasa a segundo plano. De esta manera, uno se expone quizá a una plenitud caótica, pero ésta se va concentrando en torno a algo esencial, a un centro. Así, se reconoce su orden y su movimiento y se prefiguran los pasos siguientes que hay que dar hacia la meta. Gracias al vacío interior o, más exactamente, gracias a la apertura interior a cosas nuevas y distintas, algo que en cierta manera es exterior a nosotros se concentra y colma, desde fuera, ese vacío, de modo que éste queda a su vez concentrado y colmado.

Pero también en esto vale lo dicho anteriormente. Sin una meta que merezca el esfuerzo de concentrarse y sin la voluntad de actuar conforme a la concentración, ésta se queda como al principio: vacía.

EL ESPEJO

En el espejo me veo frente a mí mismo. ¿Pero me veo realmente? Si he estado largo rato ante el espejo, ¿me siento mejor? ¿Soy realmente aquel al que veo en el espejo?

Algunos les ponen a otros el espejo delante para que se vean en él. ¿Se ven realmente a sí mismos en el espejo, o ven en él más bien a quien les pone el espejo delante?

El espejo no es más que el reflejo de algo exterior a él. Lo real está delante del espejo y, a veces, detrás.

Pero también nos reflejamos especularmente en la cara de otra persona, por ejemplo cuando nos cruzamos o nos reencontramos con ella tras una prolongada ausencia. En su cara vemos más que en cualquier espejo. Porque en su cara se espeja nuestra alma, nuestro amor, nuestra benevolencia, pero también nuestra ira y nuestro rencor. En su cara también podemos observar si hemos cambiado. Podemos leer en ella si llegamos al otro o nos separamos de él.

Pero también en nuestra cara se refleja para el otro nuestra alma, quizá más que al revés. Es cierto que a veces decimos que el ser humano es una imagen especular de Dios. Si lo es, su rostro parece particularmente bello.

LA PROFUNDIDAD

Los pensamientos y sentimientos profundos, la profunda comprensión, suscitan en nuestra alma un movimiento que se dirige hacia abajo, hacia las honduras, hacia el centro. Experimentamos ese movimiento como una concentración. Se refleja también en la cara. Es como si algo fuese abstraído de la superficie y arrastrara lo otro hacia la profundidad concentrada. Cuanto más profundo es ese movimiento, tantas más cosas pueden concentrarse en él.

Los pensamientos profundos sólo lo son si vienen de esa profundidad concentrada y provocan en los demás ese mismo movimiento hacia las honduras.

También los sentimientos profundos nos conducen a esa profundidad. Siendo profundos, son también concentrados. Cuando otros se ven embargados por ese sentimiento profundo, nos detenemos y notamos también en nosotros ese movimiento hacia la profundidad concentrada. Por eso, en presencia de tales sentimientos guardamos distancia y permanecemos concentrados.

También la comprensión profunda conduce a la concentración y proviene de ella. En esa comprensión, algo se concentra en las profundidades. De ahí que no solamente sea profunda; es también rica y plena.

LA SINTONÍA

Sintonía quiere decir que hay vibraciones idénticas entre el alma propia y el alma ajena. También quiere decir que estamos en una vibración similar con nuestro entorno, con la tierra, con el mundo. Sintonía significa entrega a lo que hace vibrar al mundo, a nosotros y a los demás, y nos mantiene vibrando aunque permanezcamos más allá de toda vibración. Pero cuando vibramos en profunda complicidad y aquiescencia con todo lo que existe, vibramos también, en sentido figurado, con esto último y estamos en sintonía con él.

La sintonía es profunda. Son los sonidos profundos los que sostienen los sonidos superiores. Por eso también es profundo el bajo continuo, que acompaña y vertebrada las melodías que son más altas que él.

La sintonía también es profunda porque viene de la concentración. La concentración ocurre en la profundidad; en ella todo confluye, como los ríos que acaban en el mar.

Cuando nos encontramos en sintonía, estamos sosegados, unidos; lo tenemos todo y sin embargo vibramos. En sintonía, estamos conmovidos. Vibramos precisamente porque estamos conmovidos. Pero lo hacemos en forma sosegada. Y como tan sosegadamente vibramos, atraemos poco a poco el desasosiego de nuestro entorno hacia el interior de esa vibración sosegada, hasta que acaba vibrando en sintonía y desemboca en el sosiego.

Pero no es nuestra vibración la que atrae y contagia al desasosiego, pues también nosotros sólo vibramos junto a otros entes vibrátiles. Por eso, cuando otros vibran con nosotros en esa vibración profunda, nos sumergimos y ya no nos diferenciamos de ella.

En la sintonía desaparecen las diferencias. Quien se encuentra en sintonía, está unido a todo y vive por tanto en paz con el mundo.

LA SERENIDAD

Sereno es aquel que es capaz de soltar. Por ejemplo, una preocupación, la revuelta del corazón tras una ofensa, una humillación, una calumnia. Sereno es también aquel que es capaz de dejar atrás viejos sueños, viejas pretensiones, viejos reproches, aquel que libera así el corazón de forma que esté sosegado, pronto y dispuesto para lo posible y lo regalado.

Sereno es por tanto también aquel que perdona, en el sentido de «lo pasado, pasado», de no guardar rencor por nada.

Esa serenidad es fuerza sin emociones, disposición concentrada del alma a lo venidero y al ahora.

«AUN CUANDO TANTAS VECES
EL REFLEJO / SE VUELVE
EVANESCENTE EN LA LAGUNA /
LA IMAGEN PERMANECE»

CURIOSIDAD Y ENTENDIMIENTO

Es mediante la curiosidad que el recién nacido conquista su mundo. Cuanto más curioso es, tanto mayor es su vitalidad y su salud.

Gracias a la curiosidad, el niño también conoce sus límites. El niño que se ha quemado los dedos sabe que el fuego de la cocina es demasiado caliente. Pero el niño quiere aprender, quiere hacer sus propias experiencias. Se resiste cuando se le enseña demasiado y se le quiere privar de la experiencia propia. Sólo aquello que experimentamos por curiosidad se convierte realmente en algo nuestro, en algo que está a nuestra disposición inmediata cuando nos enfrentamos a tareas nuevas, sin que tengamos que reflexionar mucho al respecto.

Por lo que hace a la curiosidad, somos nosotros mismos quienes obramos. Es el motor de toda investigación y se adueña del mundo pedazo a pedazo.

El entendimiento, en cambio, es un regalo. Aparece de repente, a menudo de pasada. Mediante el entendimiento no llegamos a ninguna clase de límites, por lo que tampoco podemos quemarnos en ellos. El entendimiento nos pone a su servicio. No podemos guardar lo que entendemos para nosotros mismos, porque también pertenece a los demás. Si lo ponemos a nuestro servicio, pierde su fuerza y, sobre todo, no avanza. Porque está inacabado y abierto, y sólo avanzará si también nosotros permanecemos abiertos e inacabados. Por eso, la experiencia intelectual (el entendimiento) se resiste al intento de sistematizarla.

Y se sustrae al curioso, pues la experiencia intelectual, al ser un regalo, necesita la espera y la humildad que advierta y reconozca sus límites.

LA COGNICIÓN

Lo que he logrado conocer me resulta familiar. Permanece junto a mí, ya no puedo perderlo. Se hace parte de mí.

La cognición se distingue del entendimiento o intelección. La cognición se puede obtener; el entendimiento es un regalo. Por tanto el conocimiento es fruto de la experiencia y de la lectura. Y, sobre todo, del ensayo y el error.

La cognición es rica; el entendimiento, profundo. Pero la cognición está igualmente relacionada con el saber. Se acredita, por regla general, en la acción. En este sentido es afín al entendimiento. Pero la acción que se entiende difiere de la acción que se conoce.

La acción por entendimiento nos hace crecer interiormente. La acción por cognición lleva sobre todo al éxito exterior. Sin embargo, cognición e intelección no se excluyen. Al contrario. Quizá sean fenómenos gemelos.

LA VERDAD

La verdad, como la felicidad, es fugaz. Y ninguna de las dos está en nuestras manos. Al menos no aquella verdad que produce o proporciona efectos. La verdad, como la felicidad, es un regalo. Por eso, los buscadores de verdad o de felicidad no las encuentran.

La verdad se manifiesta, uno no la tiene. El que quiere apropiársela cuando se manifiesta, sólo la tiene supuestamente. De esta índole es la verdad que se proclama. A menudo esto se hace por voluntad de poder, no por amor a la verdad. Por eso, esa verdad se convierte con frecuencia en algo terrible para la gente.

En cambio, es amigable la verdad que se manifiesta cuando la aguardamos. Quizá sea seria, nos haga entrar en razón, nos desafíe y provoque la acción benéfica. La verdad nunca es amarga. Al contrario. Nos hace serenos, nos hace sonreír con dulce ironía, está para todos y se hurta a las garras del poder.

Esa verdad no quiere permanecer. Va y viene, con un atuendo cada vez un poco distinto. Le gusta disfrazarse. A veces se ríe de quien la toma demasiado en serio.

Así como la vida se manifiesta en abundancia inabarcable, siempre diferente y no obstante idéntica a sí misma, así también lo hace la verdad. Vida y verdad van juntas. Sólo la vida es auténtica verdad.

EL PREJUICIO

Prejuicio significa asociar algo que no conocemos con algo conocido o, peor todavía, con algo que ni siquiera conocemos.

Los prejuicios son tanto positivos como negativos. De ambos, uno se despierta cuando va conociendo mejor lo que desconocía. Por ejemplo, cuando después del enamoramiento, que no deja de ser un prejuicio, ve y tiene que ver al otro como realmente es y lo distinto que es. Así se prepara el camino para la valoración, que se abre a lo diferente y nos permite sustituir la estrechez de miras por la apertura y la amplitud.

En efecto, el prejuicio siempre tiene que ver con la estrechez y con juicios formulados según ideas e imágenes familiares y, por tanto, limitadas. Esto ocurre, por cierto, con todo juicio de valor, sea positivo o negativo, puesto que separa igualmente lo uno de lo otro y se cierra a lo que se le opone. El juicio de valor sirve para discernir y para acceder por consiguiente a la diversidad. Pero sólo de manera cognitiva, y no con el alma. El alma une las cosas que se oponen, y es precisamente así como muestra su amplitud y su fuerza.

Naturalmente, lo que más nos limita es el prejuicio o juicio de valor negativo, sobre todo porque suele ir acompañado de un sentimiento de superioridad. A menudo también de un sentimiento de indignación y, correspondientemente, del espíritu y deseo de venganza.

Muchos prejuicios y juicios de valor están relacionados con el hecho de que contemplamos a los demás desde la perspectiva de nuestra conciencia, que los divide en quienes pueden formar parte de nuestro grupo y quienes tienen que ser excluidos. Estos prejuicios también tienen que ver con el hecho de que pensamos que los demás, que son diferentes, son libres y sólo tienen que demostrar buena voluntad para cambiar; o sea: para ser como nosotros. Pero ni ellos ni nosotros somos libres con respecto a nuestros prejuicios y juicios de valor. Ellos y nosotros estamos enredados de múltiples maneras en los destinos de nuestros antepasados y de nuestro grupo.

Si captamos eso, nos volvemos prudentes y benévolos, tanto en lo que se

refiere a los demás como a nosotros y nuestros juicios. Entonces quizá logremos olvidarlos.

LA SOBRIEDAD

Sobrio es aquel cuyo juicio no está turbio, como el del borracho, por ejemplo. También la pasión enturbia el juicio, como ocurre en los enamorados. Y también lo enturbia la fe en algo que, si bien puede experimentarse, nos da esperanzas pero al mismo tiempo nos infunde miedo, como ocurre, por ejemplo, con la superstición.

Sin embargo, resulta difícil mantenerse siempre en una actitud juiciosa. Parece que a veces tengamos que salirnos de esa sobriedad para permanecer sanos, como sucede cada día, por ejemplo, en el entramado de los sueños. Cuando despertamos de ellos nos sentimos mejor, y de nuevo podemos enfrentar la vida con sobriedad.

En el fondo, toda distracción como los llamados «pasatiempos», son un descanso de la sobriedad. De ahí que, considerada precisamente de una manera sobria, la renuncia a la sobriedad, en ciertos momentos, sea quizá oportuna y propicia para nuestro bienestar.

Asociamos la sobriedad con el juicio. Pero el juicio sólo capta una parte de la realidad. El instinto que nos arrastra, por ejemplo en el amor entre un hombre y una mujer, obedece a otras leyes que la sobria razón, y resulta no sólo más grande y más satisfactorio, sino también más verdadero.

Así y todo, las peores aberraciones, los actos más atroces, los experimentos más extravagantes, son resultado de obsesiones contrarias a la razón. Sobre todo porque no podemos prever ni calibrar las consecuencias de tales conductas.

De ahí la pregunta: ¿es la razón suficientemente razonable? ¿O sólo se vuelve realmente razonable si entra en juego algo distinto, algo que percibe de forma más compleja que la razón? ¿Algo que encuentre caminos que, aunque imprevisibles, conduzcan a la meta? Lo que debe entrar en juego es el alma, un alma compleja.

¿Esto qué significa? También nuestras decisiones, supuestamente racionales, se ven influidas por la distinción entre el bien y el mal que nos

marca nuestra conciencia. Por eso causan tanta desgracia. Pero más allá de la conciencia, y siempre que superemos sus límites, experimentaremos otra fuerza, una fuerza que une, en un plano superior y más complejo, las cosas que se oponían.

Sólo quien percibe y se deja guiar por los movimientos de esa alma, alcanza aquella sobriedad que nos permite detectar y reconocer al otro y a nosotros mismos, nuestros sueños y nuestros instintos, de tal manera que encontremos el lugar y los límites que nos corresponden en la totalidad de las cosas.

TELARAÑAS MENTALES

Las telarañas mentales son productos de la fantasía que apenas guardan relación con la experiencia ni con la realidad que se interpone en nuestro camino. Nos hacen creer que podemos saltarnos la realidad. Las telarañas mentales se pueden seguir tejiendo interminablemente hasta conformar un gran sueño o un grandioso entramado de pensamientos. Uno puede engancharse en ellas y convertirse al cabo de un tiempo en su víctima.

Mientras las guardamos para nosotros pueden causar poco daño, sobre todo si después de cierto tiempo nos liberamos de ellas presionados por la realidad.

El mal surge cuando convertimos el producto de la mera imaginación en rasero de los demás, cuando lo proclamamos como un nuevo orden mundial y de los valores y tratamos de someter a los demás a su dominio; cuando el producto de la mera imaginación se vuelve el punto de ubicación desde el cual nos arrogamos el derecho de juzgar y condenar a otros.

A veces nos cuesta despedirnos de nuestras telarañas y sólo lo conseguimos gracias a la humildad. Humildad, en este contexto, quiere decir seguir y reconocer a la realidad, aceptar que es más poderosa y más grande de lo que nosotros deseamos. A su lado, los productos de la mera imaginación y del mero deseo acaban revelándose como un delirio.

EL SUEÑO

Soñamos por la noche. Algunos incluso sueñan de día, despiertos. A veces, también tenemos sueños relacionados con algo que aún se sitúa en un futuro lejano y nos parece inalcanzable.

Pero a veces el sueño nos tiene dominados. Nos asalta no sólo de noche sino también de día, disfrazado de misión, vocación o meta irresistible. También el delirio es un sueño, y a veces arrastra a muchos que lo comparten. Por ejemplo, el sueño de la paz eterna o de un salvador que ha de llegar. Esos sueños mitigan una tribulación momentánea, la hacen más llevadera. Muchos *spirituals* negros son sueños de esa índole. Nos conmueven aún hoy en día. También lo son muchas fiestas religiosas, como la Navidad, por ejemplo.

¿Qué hacemos con tales sueños? Participamos en ellos mientras somos conscientes de que estamos soñando. Luego despertamos.

LO SENCILLO

Lo sencillo es, por una parte, lo fácil. Es fácil de entender y fácil de ejecutar. También es lo obvio, lo que es transparente sin que tengamos que reflexionar mucho sobre ello.

Por otra parte, lo sencillo es aquello que en medio de lo complicado y lo abundante se ha revelado como lo esencial. Es el resultado de largos esfuerzos y experiencias, como sucede por ejemplo con el lenguaje sencillo, que tiene efectos de largo alcance.

Es también el caso de la verdad sencilla. Es la verdad fundamental, la que exige lo último. Por ejemplo, la verdad de que todos los seres humanos son esencialmente iguales, sienten y desean de igual manera.

También el alma es sencilla en su plenitud. Sus movimientos son sencillos, por ejemplo en la convivencia. Quien está en sintonía con ella, alcanza con un movimiento, una palabra o un simple paso, el alma del otro y la hace vibrar al unísono.

Por eso, también las soluciones del alma son sencillas. Unen lo que estaba separado. También la sabiduría es sencilla, contrariamente a la ciencia.

Al final, lo sencillo resulta ser lo más humano y lo más grande. También la alegría sencilla es la más bella.

HISTORIAS

Las historias nos fascinan porque cuentan la trayectoria de otros seres humanos. Nos hacen revivir sus peripecias, agregan otra historia a la nuestra, y a través de ella nos convierten en protagonista de otra vida. Cuando «la otra historia» ha sido contada o leída hasta el final, volvemos a despertar, como de un sueño, y nos encontramos de vuelta en nuestra propia historia.

A veces las historias ajenas nos enriquecen; aprendemos de ellas para la nuestra, a la que vivimos con nuevas luces y nueva satisfacción.

Sin embargo, cuando retornamos a nuestra historia, a veces nos sentimos decepcionados de ella y nos refugiamos en otra diferente y ajena, vivimos otra vida y dejamos pasar la propia.

Las grandes historias, no obstante, nos devuelven fortalecidos a la nuestra, pues no sólo cuentan la peripecia de cualquier otro ser humano; cuentan lo que a todos los seres humanos les afecta y conmueve de igual modo, lo que de la misma manera les hace sufrir o estar felices.

Son también nuestra historia.

LO ABIERTO

En la octava Elegía de Duino, Rilke describe lo abierto como una esfera en la que lo definido, lo significado por el lenguaje y los signos, se disuelve en lo infinito, en lo que se escurre al tiempo y al espacio, lo que existe más allá de la vida y la muerte. Es la *ninguna parte* sin la nada, un espacio invisible y permanente, donde recordando, diciendo y ensalzando ponemos a salvo nuestro ser y las cosas visibles y perecederas.

Camina hacia lo abierto aquel que lo deja todo atrás y mira más allá de lo que tiene delante y enfrente, sobrepasándolo hasta que sólo queda ante sus ojos lo exento, con lo que se funde sin ver ni temer la meta ni el final.

¿Pero puede un ser humano vivir así, sin referencia? Cuando caminamos hacia lo abierto caminamos hacia la referencia pura. Es decir, estamos unidos a todo, sin sujetarlo. Lo que sujetamos se desvanece. Lo que soltamos permanece impercederamente recogido en algo que lo conserva.

La pregunta es: ¿cómo aprendemos la transición hacia la referencia pura? ¿De qué forma experimentamos cómo resulta al tacto? La aprendemos cuando la practicamos día a día y de forma sencilla. Por ejemplo, hablando con alguien desde una actitud de referencia pura, escuchamos más de lo que dice. Precisamente cuando no oímos lo que dice, sino cuando oímos más allá de sus palabras, nos percatamos en él de algo que antes estaba oculto. Estableciendo de ese modo una referencia con él, ese algo nos proyecta más allá de nosotros, hacia algo abierto con lo que nos fundimos.

Así, no sólo podemos escuchar hacia lo abierto, sino que también podemos mirar, nombrar y decir algo, movernos y actuar hacia ello. Y sobre todo podemos, con la mirada vuelta a lo abierto, amar a otras cosas y a otras personas.

LA AÑORANZA

La añoranza nos mantiene en movimiento. Nace de una necesidad, por ejemplo de aire, de agua, de alimento, sin la cual no podemos vivir ni crecer ni desarrollarnos.

De igual modo añoramos a otras personas, pues también las necesitamos para vivir, crecer y desarrollarnos. Así como estamos satisfechos y contentos cuando tenemos suficiente aire, agua y alimento, así también estamos cómodos y contentos en compañía de personas que nos tienen afecto y a las que queremos: personas con las que tenemos un intercambio a muchos niveles, personas con las que podemos contar cuando las necesitamos, como nuestros padres o hermanos, por ejemplo, y más tarde la pareja con la que compartimos lo más íntimo y con la que nos trascendemos, concretamente, cuando tenemos hijos comunes.

La mayoría de las cosas que añoramos nos son regaladas y están cerca. Sólo necesitamos tomarlas, prestarles atención y abrirnos a ellas. Otras requieren, para alcanzarlas, que actuemos, que nos esforcemos, perseveremos y las cuidemos, como una destreza, por ejemplo, pero también una amistad, una relación y naturalmente todo lo que primero se tiene que sembrar y acometer para que dé el fruto añorado. Esa añoranza está dispuesta a pagar el precio preciso para obtener el resultado que añora. También está dispuesta a ceder y adaptarse a las circunstancias que favorecen la consecución del resultado o que incluso son su condición previa. De eso forma parte también el adaptarse a los tiempos de bonanza.

A menudo lo añorado no sólo es de carácter personal, relacionado únicamente con nosotros, sino que emana de una necesidad, de una responsabilidad por lo ajeno (lo que está situado más allá de nosotros), de una dinámica que nos coge y nos pone a su servicio en aras de los otros y de algo más grande. Esa añoranza está en sintonía con algo que nos supera y al que cede y se subordina; se fía por tanto de eso que es más grande, y espera serenamente el momento oportuno. Por eso, tampoco excede de lo que es

posible y toca hacer.

Pero a veces la añoranza se apodera de nosotros como un vendaval, irresistible y potente, quebrando las barreras habituales, arrebatándonos en trance de hacer algo grande. A veces, y aunque el vendaval ya ha remitido, estamos tentados a seguir corriendo, confiando más en nuestra fuerza que en la suya. En esas situaciones la añoranza ya no está en sintonía, y se convierte en esperanza que engaña.

La añoranza llega a su fin cuando está colmada. Entonces llega también el momento de soltarla, el momento de la serenidad que está en sintonía con todo lo que va y viene.

LA ESPERANZA

La esperanza apunta hacia delante, hacia el futuro. Está relacionada con el deseo de que algo presente cese y cambie para mejor. Por tanto, la esperanza le vuelve la espalda a algo.

Cuando el presente es agobiante, por ejemplo a causa de una grave enfermedad, la esperanza de mejoría nos da ánimos y nos hace más llevadero el momento que atravesamos. También cuando nos encaminamos hacia una meta, cuando tenemos una tarea por delante, esperamos alcanzar esa meta y cumplir con la tarea.

La esperanza nos da alas, nos atrae, nos impulsa. Por tanto, el camino hacia la meta se planifica siempre asociado a ella. La esperanza también nos muestra cuánto hemos avanzado con nuestra tarea. Se acaba cuando ésta ha sido concluida exitosamente, lo mismo que termina y se cumple cuando uno ha llegado a la meta.

¿Pero qué sucede cuando por fin hemos llegado a esa meta y cumplido con la tarea prevista? Entonces, a menudo, ya no sabemos qué hacer ni adónde ir. Nos planteamos una nueva meta, una nueva tarea, un nuevo reto: una nueva esperanza. Por eso, la esperanza no se acaba mientras estamos vivos.

«TIERRA QUERIDA, QUIERO»

LA GRANDEZA

La grandeza no sólo es grande en la extensión, sino sobre todo por los efectos que produce. Es decir, por su alcance y fuerza. En este sentido no importa que a nuestro parecer sea buena o mala, violenta o suave, llamativa o discreta.

La grandeza llamativa, estridente y notoria, se derrumba pronto. No puede durar y se disgrega. Por eso, todo triunfo es efímero. Se desvanece en poco tiempo.

La que no resulta aparente, en cambio, precisamente por no llamar la atención se expande a ritmo continuo y poco a poco hace caer incluso lo más grande. No porque se lo haya propuesto, sino por su mera presencia.

Quien se ve marginado y oprimido por la grandeza visible y sus representantes sólo tiene que esperar el tiempo suficiente. Al esperar debilita lo grande que, privado de resistencia, no puede mantenerse. Lo que no es aparente se expande sin resistencia. Al permanecer abajo, no puede caer.

La grandeza verdadera es oculta. Si, no obstante, sale a la luz, produce una experiencia benéfica.

LA RIQUEZA

La riqueza es en primer lugar el poder sobre lo que hace falta para vivir y sobrevivir. Junto a la riqueza está la pobreza. Ésta sólo consigue, precariamente o ni siquiera eso, hacerse con los medios y el poder que aseguran la propia vida y supervivencia.

La lucha por la riqueza es, en este sentido, el fundamento de la vida y supervivencia en la naturaleza. El animal o la planta que consiguen asegurarse, a costa de otros, los medios para sobrevivir son ricos en comparación con sus proveedores. Y se empobrecen, en cambio, los que se ven superados y sojuzgados por ellos. En este sentido, la riqueza y la pobreza están preestablecidas por la naturaleza y se hallan más allá del bien y del mal.

Trasladado al ser humano, esto significa que nadie, tampoco el pobre, puede ser ajeno a esa lucha por la vida y la supervivencia. Incluso el mendigo lucha para adueñarse de algo que otros no tienen, convirtiéndose así en rico frente a los más desposeídos. Con semejante telón de fondo, el elogio de la pobreza que encontramos en el cristianismo resulta extravagante y a menudo hipócrita, pues los pobres a su vez esperan que algún día Dios los haga ricos a ellos, y a los ricos, pobres.

No obstante, por la necesidad de compensación que trata de establecer un equilibrio entre el dar y el tomar en nuestras relaciones, nos sentimos obligados y en deuda con los que tienen menos que nosotros. Por eso nos resulta difícil guardar la riqueza para nosotros, sin hacer partícipes a los demás. Sobre todo, sin utilizar la riqueza para bien de muchos.

La riqueza es asimismo un regalo, no sólo del esfuerzo y trabajo propio, sino también de las circunstancias felices y, en definitiva, de un poder que experimentamos como bienintencionado para con nosotros. Cuesta asumir tal riqueza y deleitarse con las posibilidades que ofrece. Eso, a fin de cuentas, sólo se consigue con humildad.

¿Nos hace más grandes o más pequeños esa humildad? Nos hace más grandes. Y, de una manera particular, nos hace también más humanos.

LA BELLEZA

La belleza resplandece. Es sobre todo un esplendor desde dentro, algo oculto que trasluce lo visible y que sólo se vislumbra pero no es tangible. La belleza es sobre todo algo espiritual. Conmueve el alma. Una sonrisa que sale del corazón, la alegría que se siente por un niño, la bondad de un rostro arrugado, iluminan todo lo que en ausencia de esa fuerza nos puede parecer imperfecto, dañado o torcido.

La belleza también tiene historia. Un rostro viejo, una catedral antigua, una ciudad ancestral con muchos siglos de historia, son de una belleza distinta a la de lo joven y moderno, por bello que esto sea. Pues traslucen lo vivido, lo sufrido. Es como si lo visible, impregnado de la plenitud del pasado, evocara ese pasado y hablara a través de él a nuestra alma, unas veces atrayéndola, otras estremeciéndola. La belleza nos une a algo más grande y nos vuelve pequeños y modestos a través de ese proceso; por tanto, sienta bien a nuestra alma.

La belleza también tiene que ver con el orden: con el orden en el sentido de armonía. A la vista de ese orden percibimos cómo también en nuestro interior algo se va ordenando. Nos sentimos unidos a un orden trascendente que nos complace, sea este un orden que vemos, como por ejemplo el de un cuadro, o bien un orden que nos circunda, como el de una naturaleza o un espacio majestuosos, o incluso el orden que captamos al escuchar una sinfonía. Sin embargo, siempre será un orden que percibimos pero que no comprendemos del todo. Nos eleva sobre nosotros mismos, a la vez que nos hace encontrarnos con nuestro ser.

LA SENCILLEZ DE ESPÍRITU

Sencillez de espíritu quiere decir que todo lo que es mío pertenece en mi espíritu también a todos los demás. Lo que yo no uso ni utilizo lo puede usar y utilizar cualquiera. Esto no quiere decir que ahora le pertenezca a él. Si no lo usa ni utiliza también pertenece a todos los demás, yo incluido.

Así estaba organizada la primitiva comunidad humana. Nadie tenía nada propio, pero todos lo tenían todo. El individuo sólo tenía como propio lo que usaba y utilizaba en el momento. Cuando lo dejaba, cualquiera podía usarlo y utilizarlo por su cuenta.

Naturalmente, ya no podemos retornar a aquellos orígenes, pues la posesión propia va indisolublemente unida a la evolución del individuo hacia su particular forma de ser y su desenvolvimiento personal; asimismo, al progreso de la humanidad hacia su diversidad actual y sus conquistas específicas. Así y todo, ejercitarse interiormente en esa situación originaria, esencialmente humana, nos hace humanos de una manera especial.

La sencillez de espíritu nos da libertad interior. Nos vuelve serenos, porque nos hace admitir que todos los seres humanos son iguales en sus necesidades. Nos vuelve amables, generosos, indulgentes y grandes. Nos hace ricos de una manera especial.

LO LUMINOSO

Lo luminoso luce. Alumbra. Visualiza lo que antes estaba oculto en la oscuridad. Pero no lo alumbra completamente, pues también proyecta una sombra. Sólo el juego alterno de luces y sombras da a lo visible su perfil.

También los seres humanos lucen cuando son luminosos. Sus contornos se aclaran e iluminan. Pero lo hacen de tal manera que bajo su luz también se advierten las sombras y el perfil.

LO IMPERFECTO

Lo imperfecto es humano. No se sale del tiempo, porque aún le queda tiempo. Aún se convertirá en algo, todavía puede desarrollarse. Sólo lo imperfecto tiene futuro. El futuro le pertenece. Lo perfecto carece de futuro. Está anquilosado.

Lo imperfecto tiene fuerza. Quiere algo todavía. Hay tensión en él. Y atrae lo ajeno. Aún necesita algo, depende del tomar y es por tanto la condición previa del intercambio y de la relación.

Para lo perfecto las relaciones se han acabado. Sólo mientras nos mantenemos imperfectos somos perfectamente humanos y tenemos futuro.

«OH VIDA, TIEMPO PEREGRINO»

«ALEGRAOS DE LA VIDA»

¿Qué es más propio de la vida que alegrarse de ella? Quien se alegra de la vida la toma como es. Se alegra del origen de la vida, por el cual le fue regalada. Es decir, se alegra en primer lugar de sus padres y antepasados y, más allá de éstos, del gran contexto del que la vida depende y que la sostiene. Y se alegra de todo lo que forma parte de la vida, lo que la fomenta, la mantiene y la proyecta, y transmite a quienes están a su lado y vendrán después de él. Aprecia a la vida.

Quien se alegra de la vida, también se alegra de la vida de los demás. Aprecia también sus vidas y desea que crezcan, se ensanchen y alcancen la plenitud. Sirve a sus vidas con la suya propia, y toma sin recelo lo que esas otras vidas dan a la suya. Su vida se enriquece con la de ellos, y viceversa.

Pero la vida crece también con la resistencia. Sin resistencia no hay crecimiento. Forma parte de las condiciones de la vida. En lugar de obviar la resistencia uno la supera creciendo y, fortalecido por la lucha, se alegra todavía más.

No obstante, nuestra vida también tiene un final o, más exactamente, deja espacio a otras vidas. Si tenemos afecto a la nueva vida, le dejamos espacio de buena gana, nos retiramos en el momento oportuno, nos alegramos de lo nuevo, lo bendecimos y estamos reconciliados con el final de nuestra propia vida.

LA VIDA EN SU TOTALIDAD

La vida tiene un principio y un fin. Pero sólo para nosotros. Ella misma fluye interminablemente, al margen de los muchos que la tienen por un tiempo, en los que hace presa para volver a abandonarlos, en los que entra y de los que sale.

Tal vez pensemos de ese modo. ¿Pero hacemos así justicia a su secreto? Pues evolucionamos a partir de algo que ya está vivo. Continuamos esa vida o, más exactamente, ella continúa en nosotros y a través de nosotros de múltiples maneras. De la manera más perfecta, en los propios hijos, pero también a través de todo lo que experimentamos y moldeamos, recibimos, multiplicamos y cedemos vitalmente. Así pues, la vida no sólo es vieja y activa desde los albores de los tiempos, sino que se desenvuelve y se renueva continuamente. Crece incluso allí donde perece. Pues lo que fue sigue obrando, aunque parezca muerto y cosa del pasado.

Por tanto, la vida también se manifiesta en todo lo que calificamos de inanimado, porque también esto prepara lo vivo, le sirve de base y premisa y se halla por ello inserto en el proceso vital.

Y hay que reparar en otro aspecto: la vida es idéntica en todos los entes. Nos parece distinta en las plantas, los animales y nosotros mismos. Pero no sirve a sí misma, no sólo está por sí misma, sino que se refiere a otros entes vivos de los que se nutre, a los que sirve y por los que termina y perece al servicio de la totalidad, dejando lugar a vida nueva o dándole alimento.

Por tanto, sólo puede vivir de verdad aquel que se abre a la vida toda y le sirve, por ejemplo, cuidándola y cobijándola.

Pero la vida también es violenta. Se desarrolla en el conflicto, como ocurre en la lucha por la luz solar o el alimento, lucha que a su vez se cobra otras vidas. Quien vive de verdad también se enfrenta a este lado de la vitalidad. No lo sortea. Se crece en ese conflicto y quizá fracasa en él. Pero tanto su crecimiento como su fracaso sirven a la vida de igual modo.

De esa vida también forma parte la muerte. Está al servicio de la vida.

Todo lo que es pasto de la muerte se conserva para la totalidad vital.

EL MUNDO INTERIOR

El mundo que experimentamos como exterior a nosotros es, no obstante, al mismo tiempo, un mundo interior. Es como si de la plenitud de lo que existe y actúa fuera de nosotros sólo nos alcanzara un minúsculo fragmento, a través de los sentidos, para llegar, por medio de ellos, a nuestra alma, nuestro espíritu y nuestra razón. Pero es obvio que nos proporciona todo lo que necesitamos para una vida humana, del mismo modo que una mosca o un topo perciben en su entorno todo lo que necesitan para su vida animal. Lo que percibimos está en relación con algo, tanto interior como exteriormente. Actúa porque lo hemos acogido en nosotros como un mundo interior, que se compone de las pocas impresiones sensitivas a las que los humanos podemos acceder.

Aparte de lo que percibimos de forma inmediata, nuestro mundo interior consiste también en recuerdos de otras percepciones, de imágenes, sonidos, olores y objetos con los que hemos coincidido anteriormente. Consiste también en los recuerdos que ese percibir ha suscitado en nosotros, recuerdos de sensaciones, pensamientos, interpretaciones, y de las expectativas y los miedos que los acompañan.

Vamos hilvanando esas percepciones, y de este modo surge de ellas un mundo imaginativo. Ese mundo puede aproximarse a lo que hemos percibido, pero también puede alejarse de ello y convertirse en un mundo delirante en relación a lo realmente percibido.

Es cierto que los instrumentos de la ciencia amplían constantemente cuanto percibimos, de manera que podemos saber por ejemplo lo que perciben otros animales aunque no lo podamos percibir nosotros. De este modo, el mundo de nuestras imaginaciones se ensancha a la vez que contamos con mayores posibilidades de intervenir en el mundo que nos rodea. Así nace un mundo imaginativo científico que, sin embargo, presenta a menudo rasgos delirantes, a causa de las interpretaciones y expectativas que despierta, y que muchas veces aniquilan el progreso que éste en principio facilitaba. Entonces, lo que ha sido aniquilado de esta manera sólo se conserva como recuerdo o

imagen en nuestra intimidad o mundo interior.

Pero existe otro acceso a la realidad, un acceso que trasciende los sentidos exteriores y que se produce desde adentro, por vía del alma. No por vía de aquella alma que muchos se imaginan encerrada en nosotros y como si fuese nuestra, sino a través de un alma más grande y abarcadora que nos permite percibir la presencia de otros sin verlos; a través de la cual incluso tenemos acceso a sus pensamientos y su situación aunque estén lejos de nosotros.

De esa alma obtenemos conocimientos que no se pueden percibir exteriormente, pero que nos abren nuevos caminos y nos proporcionan otra forma de entender, en lo que a nuestras posibilidades de vida se refiere. Por medio de ella entramos en contacto con un movimiento que, si nos entregamos a él, une los elementos que antes se rechazaban. De este modo, esa alma no sólo profundiza sensible y satisfactoriamente nuestra vida interior sino también las relaciones con el mundo exterior y con los demás.

De la misma manera que antes lo exterior se convertía en lo interior, ahora lo interior se lleva afuera y se hace más humano para nosotros.

EL ESPÍRITU

«El espíritu está pronto, pero la carne es débil.»

Suena como si el espíritu fuese más grande y más fuerte. Pero el espíritu se vuelve débil porque se debilita la carne. Por eso, la carne resulta más fuerte.

La carne es débil porque tiene que serlo, porque la naturaleza y las circunstancias lo exigen. Mediante la carne estamos unidos a lo esencial, lo que preserva y promueve la vida. Si, por tanto, la carne se vuelve débil, es porque cede voluntariamente a una fuerza mayor. El llamado espíritu voluntarioso se opone a menudo a lo esencial y merma o destruye la vida antes que servirle. Sólo puede servir a la vida cuando está en sintonía con la carne, cuando se deja instruir y guiar por ella. Entonces el espíritu está al servicio de la carne, tiene que someterse a ella y servirle, y no al revés.

Sin embargo, siendo precisos, no es la carne la que determina y conduce; es el alma, un alma grande, lo que anima a nuestro cuerpo, a menudo despectivamente llamado carne, y lo pone en intercambio con lo que necesita, sobre todo con otros seres humanos. Desde el alma, y determinado por ella, obra también el espíritu, que actúa a su vez sobre el alma. La fuerza animadora del cuerpo y el espíritu es por tanto el alma. Es voluntariosa y fuerte a la vez.

LA DISPOSICIÓN

Disposición equivale a espera sin acción. Sin embargo, está enfocada a una acción, a una ejecución, está preparada para ella. Por eso, la persona dispuesta está en cierto modo fuera de sí, concentrada en algo que vendrá y le exigirá a su vez algo.

En toda disposición late la disposición a la muerte. Es la disposición propiamente dicha, la disposición plena. En ella todo se concentra para la ejecución postrera.

Pero, curiosamente, la disposición a la vida es muchas veces menor que la disposición opuesta, que incluye la muerte. Si no fuera así, muchas personas no estarían tan poco dispuestas a hacer o dejar de hacer algo que perjudica la vida. Incluso quienes aparentemente se preocupan por su salud, a menudo se preocupan poco por la vida cuando está en juego lo realmente importante.

La disposición plena incluye las dos: la disposición a empeñar la vida y la disposición a protegerla y preservarla. Sólo así tiene sentido la disposición a la muerte, pues en definitiva está al servicio de la vida, la vida propia y la ajena.

Quien está en sintonía con la plenitud de la vida está dispuesto para la vida toda y alcanza así, incluso ante la muerte, su propia plenitud.

EL RIESGO

El mayor riesgo es la vida misma. Sólo puede vivirla el que se arriesga. ¿En qué consiste ese riesgo? En vivirla plenamente a la vista de la muerte, en apurarla y colmarla a pesar de su final insoslayable. Pues es el miedo el que angosta y empobrece la vida.

El mayor riesgo en la vida es una nueva relación, una relación con personas que antes esquivábamos porque nos daban miedo por ser diferentes de nosotros. El encuentro con otras personas es la mayor aventura. Es donde más ponemos en juego. Pero sólo cuando son encuentros de igual a igual, cuando nos arriesgamos a ponernos a su lado y enfrente, como seres equivalentes, seremos una ganancia para ellas, y viceversa. Si nos ponemos por debajo o por encima, eludimos el encuentro y evitamos el riesgo.

¿Y qué ocurre con los que ponen en juego su vida? ¿Son personas arriesgadas? ¿O es quizás una forma de esquivar la vida? No cuando la ponen en juego al servicio ajeno. Porque también la vida de otros merece que corramos riesgo.

LO OTRO

Lo otro soy yo. Sólo es lo otro y ajeno a mí, mientras yo no lo perciba ni reconozca como una parte de mí mismo. ¿Qué puede estar realmente fuera de mí en el mundo, cuando todo me atañe a su manera e influye en mí (aunque a veces desde lejos), y cuando yo también formo parte de la plenitud de su existencia por mi propia existencia?

Mientras lo otro permanezca ajeno a mí y yo lo mantenga alejado, desconfíe de él, lo tema, excluya o incluso quiera deshacerme de ello, seguiré siendo menos, más liviano, estrecho, cerrado y pobre.

La aquiescencia a lo otro es la aquiescencia a la plenitud. Obliga a abrirse a un amor diferente y más grande, a la amplitud, a la modestia, a un aprendizaje siempre nuevo. La aquiescencia une. En ella encuentro mi plenitud, la felicidad plena, la entrega que me sostiene y en la que estoy recogido. Sólo en ella soy del todo humano.

LO ESPECIAL

Lo especial es lo que se distingue del resto. Lo que es especialmente bello o feo, atractivo o repulsivo. Pero también lo que es especialmente raro y especialmente importante. Y sobre todo lo que es único, lo que no existe sino una sola vez.

Siendo precisos, todo lo que es diferente es también especial, especial para nosotros si entramos en relación con ello. Pues también nos reta de una forma especial, nos regala quizá algo especial, nos hace tal vez especialmente felices o ricos y, a veces, nos pone especialmente tristes.

Cada uno de nosotros es especial, único, diferente de los demás. Es lo especial de nosotros lo que nos hace atractivos e importantes.

¿Pero realmente queremos lo especial que hay en nosotros? Por ejemplo, nuestros padres, nuestro cuerpo, nuestro talento, nuestra vocación. ¿Y qué es de nuestro destino especial? Si queremos otro diferente, ¿todavía somos nosotros mismos?

Lo especial de nosotros sólo lo es si lo aceptamos, lo recogemos y conseguimos algo especial con él. Quizá también si soportamos algo especial y podemos ser algo especial para otros.

Somos especialmente especiales para el otro, cuando nos queremos mutuamente.

LO NUEVO

Lo nuevo viene después de lo viejo. Lo suplanta o lo continúa. Lo nuevo no siempre es nuevo. Por tanto, «nuevo» a menudo sólo significa «posterior».

Pero en nuestro sentimiento asociamos lo nuevo con la esperanza de progreso y desarrollo. A menudo, también con la liberación de algo viejo, de algo opresivo, y la sensación de un añadido, de un plus de felicidad.

Lo nuevo nos mantiene en movimiento. Somos ansiosos ante lo nuevo, queremos experimentarlo y conocerlo y poseerlo. Pero la vida siempre es nueva, cada nuevo día trae novedades. Por eso, lo nuevo está vivo si lo comparamos con lo viejo. A no ser que lo viejo se renueve y rejuvenezca para nosotros. Lo viejo es cuestionado permanentemente por lo nuevo y tiene que renovarse, aunque sólo sea para no inmovilizarse.

Nada se repite en el alma. Quien espera una repetición, por ejemplo la repetición de una felicidad especial, se pierde lo nuevo. Porque toda repetición es vieja.

Lo viejo a veces resulta cómodo, pero también cansa. Sólo lo nuevo nos mantiene en un estado de frescor.

LO FUGAZ

Lo fugaz es libre. Va y viene, no podemos sujetarlo. Quien reconoce lo fugaz como tal, lo recibe en regalo por un tiempo. Quizá lo fugaz le examine temporalmente para después volver a soltarlo.

Incluso lo que parece constante y duradero no tarda en revelarse como fugaz. Pero precisamente por eso se nos convierte en algo especialmente valioso durante el tiempo que dura. Simultáneamente, ya nos libramos de ello antes de que se volatilice. No sólo nos libramos *de* ello, sino que también nos libramos *para* una fugacidad siguiente, que se cruce en nuestro camino y nos coja por un tiempo.

¿Dónde queda entonces lo constante? Constante es lo que permanece más tiempo, por ejemplo alguien a quien queremos, a quien permanecemos vinculados por algo que nos ata. El marido y la mujer, o los padres y los hijos. Pero cuando estamos abiertos reconocemos que al cabo de un año queda poco de lo mucho que había antes. Se ha volatilizado y ha dado lugar a lo nuevo.

Sólo porque lo pasado se volatiliza, lo nuevo encuentra su lugar. Por eso, una relación se mantiene constante precisamente cuando impide que el pasado se vuelva presente.

EL ÉXITO

El éxito es limitado. Nuestros logros, cualesquiera que sean, ponen en marcha un movimiento que los cuestiona o se propone desbaratarlos. Y los que menos duran suelen ser aquellos éxitos que han sido fruto de nuestro planificar y nuestro esfuerzo personal.

¿Debemos lamentarlo? ¿Por qué habríamos de hacerlo? Todo desarrollo necesita de la resistencia. Por la resistencia se ve afirmado y fortalecido y debe tener en cuenta movimientos que antes quizá hayan escapado a su atención o que haya subestimado. Por la resistencia está en sintonía con un creciente número de otras fuerzas que acaban dándole sostén. El desarrollo y el éxito encuentran, gracias a la resistencia, un equilibrio con muchas otras fuerzas, equilibrio que se alteraría con un desarrollo demasiado rápido y unilateral.

La resistencia al éxito demasiado rápido hace necesario el reconocimiento y la valoración de las fuerzas opuestas a nosotros. Así estarán más dispuestas a aliarse con nosotros, en un plano superior, para emprender la acción común que de esta manera gana influencia, fuerza y destreza duraderas.

Otra cosa sucede cuando un movimiento no parte de nosotros mismos, cuando seguimos un movimiento que desde un principio emana de la sintonía. Estando en sintonía, atrae otros movimientos que se le unen. No avanza más de lo que permiten el tiempo y las circunstancias. Cuando alcanza su meta, el éxito resulta natural y se experimenta como algo benéfico. Ese es el tipo de éxito que puede durar y permanecer estable.

LOS ENEMIGOS

¿Cómo tratar a los enemigos, tanto a los de poca monta como a los de gran calibre?

Sean cuales fueran sus intenciones, lo primero es respetarlos. No sabemos al servicio de qué o quién están. Por eso respeto el esfuerzo que hacen cuando hablan, escriben o actúan, y respeto su preocupación por mí, por otros y por el gran conjunto. Reconozco que con ello sirven al gran conjunto y, dentro de él, también a mí y a muchos otros. Pues sin resistencia exterior no puede desarrollarse ningún ente vivo ni tampoco nada humano de importancia. Sólo por la resistencia exterior puede ir diferenciándose, insertarse en algo más grande y alcanzar, en los límites establecidos externamente, su verdadera fuerza y la comprensión de lo realmente posible. Porque lo que no puede seguir expandiéndose tiene que condensarse. En lugar de ganar en altura y amplitud, adquiere mayor profundidad.

Lo segundo es que mis enemigos, al oponérseme, a menudo encuentran más fácilmente lo suyo. Así fomentan el conjunto más de lo que harían si me corroboraran o incluso siguiesen negando lo suyo propio. Pues es lo específicamente propio lo que hace que el individuo preste su aportación singular al conjunto. Para quien haya encontrado ese punto, la enemistad terminará en el transcurso del tiempo, pues lo propio de los otros ya no le supondrá un peligro, ni él tendrá el afán de romperlo o torcerlo a su imagen y semejanza.

Quien ha encontrado lo suyo está serenamente unido a todo lo demás y es tolerante frente a la enemistad ajena. Espera hasta que esa enemistad se resuelva en la relación con lo específicamente propio. Sin embargo, también cabe señalar que algunos descuidan o confunden lo suyo, a causa de su enemistad hacia los demás.

En tercer lugar, la enemistad suele necesitar de compañeros. Gana fuerza con la cantidad y la lealtad de quienes en ella se alían contra algo. No obstante, de esta manera fortalecen también el séquito de aquellos a quienes se enfrentan.

Si el séquito se resquebraja, se pierde también la fuerza, tanto la propia como la ajena. Sin séquito, los adalides de los dos bandos tienen que valerse por sí mismos. Sólo entonces se pone de manifiesto dónde está la fuerza mayor.

¿En qué se puede detectar la fuerza mayor? Se muestra en lo que dura. Pues sólo lo que dura fue y es esencial.

LA OBSTRUCCIÓN

Por una obstrucción se detiene un movimiento. La obstrucción se manifiesta cuando queremos alcanzar una meta con excesiva premura o porque esa meta no nos corresponde o porque nos faltan o se han acabado nuestras fuerzas. Entonces la obstrucción nos obliga a parar y nos da la posibilidad y el tiempo de

- verificar la meta,
- concentrar nuevas fuerzas,
- encontrar quizás aliados,
- esperar el momento propicio,
- proceder en sintonía con otros.

A veces, también basta con esperar a que la obstrucción desaparezca por sí misma, pues la espera del momento oportuno la debilita y le hace perder fuerza. El tiempo trabaja en contra de la obstrucción y a favor del movimiento adecuado.

Si reconocemos a la obstrucción, si incluso contemporizamos con ella, en ocasiones se alía con nosotros y se convierte en centinela del éxito. Con esta perspectiva, algunas veces incluso podemos saludarla desde el mismo principio.

LA SINCERIDAD

Sincero es quien está erguido, consciente de su propia fuerza y dignidad. Sincero es quien otorga también a los demás su dignidad y su fuerza. Está a su altura, ni por encima ni por debajo de ellos.

Los sinceros se tienen afecto mutuo, incluso cuando lo que se dice y se hace con sinceridad pueda ser doloroso y de graves consecuencias. Los sinceros permanecen doblemente en el amor: en el amor a sí mismos y a su dignidad y en el amor a la dignidad del otro. Por eso, los sinceros coexisten autónomos a la vez que unidos mutuamente.

Si alguien, al manifestar su sinceridad, niega el respeto, esa sinceridad no es más que apariencias. Encubre un trasfondo. Por eso hay que estar alerta y mantener una actitud reservada ante esta clase de sinceros. Con ellos, a veces incluso la falta de sinceridad es un instrumento estratégico apropiado. Aísla al que no es auténticamente sincero y debilita su posición. Al mismo tiempo, de esta manera uno pone poderosamente en juego su autoestima y fuerza.

CAMINOS

Los caminos se hacen al andar en una dirección determinada. Avanzamos en ellos porque dejamos atrás el tramo que ya hemos recorrido. También podemos desandarlos, por ejemplo para buscar algo que nos hemos dejado. O para mirar más detenidamente algo ante lo que hemos pasado de largo sin fijarnos. Quizá también para visitar a quien hemos dejado atrás, o para recoger y llevarnos a alguien.

No obstante, en el proceso de desandar también podemos perder. Ocurre cuando vamos arriba y abajo por el camino acostumbrado y en cierto modo nos instalamos en él. Entonces ese camino, en lugar de conducir a alguna parte, se convierte en una trampa y en su propia meta.

También hay caminos que no llevan a ningún lado, y al cabo de un tiempo nos percatamos de que íbamos por mal camino o de habernos metido en un callejón sin salida. Entonces, para llegar a la meta, sólo nos queda el retorno hasta la bifurcación donde doblamos en dirección equivocada.

A algunos ese retorno les parece demasiado trabajoso, sobre todo cuando llevan ya mucho tiempo en estado errante. Entonces se detienen y se instalan en lo que les queda, aunque no tenga salida. Así, también ese camino, si bien equivocado, se convierte para ellos en la meta.

Junto al camino recto existen también los rodeos. Muchos de ellos sólo lo son en apariencia y no es sino después de un tiempo cuando se revelan como los mejores caminos posibles, al ofrecernos nuevas perspectivas y experiencias que, de haber seguido por el camino recto, hubieran quedado ocultas e inaccesibles.

Pero algunos se detienen en los rodeos más de la cuenta, se enganchan en ellos y equivocan lo que sólo se logra en su debido momento, porque el camino y la meta se relacionan mediante un tiempo acorde a ellos y que es por tanto limitado.

A menudo tenemos a la vista una meta bien definida, y el camino que conduce a ella está trazado, por ejemplo cuando se trata de una meta

profesional. Si la conocemos, también sabemos el camino para alcanzarla. Puede haber en él obstáculos por superar, pero será un camino con buena visibilidad.

Sin embargo, muchas veces andamos por un camino cuya meta y fin se nos ocultan. Un camino así es el de la vida. Sólo retrospectivamente descubrimos adónde nos ha llevado. Esa meta es a veces mucho más grande y lejana de lo que pensábamos o secretamente esperábamos al principio. A menudo, tal camino nos conduce a una misión o reto que hubiéramos preferido esquivar. Pero mirando atrás nos damos cuenta de que nos hemos crecido en ese camino o, quizá más exactamente, de que algo más poderoso que nosotros nos ha guiado, empujado y puesto a su servicio mientras caminábamos. Ese camino nos conduce a nuestra meta verdadera.

LA RETIRADA

Retirada quiere decir, en primer lugar, que retrocedemos ante algo que resulta ser más fuerte. Nos hurtamos a su influencia y su poder, debilitándolo de este modo y poniéndole límites. Esa retirada es por tanto estratégica y provisional. Sirve para preservarse y para concentrar las fuerzas propias. Forma parte de un movimiento más complejo, que no descarta un avance posterior.

Pero la retirada también puede ser necesaria si hemos avanzado y penetrado en algo injustamente. Entonces retrocedemos ante algo con lo que queríamos medirnos de manera soberbia y que, con razón, se revela como más grande y más fuerte. Esa retirada nos purifica. Retrocedemos así hasta nuestras propias fronteras y nos volvemos modestos en su perímetro.

También retrocedemos cuando algo está acabado, por ejemplo una misión o un trabajo. Lo abandonamos entonces a su propio movimiento y fuerza, dejamos de sujetarlo al tiempo que ello deja de sujetarnos a nosotros. Esta forma de retirada devuelve al propio interior lo que antes estaba fuera y enfocado hacia otras cosas y otras personas. Allí encuentra el sosiego, puede renovarse, ordenarse y concentrarse de cara a un nuevo movimiento o misión.

También toca iniciar la retirada cuando algo ha quedado obsoleto, aunque antes haya sido provechoso, fructífero e importante. Por ejemplo, un conocimiento, una experiencia, una conquista. Cuando nos agarramos a ello, entorpece la marcha de lo nuevo: el conocimiento diferente, la experiencia más amplia, el reto inesperado. La retirada de lo que ha sido, el abandono voluntario de lo acreditado, nos hace libres para lo posteriormente posible.

Pero también retrocedemos cuando ya no nos necesitan, cuando otros ocupan nuestro lugar, cuando se acerca e impone la despedida definitiva. Esa despedida es la última retirada, la retirada hacia el centro al que retorna todo lo que se ha expandido. Cuando prospera, esa retirada es el ingreso concentrado en lo finito.

LA REFERENCIA PURA

La referencia pura, como la llama Rilke, está vedada a todo lo que pesa y estorba. Se torna posible cuando algo diferente de nosotros, algo muy próximo, se ha terminado y cumplido; por ejemplo, cuando una persona amada, que se ha separado de nosotros o ha muerto, ha sido trasladada o relegada al recuerdo, negada u olvidada. En la referencia pura permanece incólume, es más: la relación con ella se profundiza y transita hacia algo más complejo. En la referencia pura, lo pasado está presente, pero sin meta ni dirección, como un estado puro, concentrado, recogido en sí mismo.

Sin embargo, en ese estado, todo sigue en referencia. No se limita al simple existir. Podemos internarnos en esa referencia, que incluso nos atrae y nos inicia en muchos aspectos de su propio orden referencial. Por ejemplo, en un mirar, un decir, un amar distintos y un obrar esencial y sin resistencia a la transición que nos desliga de lo provisional. En la referencia pura estamos vueltos a todo, tal como es, y lo llevamos al interior de esa referencia. En ella conservamos lo que fue valioso, satisfactorio y hermoso, sin apegarnos a ello, y nos desprendemos de cuanto hemos perdido, sea o no por culpa nuestra, a la vez que lo recuperamos. Al final, la referencia pura nos lleva más allá de nosotros, muy cerca de algo que sólo sospechamos, sumidos en asombrado silencio. Después volvemos a nuestras referencias cotidianas, más despiertos, más conocedores, más capaces y dispuestos para la obra auxiliadora.

LA PLENITUD

La plenitud es caótica. En ella se cuece algo que empuja hacia la forma y el orden, y que al mismo tiempo hace tumbar y disolverse la forma y el orden que se ha alcanzado, para dar espacio y lugar a una forma y orden distintos. Como en cierto modo hierve y bulle, le tememos, nos oponemos fuertemente al cambio que en su propia esencia lleva implícito, y sin embargo nos vemos arrancados por ella de nuestra seguridad, de manera que sólo nos queda el cambio o el hundimiento.

Pero incluso el hundimiento de unos pertenece, en medio de la plenitud, al cambio. Cede a lo venidero el lugar y el tiempo que necesita.

La plenitud no distingue. Todo está recogido en ella. Por eso, nuestras distinciones se le oponen, sobre todo nuestra distinción entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo equivocado. Pero el que sabe y reconoce que lo supuestamente bueno y correcto y lo supuestamente malo y equivocado forman de igual modo parte de la plenitud, lo comprende de repente como algo que da perfil y orden a lo complejo.

Sin embargo, se trata de un orden blando y fluido, que extrae de los contrastes su fuerza renovadora y su impulso.

LO OSCURO

Lo oscuro es a veces siniestro. Por eso intentamos aclararlo o esclarecerlo completamente, mantenernos despiertos, ahuyentarlo, para conjurar de ese modo todo lo que pudiera amenazarnos en él.

Otras veces, lo oscuro tiene para nosotros algo del abrigo del hogar, sobre todo cuando está limitado en el espacio y nos resguarda en el interior de ciertos límites. De ello forma parte todo lo que nos recuerda al seno materno, por ejemplo una cueva o un rincón oscuro donde nos replegamos para escondernos, para dejar algo atrás o para cerrar los ojos y soñar, para dormir y, finalmente, para morir. Por tanto, entrar en lo oscuro tiene también algo del retorno al principio, a los orígenes detrás de los cuales las cosas se cierran a nuestro saber e intuir y permanecen incomprensibles, inasibles, inconmensurables y a salvo de cualquier penetración.

Lo oscuro es por tanto lo grande, lo que es digno de asombro, pero también lo tenebroso, lo cruel, lo implacable, lo devastador y lo destructivo. Ante ello nos volvemos pequeños y quedamos desvalidos, impotentes, a merced de lo ajeno y sin sostén. Sólo podemos superarlo si miramos de frente a la muerte, que acaba también con lo terrible. Entonces lo oscuro nos acogerá definitivamente, y nos daremos cuenta de que todo lo claro sólo fue provisional, un interludio breve y caduco.

¿Qué se deduce de ello? ¿Cómo le haremos justicia a lo oscuro en medio de lo claro? Aceptando que lo claro se asienta en lo oscuro, sin olvidar que lo oscuro está presente en lo claro, de modo que este último no se sobredimensione y permanezca más bien en la penumbra, equidistante en cierto modo de lo claro y lo oscuro. Entonces lo claro ya no nos incita a la soberbia. Vemos cómo sube y baja, aumenta y disminuye, y permanecemos serenos en cada momento.

LA PROTECCIÓN

El que está a merced de las inclemencias del tiempo o de la envidia de otras personas y grupos, necesita protección. También el que está expuesto a peligros que no puede afrontar a solas, necesita protección para sortearlos o superarlos.

¿Quién ofrece esa protección? En primer lugar, la propia familia. Los padres dan protección a los hijos. Los hijos, cuando son adultos, protegen a sus padres cuando éstos los necesitan. Los hermanos se ofrecen protección y ayuda unos a otros, y los parientes se apoyan mutuamente en situaciones de emergencia.

Pero también otros grupos mayores otorgan protección a sus miembros; por ejemplo un municipio, una ciudad, un Estado y muchas asociaciones profesionales y de defensa de intereses comunes. Vemos, pues, que la protección suele otorgarse mutuamente cuando, donde y en la medida en que el individuo o los grupos pequeños la necesitan.

Todas las relaciones, además del intercambio del dar y el tomar, brindan protección mutua en muchos planos a quienes las trabaron, siempre que precisan de ella. Es más: la garantía de protección es el fundamento de toda relación importante y duradera.

La disposición a brindar protección, incluso con gran empeño personal, crea confianza mutua y hace que los socios de esa relación cuenten los unos con los otros. Contando con esa protección pueden soltarse, abrirse como son, asociarse y arriesgarse conjuntamente a algo nuevo.

Es sobre todo nuestra intimidad la que necesita protección: ante la curiosidad, la envidia, los celos, el reconcomio. Necesita la protección del respeto y del amor, porque es sumamente vulnerable. Necesita la protección de la cercanía, de la cobertura hacia el exterior, del espacio del sosiego; también del repliegue, de las cuatro paredes de casa. Y necesitamos una mano que nos sujete y un corazón que nos quiera.

Entonces conseguimos más fácilmente volver a salir fuera, al espacio menos protegido, para acreditarlos en él y arriesgarnos a cosas nuevas. De ese

espacio abierto retornamos con más fuerza y experiencia al espacio protegido, para luego salir de nuevo y adentrarnos un paso más en lo desprotegido y quizá siniestro. Y al cabo de un tiempo comprenderemos que, precisamente donde más desprotegidos y abandonados nos sentimos, es donde más íntegramente protegidos estamos, por algo que se encuentra más allá de nuestros miedos.

AMIGOS

Los amigos se entienden. Miran en la misma dirección, aunque no tengan una meta común. Lo que se vislumbra en esa dirección está lejos. Por eso se mueven hacia allí, pero se encuentran pocas veces. Cada uno recorre el camino, en esa dirección, a su particular manera. Tampoco llega al mismo lugar que el otro. Pues lo que miran y hacia donde se mueven es demasiado grande, demasiado profundo e incommensurable.

Y sin embargo hay entre ellos una referencia mutua, tanto en el camino como en la meta; a veces se encuentran, recorren un trozo del camino juntos, se escuchan y se complementan en su intercambio. Luego, enriquecidos y animados por las experiencias mutuas, vuelven a marchar cada uno por su cuenta. Sin embargo, en su alma siguen caminando cerca del otro.

DAR EL HONOR

Cuando les doy el honor a mis padres, les doy un lugar parejo ante mí y ante todos los demás. Yo los considero a ellos y ellos se consideran a sí mismos como iguales junto a todos los demás padres y al servicio de la misma vida. Cuando les doy el honor reconozco su grandeza. Al mismo tiempo abro el corazón a todo lo que he recibido en regalo de ellos y a través de ellos. Me otorga la capacidad y el derecho de tomarlo de ellos en toda su plenitud.

Entonces yo también puedo ponerme a su lado y al lado de todas las demás personas como alguien de igual rango, de igual derecho y de igual fuerza para tomar y dar algo especial que está al servicio de la vida. De este modo, me doy ante todos los otros el mismo honor que he dado a mis padres, tornándome como ellos grande ante todos los demás.

Al darme a mí mismo y a mis padres ese honor ante todos los demás, abro también los corazones de éstos a lo que significan para mí y a lo que yo significo para ellos. Como los honro a mi lado, como a mí mismo y a mis padres, estarán dispuestos a honrarme también a mí y compartir conmigo lo que es particularmente suyo.

Lo mismo sucede cuando honro a mi grupo, mi profesión, mi actividad, mi experiencia particular, pero también a mi pueblo y mis antepasados, y cuando honro mi destino y el de los demás.

Todo aquel que se honra a sí mismo y a los otros encuentra alegría y reconocimiento, sirve a la paz y al futuro.

CUMPLIMIENTO

Cumplido quiere decir que algo ha sido llevado a su fin, de modo que podemos respirar. Se ha cumplido un sueño, una misión, un deseo largamente abrigado. Se ha cumplido un tiempo si hemos esperado su fin. También se ha cumplido una vida si hemos alcanzado lo esencial que nos habíamos propuesto y perseguido y si sólo queda esperar el final. Entonces, la espera de la muerte a menudo se prolonga dolorosamente. Pero también eso, el afrontar esa espera, forma parte de nosotros. Porque también la decadencia está integrada en el cumplimiento, lo mismo que el marchitar pertenece al florecimiento y a la fructificación.

A veces creemos asistir a un final antes de tiempo, en cierto modo antes de cumplimiento, antes de la madurez y la fructificación. Pero esto es así si sólo contemplamos lo individual. También lo no acabado o lo acabado prematuramente está cumplido a su manera, porque ha cedido su lugar a lo otro, a lo que pudo cumplirse.

Pero al final también lo que se ha cumplido recae en el mismo olvido, en una permanencia que acoge de igual manera lo acabado y lo que a nuestro sentir ha sido sacrificado en aras del acabamiento de lo otro; una permanencia en la que ambos, sin que puedan distinguirse lo uno y lo otro, se disuelven en algo ante lo que nuestra voluntad y nuestro cumplimiento se hunden en la nada.

Rilke lo describe en un poema en el que compara el conjunto de la existencia humana con una alfombra persa, cuyo tejido muestra con la claridad de un cristal imágenes de rosas y de higos que maduran. El ser individual y su destino personal sólo es uno de los hilos de seda de esas imágenes, y es absolutamente indiferente en qué imagen se halla entretejido, aunque sea dolorosa. Cada hilo de la alfombra contribuye en la misma medida a su belleza digna de gloria. He aquí el poema:

Canta, corazón mío, los jardines remotos,

*claros e inaccesibles, en cristal convertidos.
A esas húmedas rosas de Ispahán y de Esquira
que a nada se parecen, ensálzalas y cántales.*

*Muestra, corazón mío, que nunca te han faltado.
Que siempre compartiste sus frutos en sazón.
Porque mezclado entre las flores de sus ramas
te asomas a los aires poblados de otros rostros.*

*Sabes que es un error decir que hay privaciones
para los que han concluido su tarea de ser.
Como otro hilo de seda, en el tejido estás.*

*Cualquiera sea la imagen que en tu interior se yergue
(aunque se trate de esa que atormentó tu vida)
del glorioso tapiz entero participas.*

(Sonetos a Orfeo - II/XXI)

EL RESPETO

El que actúa con respeto piensa dos veces en lo que, bajo determinadas circunstancias, es bueno para el otro y acorde con su dignidad. Por eso, el respeto muchas veces es sentido por el otro como estima. El respeto allana, pues, el camino para una relación de mayor cercanía y confianza.

Respeto quiere decir: me fijo en lo que está en el entorno del otro, en lo que pueda causarle miedo o resultarle ajeno. Voy a su encuentro con algo que le es familiar y que le ayuda a mostrarse como es, porque nota que le estimo. El respeto une, es tolerante.

En el respeto retiro algo propio de mí: una idea propia de lo que es correcto, una idea de mi propia importancia, un insistir en el camino y las metas propias. Porque si quiero imponerlo, lo propio resulta estrecho.

El respeto, en cambio, es abierto, ancho, condescendiente, sabe renunciar y es, en definitiva, una manifestación de amor y afecto.

«...Y CON EL FIN COMIENZA»

LA DESPEDIDA

«Las despedidas son dolorosas», se suele decir. Pero también hay despedidas que nos resultan fáciles, por ejemplo la despedida de la escuela. Incluso la celebramos y nos hace sentir aliviados y libres. Porque después de la despedida se torna posible algo que llevamos mucho tiempo esperando.

La despedida resulta difícil cuando nuestro corazón está apegado a algo, sobre todo a una persona querida. Entonces la despedida conlleva dolor y sólo se logra con dolor. Cuanto más nos sentimos unidos a la persona querida, tanto más profundo es el dolor. Sobre todo si la despedida es definitiva, por ejemplo cuando muere la madre, la pareja o un hijo. También resulta difícil despedirse de un sueño o de una esperanza; sólo se logra con dolor. Sin embargo, a menudo la despedida sólo parece ser definitiva. Porque precisamente con la despedida podemos recuperar para el futuro algo que ya ha pasado. Pero se trata de ser prudente en lo que a esto se refiere. Cuando, por ejemplo, aún le guardamos rencor a alguien o nos sentimos culpables frente a él, emprendemos, tras la despedida, el futuro con algo que nos ata a él.

Pero cuando nos fijamos en lo que era valioso y enriquecedor, lo que nos hacía íntimamente alegres y felices, su recuerdo obrará el mismo efecto. En él, lo bello se conserva y obra en nosotros de forma relajada. Lo bello no se pierde con la despedida. Al contrario; sólo gracias a la despedida puede permanecer.

LA PÉRDIDA

La pérdida duele; por ejemplo, cuando perdemos una persona, una esperanza o un bien que era valioso e importante para nosotros. Entonces nos sentimos muchas veces como si hubiéramos perdido un pedazo de nosotros mismos, como si hubiéramos ido a menos en alma y cuerpo.

Eso es cierto si persistimos en el duelo más allá del tiempo apropiado y necesario para sobrellevar la pérdida. Porque, entonces, la pérdida también se lleva para siempre algo de nosotros mismos.

Pero en el duelo adecuado recuperamos lo que hemos perdido, lo recuperamos de un modo que nos hace más ricos, serenos, ligeros. Después de la pérdida se nos plantean nuevos retos, nuevas misiones, nuevas relaciones, nuevas posibilidades de desenvolvimiento. Si sabemos aprovecharlas, lo perdido se introduce en ellas como experiencia, como caro recuerdo, como fuerza. Pero sin seguir atándonos, sino de forma relajada e incluso serena.

En este sentido, la pérdida sirve para nuestra transición, nos hace más ricos, libera nuevas fuerzas, continúa actuando y se convierte en ganancia.

LA RENUNCIA

«Renunciar es difícil», se dice. Pero la renuncia también desata y libera. Resulta difícil si uno mira hacia atrás. Entonces parece una pérdida. Sobre todo, si viene impuesta.

Pero cuando nos dedicamos a una misión que nos significa algo, cuando queremos alcanzar una meta que es importante para nosotros, renunciamos a muchas cosas que obstaculicen el cumplimiento de ello. La renuncia es entonces el precio de la ganancia.

Hay algo más: con la renuncia nos crecemos y, por raro que suene, ganamos en equilibrio anímico. Quien no ha renunciado puede poco y sigue siendo un niño en muchos aspectos.

Existe también una renuncia especial, una renuncia que precede a la intelección y al obrar especial. Esa renuncia es como una iniciación en algo más complejo, algo más profundo, algo saludable. Es el caso, por ejemplo, de la renuncia al saber superficial o prescindible, el dejar atrás lo hasta ahora sabido o deseado, el ingreso en la noche del espíritu y de la voluntad, la espera de un movimiento que carece de intención y que ha superado todo temor y todo cálculo; un movimiento en el que somos guiados sin resistirnos ya, en el que la libertad se ha convertido en entrega.

Esa renuncia purifica y toma posesión de nosotros al servicio de algo que, más allá de nuestra voluntad y de nuestras capacidades, instaura la paz, sin premeditación y no obstante con eficacia, de modo discreto y duradero.

EL TEMOR

El temor paraliza. En lugar de caminar hacia adelante, nos inmovilizamos. O nos echamos atrás, escurrimos el bulto, cedemos el campo a otros, nos sometemos a ellos y les damos poder sobre nosotros.

A menudo también tememos saber, porque el saber exige que actuemos. O tememos decir lo que vemos y sabemos, por miedo a que los demás nos ataquen y desafíen. Por eso, el temor, como dice el chamán Don Juan a su discípulo Carlos Castaneda, es el primer enemigo del conocimiento.

Hay temores justificados. Pero en lugar de dejarnos paralizar por ellos, podemos enfrentarlos actuando; por ejemplo, retirándonos calculadoramente y esperando a que lo que nos inspire temor se debilite, por sus éxitos, lo suficientemente como para volver a permitirnos el avance.

El temor superado da fuerza. Confiere y crea confianza.

El temor más grande es el temor al final, el temor a la muerte. Quien ha superado también ese temor, ya no se deja intimidar. Tiene la mayor fuerza.

EL MORIR

Todo lo viviente muere viviendo. Sólo puede vivir porque algo muere en ello, y eso en varios planos. El animal sólo puede vivir porque se come la planta, que de esta forma muere. Y otro animal sólo puede vivir porque mata a ese animal y se lo come a su vez.

Pero también dentro de nosotros algo tiene que morir continuamente para que la vida prosiga; cede su lugar a algo nuevo y quizá también más grande.

Lo mismo acontece en el transcurso de la vida. Lo que es anterior tiene que ceder a lo venidero: la infancia a la juventud, la juventud a la relación de pareja estable, la paternidad y la responsabilidad que se deriva de ello. La responsabilidad termina cuando los padres dejan que los hijos se independicen, y finalmente nuestra vida cede a la muerte y a lo que tal vez nos espera después.

Jesús lo resume en la Biblia en forma de parábola. Sólo si el grano de trigo muere da mucho fruto.

Por tanto, el morir pertenece a la vida desde el principio, es la premisa de la vida y parte de ella. De ahí que sólo pueda vivir quien asiente a la muerte y al final muere.

Para el que así comprende y vive, la muerte no es sino una continuación del morir y con ello también una continuación de la vida. Quizá no de la vida propia, pero sí de la vida que se renueva en todo morir y que, por morir, permanece.

FATIGADO

«Fatigado estoy, busco el lecho», dice una canción que cantamos a los niños para que se duerman.

«Está fatigado de la vida», decimos de alguien que no quiere seguir viviendo y prefiere poner fin a su vida, a veces antes de que su tiempo se haya cumplido.

Fatigados estamos también después del trabajo. Ansiamos la paz, el reposo, el descanso vespertino.

Se fatiga lo que se acerca a su fin, lo que ya no tiene fuerzas, lo que está consumido. Por eso, todo lo que se fatiga necesita la renovación.

La fatiga nos indica que debemos terminar con algo, que algo no puede seguir así, quizá porque nos hemos extraviado, porque ya no vamos por buen camino, o porque nos hemos pasado con algo, nos hemos obstinado en algo que no tiene futuro. No existe por tanto solamente la fatiga del cuerpo sino también la de la mente y la del alma. La fatiga nos señala nuestros límites.

La fatiga misma no está fatigada sino alerta. Vela por nosotros como una madre vela por su hijo. Cuando transigimos con ella, nos detenemos, nos aquietamos, consultamos el problema con la almohada, nos reorientamos y con renovadas fuerzas nos ponemos manos a la obra y emprendemos el camino.

Los ancianos sienten la fatiga del otoño de la vida. Añoran el eterno descanso y cierran los ojos para siempre, quizá para despertar en otra parte.

EL DESCANSO

Cuando algo se calma y descansa, entonces cesa. Uno ha cumplido, ha resistido, incluso ha aguantado un sufrimiento, y ahora se acabó. Remite el temporal, cesa el ruido, la tensión se disuelve, y respiramos.

Después de la jornada cumplida nos acostamos para descansar, para dejar algo atrás y dormirnos. En el descanso concentramos nuevas fuerzas para enfrentar el nuevo día y lo que éste pueda traernos. En este caso, el descanso es un intermedio.

Pero a veces se parece a la calma que precede a la tempestad, esa expectativa en la que estamos condenados a la inmovilidad aunque queramos o incluso tengamos que actuar; pero no podemos, no nos dejan. El momento oportuno aún no ha llegado, por lo que estamos obligados a detenernos sin poder avanzar. Estamos paralizados, nos retienen.

A veces, en medio del descanso forzado, conseguimos abrirnos a la reflexión, a repensar nuestro plan, a examinar si estamos a la altura de lo que nos espera si actuamos. Entonces el descanso tenso cede al raciocinio, lo que procura distensión y relajación.

EL SUEÑO

Decimos que caemos o nos sumergimos en el sueño. Es la sensación y la metáfora de la profundidad. Caemos en un profundo sueño como si en cierto modo desapareciéramos de la superficie donde se desenvuelve la vida y entráramos bajo la tierra, en un mundo distinto, más profundo, que nos abraza plácidamente; un mundo maternal en el que estamos recogidos.

El despertar es entonces como un renacer. A veces, cuando hemos dormido larga y profundamente, decimos que nos sentimos «como renacidos»; es como si en el entretiem po hubiésemos retornado al seno materno.

En el sueño comprobamos que no sólo pertenecemos a este mundo, sino que nuestra vida depende también de otras fuerzas, fuerzas que nos superan y que intervienen creativamente en nuestras vidas. Por eso a veces decimos: «El Señor se lo da a los suyos en el sueño»

¿Qué es lo que les da en el sueño? Fuerza vital, y a menudo también buen juicio y nuevos ánimos.

Naturalmente, el sueño también tiene que ver con el movimiento del sol. Con el astro nos sumergimos y con él nos levantamos. La vigilia y el sueño son un ritmo cósmico.

Es cierto que hoy en día muchas veces hacemos de la noche el día, y no siempre al servicio de la vida. La vigilia y el sueño son los ritmos primordiales de la vida, lo mismo que, a escala del periodo vital, el nacimiento y la muerte.

La vida se acaba cuando ya no nos despertamos. Pero hasta ese momento dormimos plácidamente y despertamos cada día a una nueva vida.

LA TUMBA

La tumba acoge algo para siempre. La tumba abierta se cierra. Es como el seno de la tierra, que se abre y se cierra. Por eso, el sacerdote dice al pie de la tumba, mientras echa tierra sobre el ataúd: «Polvo eres y en polvo te convertirás.» El ciclo de nacimiento y muerte se cierra en la tumba.

Pero después la cuidamos y recordamos a los muertos. Los retenemos todavía un tiempo entre nosotros, porque los echamos de menos. Quizá nos atraigan y nosotros les atraigamos a ellos. La tumba es el lugar donde nos cruzamos con ellos, y ellos con nosotros. Es junto a la tumba donde más fuerte es esta sensación. Pero después nos alejamos del lugar, como si no debiéramos quedarnos demasiado, para evitar que los muertos nos atraigan definitivamente.

A los muertos debemos enterrarlos también en nuestra alma. También en nuestra alma su vida tiene derecho a terminar. Pero eso es difícil cuando nos hemos quedado con algo que era suyo. En épocas pasadas, todo lo que era del muerto se colocaba junto a él en la tumba. De esta manera, su vida había terminado de verdad y no quedaba de él nada que hubiera podido atraerlo a estar entre los vivos.

Quizá hoy día debiéramos en cierto modo hacer lo mismo. Es un acto que libera a los vivos de los muertos. Pero también viceversa. Tal vez haga falta para que los muertos encuentren el descanso.

BENDICIÓN A LOS MUERTOS

Muchas veces tenemos miedo a la muerte porque tememos que nos arranque de lo que nos es querido y cercano y nos lleve a una tierra lejana y desconocida. Pero puede ser que la propia vida sea esa tierra lejana, y que la muerte nos devuelva al hogar.

También es posible que en el reino de los muertos muchos fallecidos se sientan desterrados, sobre todo aquellos que murieron súbita e inesperadamente. Desean volver con los vivos. Todavía quieren algo de ellos, chupan de ellos y les quitan algo que es suyo.

Rilke evoca esta idea cuando, en uno de los *Sonetos a Orfeo*, advierte:

*Levanta de la mesa todo el pan y la leche
antes de irte a dormir, porque atraen a los muertos.*

Pero lo que más necesitan los muertos es una bendición. Una bendición en el sentido de que les deseemos el bien. Ya nada hay en nosotros que los retenga, que esperemos o incluso exijamos de ellos. Los dejamos marchar en paz y les deseamos con amor, sea cual fuera la injusticia o culpa que en vida nos separaba de ellos o los separaba a ellos de otros, que nada los retenga ya en este mundo, que lo puedan dejar todo atrás y miren hacia adelante, hacia algo grande, enorme, eterno, que los acoja para siempre en su protección, su paz y su olvido venturoso.

Esa bendición sólo puede venir de nosotros cuando estamos en paz con esa grandeza y permanencia, cuando ya hemos dejado atrás lo pasajero y nos comportamos como un mero huésped en la tierra: presentes y, no obstante, en camino.

Entonces esa bendición no viene de nosotros. Sólo fluye a través de nosotros, y los muertos, en vez de mirarnos y querer todavía algo de nosotros, miran hacia el origen de la bendición y se nutren de ella, y ella se los lleva lejos de nosotros, hasta el lugar donde todos encuentran sin distinciones su morada.

EL DESTINO

Por un lado, el destino es personal. Cada uno ha de salir airoso de su destino personal y se ve determinado por él en sus posibilidades. Pero lidiar con el destino no quiere decir que podamos disponer de él como si fuéramos nosotros quienes lo determinamos, y no al revés. Salir airoso del destino significa afrontarlo y aceptarlo tal como es. Entonces, el destino nos regala una fuerza especial, precisamente porque hemos establecido una sintonía con él. Nos une a algo más grande en cuyo seno nos toca una misión especial, diferente quizá de la que deseábamos al principio, pero que al final nos hará sentir felices y colmados.

Nuestras posibilidades y nuestros límites también están marcados por nuestra familia; por su historia, sus éxitos y sus derrotas, su fortuna y sus infortunios. Asimismo están trazados por los grupos grandes a los que pertenecemos: nuestro pueblo, nuestra religión, nuestra raza, nuestro sexo.

De todas esas circunstancias nace nuestro destino. Pero de tal forma que aún nos corresponde algo particularmente propio, algo como una vocación personal.

Consta, también, que los destinos de otros miembros de nuestra familia se convierten en nuestro propio destino, sobre todo los de aquellos que son rechazados por nosotros o por otros integrantes que la rechazan, de los que a lo mejor sentimos vergüenza o cuyo destino nos da miedo. Sin que seamos conscientes de ello, su destino revive en nosotros. En vez de poder seguir nuestro destino personal, ese destino ajeno toma posesión de nosotros.

Cuando, en cambio, esos miembros familiares y otros personajes importantes que a menudo han influido terriblemente en el destino de nuestra familia, como Hitler en Europa o Mao Tse-tung en China, por ejemplo, dejan de ser excluidos de nuestra comunidad para ser acogidos en ella como personas iguales a nosotros y con su propio destino, entonces nos liberamos de su destino.

LA LIBERTAD

Libre es aquel que sabe transformarse. Y sólo sabe transformarse quien es capaz de desprenderse y de seguir la próxima gran marcha hacia lo desconocido, aceptándola con buena voluntad. ¿Pero cómo sabemos si esa marcha, en caso de seguirla, tiene continuidad? Sólo si experimentamos que lo que nos mueve es algo dirigido, intencionado y cobijado, por algo distinto que nos supera con creces.

¿Cómo podemos experimentarlo? Si nos abandonamos a él sin reservas. Sin reservas quiere decir valiente, quiere decir sin saber, quiere decir avanzar hacia una oscuridad sin vacilar y sin tener garantías.

¿Qué significa esa libertad? Libertad de lo que se opone al cambio; libertad de aquellos que quieren retenernos; libertad del temor a lo que puedan pensar, decir y quizá incluso hacernos los que se quedan detenidos. Esa libertad es valiente sin mirar atrás; al caminar hacia adelante es entrega. Porque ya no somos nosotros quienes determinamos la dirección, sino que ella está determinada por lo que nos conduce. Pero tampoco eso puede ser libre en nuestro sentido habitual. También esa entrega se debe a la voluntad y al sostén de algo más grande.

LA PAZ

En la paz, el corazón encuentra su descanso, pues la lucha que precede a la paz es primero una lucha en el corazón, en la propia alma. La lucha se produce porque el corazón quiere una cosa y combate la otra, porque añora lo uno y teme lo otro, porque atiende lo uno y excluye y quiere deshacerse de lo otro. Así, el corazón se consume por lo uno y rechaza lo otro. Por eso, se enquistaba en el desasosiego y la estrechez.

Sólo el corazón ancho se aquieta. En él, también lo otro y lo ajeno tienen su sitio y encuentran el descanso. Por ejemplo, la culpa propia, el propio fracaso, el temor, incluso el llamado mal. Esto quiere decir, sobre todo, que las demás personas, que son diferentes, pueden estar en ese corazón como seres diferentes, también como el llamado mal. Ese corazón, que así ha encontrado su descanso, es el paraje de la paz entre los humanos.

Pero esa paz no se establece de forma inmediata entre las personas, eso sería demasiado forzado. Se establece porque el corazón entra, junto con lo otro, en un espacio interior que los acoge a ambos por igual.

A fin de cuentas, todo lo que es diferente está en dependencia recíproca. Su diversidad es fruto de la voluntad y de la dirección de algo de lo que depende y que lo limita en sus posibilidades. Quien acepta las cosas como son, está en sintonía con lo grande y lo omnicomprendido y, por tanto, con todos los humanos. Está en paz con todos.

«EL MUNDO TAMBIÉN CAMBIA VELOZMENTE»

Al cambio se le opone algo que quiere persistir. Esto retrasa el cambio, pero a la larga no puede detenerlo. Sin embargo, también esa resistencia sirve al cambio, pues gracias a ella el movimiento que quiere el cambio gana fuerza y resulta imparable en el momento oportuno. Por eso, el que percibe en su interior las fuerzas que preparan el cambio y se deja llevar y empujar por ellas, sabe esperar. Porque el cambio, como todo crecimiento, se impone a su tiempo.

Ir al compás del cambio significa también despedirse de lo que hemos alcanzado y ganado. Significa abandonar una seguridad y encarar un futuro en el que lo nuevo se pone a prueba y a menudo no puede conocerse y realizarse sino después de algunos rodeos y fracasos.

Todo lo viviente cambia. Está vivo porque cambia. Muere si deja de cambiar. Pero incluso el final y la muerte forman parte de su transformación, en un sentido más amplio y complejo. Para aquel que afronta ese cambio conscientemente, incluso la muerte es sólo un paso y un proceso de transformación más; aunque, eso sí, exige la última entrega y disposición de ánimo. Resulta tanto más fácil cuanto más dispuestos hemos estado, a lo largo de la vida, a afrontar el cambio y a aceptar toda transformación decisiva.

LO QUE BIEN ACABA BIEN COMIENZA

No hay fin sin principio, ni principio sin fin. Ambos se suceden y se transforman mutuamente en el ciclo de la vida. Lo mismo que al principio, también al final la mirada y el movimiento se dirigen al frente. Mirar hacia atrás detiene el movimiento y acaba restándole algo. Cuando el final se transforma en el principio, se conserva en él y se incrementa.

En la mirada hacia atrás permanecemos atados a algo. Incluso el éxito, considerado como logro duradero y, por tanto, como un fin, parece si no se convierte en el principio que lo supera. Sólo se conserva en un nuevo comienzo.

También podemos considerarlo de otra manera. Cada paso de un movimiento es un fin y un principio. En lugar de mirar por tanto hacia una meta donde esperamos descansar, vamos practicando el abandono mientras aún estamos en el camino, ese abandono que conduce más allá de todas las metas. Así seguimos siendo caminantes.

«PEQUEÑO ES LO QUE APORTAMOS
EN LA LUCHA
E INMENSO LO QUE LUCHANDO
NOS ENFRENTA»

LA FUERZA

La fuerza es concentrada y pugna por salir, empujando a la acción. Crece al reservarse y esperando el momento oportuno. Cuando ha llegado el momento de actuar, no va más allá de lo que es preciso para el éxito. Sólo gasta lo que exige la causa y la circunstancia. Se reserva, pues, lo suficiente como para poder responder a nuevos retos.

¿De dónde viene esa fuerza para actuar, en el momento justo? Viene de la sintonía con el entorno y de la sintonía con otros que necesitamos para cumplir una misión. Se nutre por tanto de algo que viene de fuera y a lo que sirve. En este sentido es humilde. Se doblega a algo más grande. Sin la sintonía con algo más grande, la fuerza se desgasta, se agota y se desvanece.

La fuerza en sintonía es serena. Inspira temor a la vez que confianza.

EL CONTROL

A veces, el control se siente como algo benéfico. Es un instrumento del poder. Si el poder sirve al bien y a la seguridad de un grupo, éste lo aceptará y lo asumirá. El control permite procesos regulados, evita percances y le asigna al individuo su lugar y su función en una empresa común.

Otra cosa sucede cuando alguien ejerce el control sobre los demás por motivos que no están justificados por las circunstancias o por una causa común. Ese control se siente como restrictivo.

Se opone a la causa común, la obstaculiza, provoca el rechazo y separa en lugar de unir. Ese control produce un colapso en vez de servir al bien común, a la coordinación y al mejor de los éxitos posibles.

La pregunta es: ¿qué ocurre en el interior de las personas que buscan ese tipo de control, a pesar de que genera menos respeto, menos éxito, menos influencia y una menor disposición a la colaboración?

Quizá actúen por un profundo temor a que se derrumbe algo que otorgaba seguridad, a que al final se queden solas y abandonadas. Pero ese tipo de control provoca justamente lo que temen.

¿Qué les ayuda a superar ese miedo? La experiencia de que consiguen y reciben mucho rogando a los demás, de manera que éstos puedan atender su petición más por afecto y solidaridad humana, que intentándolo por medio del control. En este contexto, el control a menudo es un sucedáneo del ruego. También es un sucedáneo de la confianza y de la experiencia de que aquello que profundamente añoramos queda más allá de nuestro control.

LA CONFIANZA

Tengo confianza cuando abandono el control. En la confianza cedo algo mío a otra persona. Ésta se hace cargo de ello, pero lo hará a su manera particular. No puedo intervenir mientras le tenga confianza. Debo someterme a ella. En cuanto comienzo a dudar y disponer para que las cosas se hagan según mi criterio, asumo yo mismo el control... y la confianza cesa. Y se retirará aquél o aquello en lo que antes confiaba.

Pero a veces tengo que empuñar yo mismo las riendas, por ejemplo cuando el otro, en quien he confiado, toma las riendas de algo mío que le he encomendado como si fuese suyo y pudiese controlarme y subyugarme en lugar de confiar, en consonancia conmigo, en algo que tenemos en común. Debe pues, lo mismo que yo, abandonar el control y confiarse a algo que es superior a los dos. Así, mi confianza resulta justificada. Crece y se profundiza y nos une de cara a una misión común o a una meta compartida. Nos une en humildad con algo que a su vez nos unirá con muchos otros para su propio progreso. Tal confianza se verá recompensada.

Pero también yo mismo tengo que confiarme, en lo que hago y en lo que se me plantea como tarea, a la dirección de algo latente, que se sirve de mí en beneficio de otros, y de algo que me trasciende. Por eso, a menudo tengo primero que aquietarme, escuchar hacia adentro, esperar un impulso que en cierto modo me coja desde el exterior. Debo dejarme guiar y llevar por él en una dirección que quizá me infunda miedo a que supere mis fuerzas, mis conocimientos y lo que hasta ahora era mi entendimiento de las cosas.

Ésta es la confianza propiamente dicha, la confianza compleja y verdaderamente humilde. Nunca se verá burlada.

LA VOLUNTAD

La voluntad quiere alcanzar algo. Es una fuerza que está dirigida hacia una meta, hacia una ganancia, hacia un éxito.

Pero no sabemos de dónde sale esa fuerza. ¿Sale de la meta, siendo la fuerza de atracción de ésta la que capta la voluntad y la atrae hacia sí como la fuerza de gravedad nos atrae hacia la tierra y su centro? ¿O es la voluntad la que se busca una meta y moviliza las fuerzas necesarias para alcanzarla? ¿O es que la voluntad es ciega y está al servicio y bajo la dirección de algo distinto? Y ese algo que dirige nuestra voluntad, ¿no está dentro de nosotros sino fuera, como si de antemano estuviera decidido y definido el objeto de nuestra voluntad? ¿Qué es del llamado libre albedrío? ¿No es más que un espejismo para doblegarnos más fácilmente a algo que en últimas consecuencias es ineludible? No lo sabemos.

Pero hay experiencias que hacen que estas preguntas sean ociosas. Es la experiencia de la sintonía con la vida tal como es, con nuestro destino tal como se presenta, con lo que resulta necesario, con lo que nos es dado y con lo que nos imponen y exigen las circunstancias. Al principio quizá nos opongamos, pero luego abandonamos nuestra resistencia, cedemos y de repente nos sentimos llevados y guiados de un modo que nos permite soltarnos y confiar en esa fuerza más grande y compleja.

¿Qué le queda por hacer entonces a nuestra voluntad? La aceptación. Aceptar nos hace libres para lo esencial, sin que lo veamos frente a nosotros. Sólo lo experimentamos como algo profundamente acorde a nosotros. En esa aceptación estamos en movimiento sin desear ya nada. Nuestra voluntad se ha cumplido en ella.

LA RESOLUCIÓN

Estar resuelto significa que quiero algo. También significa que lo quiero con toda la fuerza y todos los medios que tengo a mi disposición. Mi resolución recibe su fuerza de la meta que quiero alcanzar. Esa meta tiene que ser tan importante para mí que no sólo quiera emplear los medios de que dispongo sino también sacrificarlos si fuera necesario.

Las metas que están más cerca de nuestros instintos se persiguen con mayor resolución que las metas espirituales o incluso las virtudes. Las metas deseadas por nuestros instintos, por muy ilusorias que a veces sean, movilizan las mayores fuerzas.

También las ideas delirantes se persiguen con la mayor resolución; a veces, incluso parece que cuanto más lejos están esas metas de la posibilidad de cumplirse, con tanto más ahínco se persiguen. Antes de decidirse por algo conviene pues comprobar si esas metas a la larga merecen la pena o si al final resultan un empeño desmesurado e inútil.

Sin embargo, cuando una meta clara que no admite demora se persigue en el momento oportuno y al servicio de muchos, existe un efecto purificador, tanto para quienes se ponen a su servicio como para aquellos que sólo adoptan el papel de espectadores; es como si se restableciera el orden y se aclarara, se redujera y se tuviera por un tiempo en jaque al caos.

Cuando la resolución exige el último esfuerzo, es sobre todo una virtud masculina.

LA DECISIÓN

Decisión quiere decir: ahora. Aquello que le precedía era la reflexión, la calibración, la espera de la oportunidad y el momento propicios. Decisión quiere decir: actuar sin preguntas, sin respuestas, sin dudas y con todas las consecuencias. La decisión termina con algo viejo y pone en marcha lo futuro. Algunas veces es un vendaval que arranca la hojarasca marchita de los árboles, y que cesa en cuanto haya cedido lo que se interponía en su camino. Entonces, el sol puede volver a lucir.

EL DERECHO

Cuando decimos «estoy en mi derecho de» o «tengo derecho a», tomamos posesión de algo como si nos perteneciera.

Cuando hemos adquirido algo por nuestro esfuerzo o nuestro dinero, lo consideramos propiedad nuestra. Es decir, que nos corresponde frente a otros; tenemos derecho a ello. Ese derecho está protegido por el ordenamiento jurídico, que regula la convivencia pacífica en lo que concierne a las relaciones de propiedad.

Sin embargo, ese derecho es muy frágil. Cuando un vendaval azota la casa que hemos adquirido y se lleva el tejado, comprobamos cuán poco nos pertenece. Cuando otros pasan por delante y admiran su belleza, la casa también les pertenece a ellos. Es más: nos alegramos de que la admiren, pues no queremos ni podemos guardarla íntegramente para nosotros.

Lo constatamos también en aquellos que han adquirido en propiedad una colección de cuadros. Sólo pueden disfrutarla de verdad si también pueden verla otros. Por eso, tales colecciones suelen hacerse accesible al gran público.

Pero con la muerte acaban todas las pretensiones de derecho.

En la convivencia humana, el intercambio del dar y el tomar se regula por la necesidad de compensación. Cuando hemos hecho algo por otros o les hemos regalado algo, esperamos de ellos que también nos den algo, aunque sólo sean las gracias y el reconocimiento. Tenemos la sensación de que nos corresponden, de que tenemos cierto derecho a ello. Si no se reconoce ese derecho a la compensación, sentimos que se ha cometido una injusticia, y también el otro siente que ha violado una ley fundamental para la convivencia. La pretensión de uno se vive como un derecho; la negación del otro a satisfacerla, como una injusticia.

Lo extraño es cuando alguien, en relación con un descubrimiento suyo o una opinión suya, se comporta como si le correspondiese en exclusiva, como si fuera de su propiedad y los demás tuviesen que acatarla como tal. Es lo que llamamos petulancia.

Esta actitud se puede comparar con la de un niño que ve con asombro el ancho mar por primera vez. Toma su pequeño cubo, se va a la orilla, coge agua, vuelve con el recipiente medio lleno hasta sus padres y dice: «Ahora es mío».

Incluso cien mil cubos pequeños, cada uno llamado con derecho propiedad suya por cada portador, no le arrancarían nada al mar. En cambio, aquel que se detiene frente a él con asombro y sin el deseo de poseer nada de su inmensidad, es quien más profundamente lo tiene en propiedad; pero tampoco eso le afecta al mar.

LIDERAZGO

El que lidera va primero, por ejemplo en una carrera, seguido por otros que quieren adelantarle y hacerse con el liderazgo.

El que lidera es superior, aunque lo sea por poco tiempo. La lucha por el liderazgo, por la superioridad, es esencial para el desarrollo en muchos campos. Sin liderazgo no habría progreso.

Otros prefieren seguir el liderazgo de alguien, lo apoyan sin querer liderar ellos mismos. Ganan con el liderazgo de otros o se identifican con él, sin intervenir en la lucha. Por ejemplo, los espectadores. Dicen: «somos líderes», o «hemos ganado», sin haber aportado nada.

Liderar significa también encabezar un grupo o movimiento. Así, el presidente o el primer ministro lidera un pueblo, el general al ejército, el empresario su empresa.

Liderar significa también que algo nos lleva a la meta, por ejemplo un camino o un método, o que otros sean llevados a la meta.

Liderar quiere decir influir, sobre todo en la opinión pública. Quiere decir determinar la meta que se ha de alcanzar, por ejemplo mediante un plan. Significa también establecer una meta mayor, ya sea por medio de una religión, una filosofía, una cosmovisión o una imagen ordenadora.

Muchos de los que lideran se sienten a su vez liderados, como ocurre con los grandes fundadores religiosos. Lideran porque se consideran llamados y con vocación para ello. Pero también otros se sienten con vocación, por ejemplo algunos políticos. Entonces suelen creer que su liderazgo está legitimado en cierto modo por una fuerza mayor. Muchas veces hemos visto lo peligroso que puede llegar a ser eso.

No obstante, existe un liderazgo silencioso, interior, por ejemplo mediante el entendimiento; un liderazgo que, si seguimos siendo modestos y sin pretensiones, lidera a los demás a través de nosotros, sin que ellos se sientan a sí mismos como sujetos liderados. Es un liderazgo en el que todos se encuentran en sintonía con un alma común.

LA PREOCUPACIÓN

Muchas veces la preocupación es una forma de ocuparse de alguien que no puede valerse por sí mismo. En este sentido, los padres se ocupan de sus hijos mientras éstos los necesitan. También las personas enfermas o con una incapacidad son objeto de una atención semejante. Esa preocupación une. Proviene del amor y es profundamente humana. El que se ocupa de otro se experimenta a sí mismo como humanamente unido y dedicado al otro durante el tiempo en que éste necesita ayuda y atención.

Pero también hay una preocupación soberbia, sobre todo cuando uno se preocupa por alguien que es capaz de cuidar de sí mismo y que puede y debe determinar autónomamente lo que quiere y cómo actúa, sean cuales fueran las consecuencias que de ello se deriven para él y los demás. Esa preocupación desune; debilita a aquel por el que uno se preocupa. Lo priva de libertad. Entonces a veces es él quien tiene que preocuparse por aquel que se preocupa por él. Tal preocupación le impide al otro andar su camino y enfrentarse a su destino. Por el contrario, en estos casos, quien se preocupa por él se convierte en su destino, como si pudiera y debiera determinarlo.

A menudo los padres se preocupan de esa manera por sus hijos adultos. A veces los terapeutas y otros profesionales de los sistemas de ayuda se preocupan de ese modo por sus clientes. Entonces éstos ganan poder sobre ellos, al igual que los hijos ganan poder sobre sus padres si éstos se preocupan por ellos. Controlan si los padres tienen que preocuparse por ellos o no, pueden infundirles miedo y muchas veces chantajearlos. Si esa preocupación se prolonga, el amor deja de unirlos. Lo suplantarán el disgusto, tanto en quien se preocupa en vano como en aquel que se ve en cierto modo perseguido por esa preocupación.

En esos casos sólo hay una actitud que puede ayudar: que quien se preocupa de esa manera libere al otro de su preocupación.

EL PODER

Poder significa para mí que soy capaz de alcanzar algo. En primer lugar, porque tengo la fuerza y la capacidad de hacerlo. En segundo lugar, porque he conseguido cómplices que me apoyan en mi proyecto. En tercer lugar, porque las circunstancias son propicias y se presenta el momento oportuno.

Tengo la fuerza y la capacidad de alcanzar algo especial cuando ha habido un periodo previo y correlativamente largo de aprendizaje, de ejercicio y de experiencia. La fuerza se ha concentrado por un tiempo prolongado y la capacidad se ha probado y desarrollado en muchas otras tareas.

Habré ganado cómplices si previamente he demostrado que pueden confiar en mí y contar conmigo, y si sienten que no sólo emplearé mi capacidad y mi poder en una causa personal sino también en algo que les beneficia a ellos y a muchos otros. Y porque sienten que tengo algo que ofrecerles que ellos no tienen.

El buen poder, que sirve a muchos, se despliega en sintonía con las circunstancias cuando éstas obligan a actuar y la menor vacilación cuestionaría el éxito de la empresa. En este sentido, el poder no es solamente algo personal, patrimonio de la persona; viene dado desde fuera y a menudo es impuesto desde fuera. Por eso sólo lo tengo mientras las circunstancias lo exigen y permiten. Disminuye cuando la meta ha sido alcanzada; entonces, el que lo tenía vuelve a retirarse para ceder tal vez el lugar a otro o para esperar a que otras circunstancias y un nuevo reto vuelvan a hacer crecer su poder, de modo que éste le permita acometer una acción nueva y quizá todavía más grande.

EL RIGOR

Riguroso es el que va al grano, actúa sin rodeos y no se distrae por el camino. Rigurosa es, por ejemplo, una prueba. Rigor significa también no tolerar ninguna distracción que provenga de algo secundario o de algo que se opone a una cosa o proceso. En este sentido, por ejemplo, un maestro es riguroso.

También la vida lo es cuando se trata de lo esencial, por ejemplo en el parto. Y lo es también la muerte cuando queremos evadirla o jugar con ella.

El rigor es serio en el sentido de que está en juego algo importante que no admite demora. En él se acaba la risa. Sólo después del éxito, después de haber superado el peligro y cuando el rigor remite, podemos respirar, soltarnos, hacer un descanso y reír liberadamente.

El rigor tiene por tanto su tiempo, rige dentro de un marco y luego vuelve a ceder el lugar a la ligereza y al juego.

En el rigor oportuno nos sentimos seguros y retados. En él nos crecemos. En este sentido sólo puede ser riguroso el que es fuerte, el que tiene las riendas en la mano pero también puede soltarlas. El liderazgo exige por tanto rigor. Sólo puede asumir la responsabilidad el que es riguroso.

Por eso, los padres son afectuosos a la vez que rigurosos. Lo mismo los maestros. Sólo la persona rigurosa es querida y respetada.

JUEGOS DE LA VIDA, JUEGOS DE LA MUERTE

Quien juega y participa en el juego de la vida ofrece con su presencia optimismo, serenidad, acción meditada, fomento mutuo, resguardo y cuidado, y sobre todo crecimiento y desarrollo que integran a muchas otras personas.

Los juegos de la vida tienen su tiempo, como ocurre precisamente con el crecimiento y el desarrollo; tienen y dan espacio.

Los juegos de la muerte ponen en peligro la vida, no sólo la propia sino también la ajena. Esos juegos son insensatos. Quienes los juegan muestran una risa extraña cuando el peligro se cierne sobre ellos y otros. Esos juegos se preparan limitando o incluso excluyendo las posibilidades de inhibirse. Por eso sus jugadores ponen en un aprieto peligroso a sí mismos y a los que integran en su juego. Restringen el tiempo, el espacio y la libertad.

Quien sobrevive a un juego de la muerte, a veces se siente un triunfador, como si hubiera burlado a la muerte o al destino. También entonces, al relatar ese juego o un acontecimiento con peligro para la vida, los jugadores muestran esa extraña sonrisa, una sonrisa triunfal. El triunfo los incita a nuevos juegos de la muerte, tal vez hasta que se produzca el desenlace letal. Entonces han encontrado lo que tanto tiempo llevaban buscando furtivamente.

Pero esa muerte no es la muerte de verdad, que pertenece profundamente al juego de la vida cuando ésta se cumple en ella. Esa muerte aparece a menudo en el alma como una mujer que finalmente es encontrada por un niño. Por tanto, el juego de la muerte es en el fondo un juego infantil.

La pregunta es: ¿cómo poner fin a los juegos de la muerte y encontrar el camino de retorno a los juegos de la vida? Cuando el alma encuentra el camino de la madre al padre. Esta frase parece audaz. Quien está enredado en juegos de la muerte puede comprobar en sí mismo en qué medida la fuerza de atracción de esos juegos disminuye y esa sonrisa deja de seducirlo.

EL JUEGO

Solemos jugar con otros conforme a ciertas reglas y de tal manera que unas veces hay vencedores y perdedores, otras sólo vencedores, ya que el resultado es igualmente favorable para todos los que participan en el juego. Por ejemplo, en una danza. Pero también hay juegos mortales, en los que todos pierden de igual modo, como ocurre en una guerra.

Un juego necesita jugadores dispuestos a participar, a menudo en papeles distintos que se complementan. Cuando uno se niega a seguir jugando el papel que se le ha asignado, estropea el juego. Entonces el juego termina también para los otros. A no ser que encuentren a alguien que esté dispuesto a asumir el papel que hace falta para el juego.

El aguafiestas es bienvenido cuando se trata de un juego de la muerte. Se le odia cuando estropea un juego bonito. Los moralistas a menudo son aguafiestas de esta índole. No conceden a los demás aquello que no se conceden a sí mismos. Pero en ocasiones el juego los seduce y les estropea su moral, muchas veces para alivio suyo.

También las tragedias son juegos, juegos intrigantes, tanto en el escenario como en la vida. Son los juegos que más nos fascinan, sobre todo cuando podemos mantenernos al margen y permanecer en el papel del espectador. Al final de una tragedia estamos aliviados. ¿Por qué? Porque se impone un orden, un orden superior, que pone fin al mortal juego.

A veces, un sabio entiende ese orden y salva, con su intelección, a los jugadores del peligroso y mortífero juego. Juega a un juego mayor, un juego liberador: un juego de la vida.

Los juegos de la vida son sobre todo juegos del amor. Son juegos que integran y unen lo que antes estaba desunido y aparentemente opuesto.

LA ENTREGA

Entrega es amor. La observamos cuando los padres alimentan, cuidan y atienden a sus hijos. La observamos cuando médicos y cuidadores se ocupan de los enfermos o cuando otras personas al servicio de la colectividad desempeñan esmeradamente su trabajo. La entrega tiene entonces que ver con la ayuda, la ayuda entregada. Es benéfica para todos e íntimamente unificadora.

A veces se abusa de esa disposición a la entrega, sobre todo con personas dependientes, por ejemplo cuando tienen miedo de perder su pertenencia al grupo. Entonces tal vez están dispuestas a comprometerse con algo que les hace estar en peligro o a cargar con una culpa. Uno sólo puede resistir en estos casos si goza de seguridad en otra parte.

Pero no sólo existe la entrega en el plano interpersonal. Hay una entrega que es confianza en una guía interior. Es decir: muchas veces no actúa sino que espera y no va más allá de lo que permite la guía interior; otras veces va mucho más allá de lo que parece necesario o posible, porque obedece con absoluta entrega a esa guía.

Esa entrega trasciende la entrega del que ayuda. Es más precisa y se desgasta menos. Porque al mismo tiempo es serena.

«¿EN QUÉ INSTRUMENTO
REPOSAMOS?
¿QUÉ VIOLINISTA
TEMPLA NUESTRAS CUERDAS?
OH DULCE MELODÍA»

LA DEDICACIÓN

En la dedicación a otra persona, a un objeto o a una tarea, me aparto de mí, me oriento hacia el otro o lo otro, estoy atraído por eso, lo percibo atentamente, me acerco a eso otro con interés y con amor, me uno y me identifico por un rato con la otredad. La dedicación es un estado de olvido de mí mismo, en el que sin embargo no me pierdo. Estoy, por así decir, en mí estando fuera de mí.

¿Cómo es eso posible? La dedicación viene del alma, va con el alma, alcanza algo esencial en el otro, en el objeto, en la tarea. Pero lo esencial no es nunca exterior. Está más allá de lo que se puede percibir con los sentidos, está en el interior de algo que nos abarca, algo en lo que yo y el otro o lo otro que cuentan con mi dedicación nos encontramos sumidos, siendo más que antes.

Quizá la vida y su materialización no son otra cosa que dedicación ininterrumpida. Cuando la dedicación se interrumpe, el paréntesis hasta la dedicación siguiente es para nosotros un tiempo perdido. En la dedicación, en cambio, el tiempo pasa volando y lo vivimos como algo colmado.

«OH, SONREÍR, ¿ADÓNDE?»

La sonrisa relaja. Por ejemplo, relaja la tensión que se produce cuando dos extraños se encuentran y no saben si el encuentro será hostil o indiferente o benévolo. La sonrisa relaja y une. Está al principio de una relación de dar y tomar. Invita y abre.

También relaja una tensión interior e indica que algo agobiante se ha disuelto y ha cesado. Así como los labios se dilatan al sonreír, así también se dilata algo en el alma, se ensancha y se ablanda. Se asocia muchas veces con el respirar aliviadamente y se dirige hacia adelante y hacia arriba.

Oh, sonreír ¿Adónde? En general, a otras personas.

LA ALEGRÍA

La alegría relaja, alivia. Cuando estamos alegres se nos ha quitado un peso de encima, como cuando soltamos una risa liberadora.

La alegría nos abre para lo nuevo, por ejemplo para nuevos encuentros, porque atrae a los demás. Los estados de alegría unen, ayudan a olvidar discordias pasadas y estimulan para la acción conjunta. Por tanto, la alegría está cargada de futuro. Lo que se une bajo el signo de la alegría aguanta y resiste más fácilmente las dificultades venideras.

Cuando algo grave se sobrepone a la alegría, es de ayuda recordar la alegría del principio. El recuerdo alegre actúa entonces como el sol de la primavera sobre la nieve de ayer.

Se puede pues practicar la alegría y recuperarla por medio del recuerdo alegre. Porque al recordar somos libres de acordarnos de lo bello o de lo grave; por ejemplo, de la muerte de un ser querido. Compensamos la pérdida al introducir algo suyo dentro de nosotros. A menudo es un recuerdo doloroso, que nos mantiene íntimamente unidos a esa persona. Entonces el duelo no cesará nunca. Pero si nos acordamos de lo bello, bueno y alegre, lo agobiante se cae de nosotros. A pesar del duelo volveremos a alegrarnos. El muerto querido puede encontrar el descanso, desligado de nosotros y nuestros recuerdos. Y la vida nos ha recuperado.

La alegría es vida. Por tanto: «Alegraos de la vida mientras la lamparilla siga ardiendo.»

CON MUCHO GUSTO

Hacemos con mucho gusto lo que hacemos por alguien que queremos; entonces decimos: «Por ti lo hago con mucho gusto.» También hacemos algo con mucho gusto por alguien al que debemos las gracias. El amor y la gratitud nos dan alas, de manera que lo que hacemos con mucho gusto también lo hacemos rápidamente y a fondo.

También hacemos con mucho gusto lo que nos divierte, lo que nos hace felices o nos sienta bien. Por ejemplo, salir a tomar aire fresco, nadar, ir a una fiesta.

Y hacemos igualmente con mucho gusto un trabajo que nos viene de molde, que nos parece razonable y que nos aporta algo a nosotros y a los demás. Con especial gusto hacemos lo que nos seduce, lo que se ajusta a nuestras capacidades o incluso las incrementa.

Y vivimos con mucho gusto cuando la vida nos aporta cosas nuevas cada día, cuando continúa y nos sentimos colmados.

Nos despedimos con mucho gusto de lo que está pasado, lo que ya no nos aporta nada, lo que nos ha coartado y agobiado.

Con mucho gusto también quiere decir con alegría, de corazón. Pero son sobre todo las personas las que nos inspiran mucho gusto.

CON GRAN DESEO

Vivir quiere decir desear algo permanentemente. Vivimos mientras seguimos deseando algo. El deseo mueve la vida.

Un niño desea a sus padres. Cuanto más pequeño es y cuanto más necesitado está, más los desea. Los padres desean a sus hijos. Esto comienza con el deseo de procreación de la pareja y continúa así de por vida después de que los hijos hayan nacido. Incluso cuando los hijos ya son adultos, sus padres desean verlos y saber de ellos, regalarles algo y tener en sus manos una señal de amor y gratitud.

Pero son sobre todo el hombre y la mujer los que se desean mutuamente. Ese deseo los une y los mantiene unidos. Es seguramente el deseo más profundo, el que más nos colma. Y es el deseo esencial, el deseo con el que la vida se reproduce y gracias al cual sigue fluyendo. Es el deseo del fruto.

Ese deseo del fruto, del resultado, está detrás de cualquier trabajo al que nos sentimos impelidos. En el fruto el deseo se cumple de la manera más feliz. Prepara todos los demás deseos. En el fruto, el deseo se aquieta y nosotros mismos nos convertimos en fruto maduro.

«TE QUIERO»

¿Quién puede decir «te quiero»? ¿Qué sucede en su alma cuando dice esta frase? ¿Qué sucede en el alma de la persona a quien va dirigida?

Al que la dice verdaderamente, le tiembla el alma. Algo se concentra en ella y crece como una ola que lo arrastra. Tal vez él se le opone por miedo a la altura y a la orilla a la que le catapulta.

Quizá tiemblan también los otros, aquellos a quienes va dirigida la frase. Intuyen lo que transformará en ellos y el hecho de que les puede crear una obligación y determinar su vida para siempre.

Existe también el miedo a sostener esta frase, a poder asumirla en toda su envergadura y abrirnos a ella, independientemente de que la digamos nosotros mismos o nos la digan.

Sin embargo, no hay frase más bella, ninguna otra frase que nos conmueva más hondamente y nos una tan íntimamente con otro ser humano.

Es una frase humilde. Nos hace pequeños y grandes a la vez. Nos hace profundamente humanos.

EL AMOR

El amor es primera y fundamentalmente una necesidad. El amor humano es una profunda necesidad de cercanía, de compañía, de seguridad al lado de otras personas. Es una necesidad de intercambio con ellas, de dar y tomar, que nos hace crecer a nosotros y a los demás. Por esa necesidad mutua los seres humanos se encuentran y se aman. Ese amor es tanto más fuerte cuanto más completa y duraderamente los amantes dan cumplimiento a las necesidades recíprocas.

En ese intercambio, la necesidad se aquieta y los amantes se hacen libres para trascenderla y abrirse a otras tareas, aportando algo al bien de muchos; eso sólo será posible mediante la renuncia. Pero cuando la seguridad fundamental y el repliegue a las necesidades fundamentales carecen de garantías, la fuerza para emprender esas tareas languidece.

¿Qué pasa con los que se quieren impetuosamente? ¿Son diferentes? Rilke dice de ellos: «Oh, sólo encubren sus destinos el uno con el otro». Ese amor se desorbita fácilmente. Tanto mayor es el desengaño posterior.

Reconociendo que nos necesitamos el uno al otro conservamos la modestia, la sintonía con nuestra verdad. De esa modestia recibimos la fuerza para otras cosas que nos llevan más allá de nosotros mismos, por ejemplo los hijos. Ésta también es una necesidad; pero no hace disminuir el amor. Al contrario. Es esta necesidad la que hace posible y grande el amor.

SEXO

«Sexo» es una *anti-palabra* para el alma, pues le falta el alma, la profundidad, la pasión plena, el conocimiento del otro y el conocerse y encontrarse a sí mismo en el otro.

¡Qué fuerza tiene en cambio la vieja y hoy mal vista palabra «lujuria»! Evoca el movimiento, el ardor, la pasión, el ovillo, el agarre, el entrelazamiento, el impulso, el clímax y la relajación dichosa. Comparado con esos ardores, el sexo es frío y se parece a la comida rápida frente a un manjar exuberante.

La lujuria es vida, abrumadora por su fuerza y fértil en cualquier aspecto. Trasciende con creces lo personal, lo egocéntrico. Pero está fuera de control, es rebosante porque la lleva y guía algo más grande. En ella se regocija el alma.

¿Hemos de reintroducir por tanto esta palabra? No. Es demasiado vulnerable, como algo sagrado. Pero la palabra «sexo» conviene desterrarla. De hecho, en todo lo que con ella asociamos es un extranjerismo para el alma.

AMOR QUE DEJA

El amor es sereno. Deja que el otro y yo mismo seamos como somos, no nos desea diferentes. Deja que lo que existe sea como es, que crezca y se desarrolle como corresponde a su determinación. Por eso, el amor sólo interviene cuando lo que existe está en sintonía con esa determinación y su destino correlativo, cuando éste lo exige y otorga.

Nadie, ni el otro, ni lo otro, ni yo mismo tenemos que defendernos de ese amor o temerle. En ese amor nos abandonamos a algo que está más allá de nuestras esperanzas, deseos y miedos, y que nos acoge como el ancho río que absorbe los muchos arroyos. Cuanto más acoge, tanto más ancho y profundo es el río y tanto más poderosamente corren sus aguas hacia la desembocadura, donde todo se diluye indistinguiblemente en un mar que recibe y conserva a todos y a todo de la misma manera.

Ese amor ya anticipa lo que algún día será.

LA VINCULACIÓN

Estar integrado y unido es nuestra añoranza más profunda. Todo lo que hacemos y realizamos, lo que deseamos y queremos, pretende alcanzar y conseguir sobre todo una cosa: ser aceptado y reconocido en una comunidad a la que pertenecemos. El orgullo es el sentimiento básico que experimentamos cuando hemos realizado algo que nos asegura el lugar en la comunidad de aquellos a los que queremos pertenecer.

Todo lo que los amantes hacen el uno por el otro ahonda su vinculación y la afianza contra la desintegración. Todo lo que hacemos en otras vinculaciones, por ejemplo en la actividad profesional o en un colectivo de trabajo, nutre nuestra pretensión de poder seguir perteneciendo al grupo. Si la perspectiva de pertenencia se reduce, nuestro esfuerzo por el grupo y nuestra vinculación con él disminuyen.

Sin embargo, nuestra necesidad vinculatoria nos debilita cuando queremos pertenecer a toda costa, cuando nos hemos dado cuenta de que una vinculación que no tiene perspectivas nos sigue atando. A quien le cuesta vincularse y no puede elegir cuando un vínculo amenaza con romperse, esa vinculación le impide volverse hacia algo nuevo, y quizá más grande, y crecer con ello.

¿Cómo compaginamos nuestra añoranza de vinculación con la añoranza no menos profunda de crecimiento? ¿Cómo podemos, tomando una imagen de Rilke, vivir nuestra vida en anillos crecientes? Integrando vinculaciones anteriores en vinculaciones cada vez más complejas. De este modo, el niño se va desligando de su familia de origen y se une con una pareja para formar una comunidad de amor con hijos propios. O alguien asciende en su profesión a puestos de responsabilidad cada vez mayor y se une de esta manera con cada vez más personas y grupos.

Eso sí: cuanto más grande es el círculo, tanto menor es la cercanía con los distintos individuos y grupos. Por eso, el que se inserta y se vincula con lo mayor, está cada vez más solo. Pero no porque esté vinculado demasiado poco,

sino porque se sabe unido a lo mucho y descansa interiormente en ello.

No obstante, la vinculación más compleja no desliga de las vinculaciones más inmediatas; pero ya no pueden atarle a uno. Se integran en el movimiento creciente. De este modo, inmersas en las vinculaciones más amplias, se convierten en vinculaciones más colmadas a la vez que libres.

EL ODIO

El odio es un amor decepcionado, que suele manifestarse con la desproporcionada violencia de un sentimiento infantil. Pero no siempre se experimenta porque uno mismo sea el que está decepcionado. Con frecuencia aparece también porque uno ha asumido la decepción de otro miembro de la familia, sin ser consciente de ello.

Se odia, por ejemplo, en nombre de la madre, porque se quiere vengar una injusticia que se cometió con ella. El odio, tal y como se manifiesta a veces en actos de venganza ciega, es, básicamente por su desproporción, un sentimiento de características infantiles. Pero se presenta ante uno mismo como una lucha que se libra por una causa justa, asumida a veces en nombre del grupo o del pueblo al que se pertenece, hasta el punto de que uno está dispuesto a empeñar y sacrificar la propia vida para llevar a cabo esa venganza.

¿Cuál es la imagen interior que alimenta y atiza ese odio? Es la imagen de la madre a la que el niño que hay dentro de nosotros dice: «Por ti hago de todo.»

¿Cómo tratar a esas personas cargadas de odio? ¿Cómo acercarse a ellas y hacerles entrar en razón? Queriendo a su madre y a la imagen que tienen de ella. No es que haya que decírselo. No se debe tratarles como niños, aunque lo sean en lo más profundo de su ser. Uno guarda esa imagen dentro de sí y la respeta. De este modo, no ofrecemos a su odio un objeto de proyección. Simplemente, hemos reconciliado en forma respetuosa algo interior.

¿Qué sucede entonces dentro de nosotros? La imagen de la madre, de esa madre por la que sus hijos luchan con rabia, nos mira amigablemente. Y a través de nosotros, ella mira también en forma amistosa a sus hijos.

Así, el odio muestra también otra cara: la cara del amor.

EL CORAZÓN

El corazón late. Según como nos sentimos, late más fuerte o más rápido. O se queda en suspenso e incluso parado. En el corazón experimentamos nuestra vida, sus altos y sus bajos, su pulso y su sosiego. Pero es sobre todo el amor lo que se manifiesta a través del corazón.

A veces, a una persona querida le decimos «corazón mío». Es una persona cercana, tan cercana como nuestro propio corazón, que incluso late con ella y en sintonía con su corazón. Entonces el otro se convierte en un *corazón mío*. No podemos amar de forma más íntima.

Pero a veces se nos rompe el corazón porque ya no puede latir en sintonía con el corazón del otro, porque tiene que latir solo y pierde el compás, pues el otro corazón ya no late en sintonía con él.

¿Cómo recupera entonces nuestro corazón su compás y sosiego? Latiendo en sintonía con un corazón más grande, con la vida en su plenitud, en la que algo común nos une con todo, en la que la despedida se torna recomienzo y el corazón late quietamente hacia su propio fin y puede incluso pararse en su debido momento.

LA AYUDA

La ayuda que viene del corazón es respetuosa. Ve lo que el otro necesita y se lo da de tal manera que hace que éste se sienta respetado. Contempla al otro amablemente y sabe por tanto lo que le hace bien y cómo se siente respetado a pesar de necesitar ayuda en ese momento. Por eso guarda la distancia del respeto, aunque se acerca al otro ayudándolo. Y no va más allá de lo estrictamente necesario.

Esa ayuda une a la vez que deja libres a ambos participantes en ella. En esa ayuda no hay ninguna expectativa de compensación, ni ningún sentimiento de obligación. Tanto en el dar como en el tomar, se trata de pura amabilidad.

Cuando precisamos ayuda, cuidamos de esperar y tomar sólo lo que el otro puede dar amigablemente, a fin de no perder nuestra propia dignidad. Por eso le miramos a los ojos y sabemos lo que puede dar y cómo se puede sentir libre y amigable.

Ésa es la ayuda que se da y se toma entre adultos. Sin embargo, también muestra lo que en otras situaciones, como entre padres e hijos, por ejemplo, le sienta bien al alma de ambos.

Esa ayuda es amabilidad filantrópica.

EL MOVIMIENTO AMOROSO

El movimiento amoroso busca la proximidad, sobre todo la proximidad con otras personas. Pero también se le opone algo, una prevención, el temor a ser rechazado o incluso herido. Experiencias tempranas de cuando un movimiento amoroso hacia la añoranza fue interrumpido, sobre todo cuando de niños reclamábamos a nuestra madre y ésta no podía atendernos, por determinadas circunstancias, más tarde nos dificultan el acercarnos a otras personas sin sentirnos cohibidos. Nos hemos vuelto desconfiados.

Por eso, al movimiento amoroso hacia otras personas tiene que precederle en nuestro interior algo que lo facilite, tanto a nosotros como a ellos, para que se convierta en un encuentro abierto y amigable. Pues aunque no lo exterioricemos, nuestro temor o nuestra prudencia alcanza al otro de forma inmediata y le hace adoptar una actitud de prevención y reserva.

¿Cómo puede, a pesar de todo, prosperar el movimiento amoroso? En principio, dejando en su sitio aquella experiencia temprana de movimiento amoroso interrumpido y malogrado. Es decir, no mirando al otro con los ojos del niño de entonces, de manera que la vieja imagen no se anteponga al otro y falsee o tape su realidad.

En segundo lugar, deseándole lo mejor de todo corazón, de manera que fluya de nosotros a él un deseo de bendición que le quiera tal como es y le desee que todo cambie para mejor. Le alumbramos como el sol que calienta y sienta bien a todos sin distinción.

A veces, a esto se le opone el que juzguemos o rechacemos algo en él porque lo comparamos con algo nuestro o algo desagradable que conocemos. Pero así nos cerramos a lo que podría enriquecernos también a nosotros, precisamente porque es distinto. De esa manera se interrumpiría también el deseo de bendición y ya no podría alcanzar al otro. Tampoco nosotros podríamos alcanzarlo, y el movimiento amoroso sería, en el mejor de los casos, superficial.

Si, en cambio, nos acercamos curiosos y abiertos a lo que nos pueda decir,

mostrar o revelar, también a él se le despertará el deseo del encuentro, y nuestro movimiento amoroso hacia él se convertirá en un regalo para ambos.

Cuando esos movimientos hacia algo nuevo prosperan, la experiencia temprana de movimiento amoroso interrumpido pasa a segundo plano y nos liberamos de ella.

EL RESPETO

Respetar significa, en primer lugar, reconocer. Respetar a alguien quiere decir que reconozco que está ahí, que es como es y que es justo que sea como es. Eso implica que me respeto a mí mismo de igual modo: respeto que estoy ahí, que soy como soy y que es justo el hecho de ser como soy.

Si me respeto a mí mismo y le respeto al otro en este sentido, renuncio a formarme una imagen de cómo deberíamos ser, tanto yo como el otro. Sin esa imagen previa no existe juicio sobre lo que sería mejor. Ninguna imagen preconcebida se interpone entre mí mismo y la realidad, tal como ésta se manifiesta.

De esta manera, se facilita un segundo elemento, que también forma parte del respeto: amo lo real, en tanto es precisamente real. Esto significa sobre todo: me amo a mí mismo tal como soy; amo al otro tal como es; y amo la manera en que somos diferentes.

Luego también es posible otro elemento, quizá el más bello, que también forma parte del respeto: me alegro de lo real tal como se manifiesta. Me alegro de mí mismo tal como soy; me alegro del otro tal como es; y me alegro de las diferencias que existen entre los dos.

Ese respeto guarda las distancias. No penetra en el otro y tampoco permite que el otro penetre en mí, que me imponga algo o que disponga de mí según su propia imagen. Por eso podemos respetarnos sin pretender nada el uno del otro.

Si nos necesitamos y pretendemos algo el uno del otro, aún tenemos que reparar en un cuarto aspecto: ¿nos fomentamos mutuamente o bloqueamos el desenvolvimiento de ambos? Si tenemos que reconocer que lo obstaculizamos, entonces el respeto no nos hará converger sino divergir. Por lo que debemos respetar que cada uno pueda y tenga que seguir su propio camino. De este modo, el amor y la alegría mutua más que menguar se profundizan. ¿Por qué? Porque el amor y la alegría son entonces como el respeto: serenos.

DIÁLOGOS

¿Quién eres tú cuando comienzo a dialogar contigo, y quién soy yo? ¿Qué edad tienes cuando hablas conmigo? ¿Qué edad tengo yo en ese momento? De repente se te cambia la cara, y la persona con la que hablo se ha transformado en otra, diferente de la que antes hablaba conmigo. Y tal vez a ti te suceda lo mismo respecto a mí.

¿Quiénes somos pues cuando hablamos el uno con el otro? ¿Y cómo encontramos en nosotros a la otra persona, en la que habíamos depositado la confianza de que fuese nosotros antes de iniciar el diálogo? ¿Qué nos limpia de las personas que ya no somos o de aquellas que nunca fuimos?

Cuando en nuestro diálogo de repente nos experimentamos como extraños, diferente tú y diferente yo, ¿qué podemos hacer? Retirarnos hacia lo sencillo, fiable, cercano, hacia una acción común que nos mantenga en el presente hasta que las personas anteriores y extrañas, dentro de nosotros, se hayan retirado y nos hayan devuelto la libertad. Entonces reiniciamos nuestro diálogo y nos reconocemos el uno en el otro tal como somos ahora.

LA FELICIDAD

La felicidad relaja. Nos eleva a un plano superior, por eso se nos antoja ligera. Ha dejado atrás lo que oprimía y ataba. Nos exige algo. Es un logro. Y nunca es personal. Contagia, se abre, hace a los demás partícipes de lo que ha ganado. La felicidad es liberadora.

La infelicidad, como sentimiento, también une, pero de modo inactivo. Viene sola, por así decir, sin que haya que hacer nada. Por eso es inerte. Se nutre de la fidelidad con otros seres infelices de la familia. Es una fidelidad infantil. Por eso, esa infelicidad nos mantiene encerrados en la infancia.

La felicidad se nutre de la benevolencia de los padres, sobre todo de la benevolencia de la madre. Los seres felices quieren a sus padres y se saben queridos por ellos. En consecuencia, también quieren a otros y son queridos por ellos.

Los seres infelices rechazan a uno o incluso a ambos integrantes de la pareja parental: no se sienten queridos por ellos. Por eso les cuesta querer a otros y, por su parte, a menudo son poco queridos. Si acaso, suelen quererlos aquellos que son proclives a compartir su infelicidad, por ejemplo sus hijos.

La felicidad puede aprenderse. Se aprende con el amor.

LA PRUDENCIA

«¡Sé prudente!», nos decían muchas veces cuando éramos niños y nuestros padres temían que hiciésemos algo que podía perjudicarnos, como fiarnos demasiado de personas extrañas, por ejemplo. Es algo que cala hondo, y en efecto, la prudencia disfrazada de desconfianza ha impedido o intoxicado muchas relaciones humanas.

Pero cuanto más prudentes somos con otros, tanto menos lo somos a veces con nosotros mismos. Por ejemplo, cuando hacemos deporte, cuando conducimos, comemos y bebemos, o en la manera como tratamos a nuestro cuerpo y a nuestra alma.

A veces, nuestro cuerpo nos dice «¡sé prudente!», y lo manifiesta a través de un malestar, un dolor o una enfermedad. A veces, cuando temerariamente arriesgamos la vida, también la muerte nos dice «¡sé prudente!». Si hemos salido airosos pensamos que nos hemos salvado o incluso que la hemos burlado. Pero la muerte quizá sólo ha hecho la vista gorda, mientras volvía a decirnos: «¡sé prudente!».

Del mismo modo nuestra alma y nuestro espíritu necesitan prudencia. Mucho de lo que queremos saber o experimentar tiene para el alma y el espíritu el mismo efecto que el exceso o la inadecuación de la comida, de la bebida o de una acción para el cuerpo. También en este aspecto notamos cuando nos sentimos bien o indispuestos y cuando es suficiente.

La prudencia es menester asimismo con otras personas, aunque en un sentido diferente: debemos tratar con prudencia su salud, su vida, su alma y su espíritu, debemos ser conscientes de lo que esperamos de ellas, de lo que les exigimos y de lo que les damos. Debemos examinar si eso les beneficia o perjudica, si es una bendición o una maldición para ellos. Por eso debemos ser prudentes en lo que pensamos o decimos sobre ellos. Gracias a esa prudencia, y contrariamente a lo que sucede con la desconfianza, nos abrimos a ellos. Esa prudencia une. Es el fundamento del respeto y del amor.

LA CLEMENCIA

La clemencia proviene de la fuerza. Trasciende los límites de la persona, sus preferencias y juicios, y da espacio, de forma indulgente, a algo distinto. Esa clemencia no actúa. Es discreta, permanece en un segundo plano, y es precisamente así como crea un espacio para la libertad en el que las cosas pueden cambiar para mejor. Es una fuerza en segundo plano y justamente por eso es poderosa. Es liberadora, tanto en aquel que la tiene como en aquel que la recibe. Porque es inesperada, ya que se esperaba otra cosa, por ejemplo, una recriminación o un castigo.

Pero existe también una clemencia que es debilidad. Ésa tiene el efecto contrario. Quien la muestra se avergüenza de ella, y quien la recibe triunfa interiormente como si hubiera vencido. Endurece en lugar de provocar un cambio.

La clemencia se manifiesta también en la caridad. También en este caso existe una clemencia fuerte y vigorosa, que se experimenta como liberadora cuando alivia una necesidad verdadera. Y existe la caridad por debilidad, que vuelve al otro exigente e intoxica de esa manera las relaciones en lugar de profundizarlas humanamente.

La clemencia benéfica es humilde. Se queda en el plano del igual a igual. En esa clemencia recordamos a la clemencia que también a nosotros se nos otorgó a menudo, de forma inesperada e indulgente. Esa clemencia es humanamente generosa.

LA BONDAD

Bondad viene de bueno. El que es bondadoso quiere el bien del otro, sin exigirle nada ni esperar nada de él. La bondad guarda las distancias. Luce desde lejos. Nunca invade al otro. Es indulgente, está más allá de la moral y por tanto es amoral. No quiere cambiar nada. Acepta al otro tal como es, pero sin decirlo. Sólo está.

Nos sentimos bien cuando nos hallamos cerca de personas bondadosas. Por su presencia, su bondad nos hace también a nosotros más clementes, más humanos, sencillos. La bondad es como una luz tenue al anochecer que difumina los contornos precisos. No es extraño que encontremos esa bondad sobre todo en personas mayores, personas que hace tiempo dejaron atrás sus sueños y expectativas y que supieron esperar a que desaparecieran solas muchas de las cosas que al principio parecían amenazarlas; están agradecidas de que lo realmente amenazante las dejara a salvo.

Por tanto, la bondad es sobre todo serenidad, sintonía con el pasado y el futuro. Es la hermana de la sabiduría.

LA COMPASIÓN

La compasión es múltiple. Compadecemos en presencia de un padecimiento, siendo congéneres del que padece y ayudándole, en la medida de nuestras posibilidades, de persona a persona. A través de ese compadecer afrontamos el padecimiento del otro y participamos en él.

A veces, sin embargo, el padecimiento del otro es tan grande que nos abruma. No lo soportamos y queremos intervenir donde no podemos ni tenemos el derecho de hacerlo. Entonces suele darse la extraña situación de que el que sufre es el que se compadece de nosotros, y no al revés. Atraemos a nosotros la compasión que le corresponde, incrementando su padecimiento en lugar de mitigarlo. A veces, los moribundos protegen y consuelan a sus seres queridos en lugar de ser consolados por ellos. Así, la compasión de los demás se convierte en una carga para el que padece en vez de constituir un alivio.

La compasión se acredita cuando soporta el sufrimiento ajeno incluso en situaciones en que nadie puede ayudar. Se asiste entonces al padeciente sin intervenir, manteniendo una actitud concentrada, ecuánime, valiente y fuerte. Esa compasión alivia su sufrimiento y él se sabe reconocido y unido a otros en su padecer.

Cuando vemos hasta qué punto muchas personas están involucradas en padecimientos y culpas ajenas –por ejemplo en los padecimientos y culpas de sus antepasados, en los de su pueblo o del grupo o religión a los que pertenezcan– guardamos silencio ante tanto padecimiento, ya que éste parece ineludible para ellas. Mientras que en principio quizás estuviésemos tentados a lamentar tales destinos o a buscar culpables a quienes responsabilizar de esos padecimientos, luego nos damos cuenta de su impotencia y de la nuestra. Nos doblegamos con ellas ante la fatalidad, compartiendo su sentimiento y su dolor, humildes y verdaderamente humanos. Esa compasión une muy profundamente, no sólo con las personas sino también con la vida y la muerte, y con lo que obra detrás de todo sin que lo comprendamos. Doblegarnos conjuntamente ante ello nos libera y nos reconcilia con todo.

JESÚS

A lo lejos, ya apenas reconocible por culpa de los muchos que se apoderan de ti, te saludo: recordando a la vez que olvidándote.

Hijo de hombre, uno de nosotros que fracasando conoció lo último y que ante lo último nos enseñó a ser modestos, impotentes y entregados justamente así. Has anulado ante Dios la distinción entre buenos y malos, y sin embargo has sido desterrado por quienes no soportaron esa grandeza, desterrado a los cielos lejanos y erigido en juez para vengarte de los que aquí habías invitado a la mesa. ¡Qué mal te hicieron con eso!

En lugar de poder amar aquí como tú, sin excluir ni siquiera al ser más ínfimo, tenemos que temerte como si no hubieras amado ante Dios a los ínfimos como a todos los demás.

Por eso quiero olvidar cómo te desfiguran y te blanden cual espada, y quiero recordar cómo anunciaste que todos son igualmente dignos de amor ante Dios.

Así te acojo en mi alma y te ruego que me enseñes en ella.

LA MODESTIA

Modesto es el que se integra, el que no transgrede los límites que le marcan las circunstancias. Por eso no necesita querer nada especial. Dado que se integra, algo diferente de él lo pone en el debido momento en el lugar que muchos otros sienten como ajustado a él, y que le otorga la máxima libertad y el máximo poder de acción posible. Allí no necesita entrar en competición, pues se retira cuando llega el momento de dejar el lugar a otros.

Sin embargo, no pierde por ello el afecto ni la influencia. Al mismo tiempo facilita benévolamente la actuación, en un segundo plano, a quienes ocupan su lugar. Pues aun así está en el lugar adecuado y se halla en sintonía con lo que es beneficioso y corresponde.

Como no tiene que temer ninguna resistencia en ese lugar, puesto que él mismo no ofrece resistencia, mantiene su fuerza íntegra. Él no se agota porque, siendo modesto, afluye hacia él discreta y voluntariosamente aquella ayuda que necesita para lo que aún se le encomienda y se espera que cumpla.

¿Puede la felicidad, la alegría, la hazaña en otro lugar parecerse a la suya? Porque es modesto, tampoco puede caer. Y es amado.

DAR LAS GRACIAS

Dar las gracias quiere decir:

Tomar lo que me es dado,
sujetarlo cuidadosamente con las manos,
llevarlo a mis adentros, a mi corazón
hasta que yo sienta interiormente
que es una parte mía.

Dar las gracias también quiere decir:

Transformar lo que me ha sido regalado y
se ha convertido así en una parte mía
en una acción que deje también a otros ganar
en lo que a mí me ha enriquecido.
Sólo entonces lo que me ha sido regalado
alcanza su perfección.

DAR LAS GRACIAS DE VERDAD

Dar las gracias me hace grande. Pues cuando doy las gracias tomo algo como regalo de otros. Me enriquece porque lo tomo. Al mismo tiempo, lo que tomo agradecidamente se hace imperdible para mí. Las gracias me permiten guardarlo y multiplicarlo. Actúan como el sol y la lluvia caliente sobre una joven planta. La hacen madurar.

El agradecimiento une. Hace prosperar nuestras relaciones. Pues a quien da las gracias se le da con mucho gusto. Y, a la inversa, quien toma agradecidamente, se ensancha en su interior y no puede menos que dar y regalar por su parte lo que ha tomado como regalo. Por tanto, el agradecimiento no sólo me hace feliz y rico a mí mismo, sino también a otros.

Quien da las gracias aprecia lo que se le ha regalado, y de paso aprecia a quienes se lo regalan. De esta manera, el agradecimiento me hace grande tanto a mí mismo como al don y a los donadores.

«A IMPULSOS NOS MOVEMOS
MAS EL TIEMPO TRANSCURRE
INDIFERENTE A TODO
LO QUE NO SEA ETERNIDAD»

EL TIEMPO

El tiempo corre. Está siempre en movimiento. Ciertamente, a veces decimos que se ha detenido; pero somos quizá nosotros los que estamos quietos, mientras que el tiempo se nos va volando. El tiempo sólo existe donde algo se mueve. Lo medimos por lo que se mueve. Por eso el tiempo va y viene. Pues lo que tiene su tiempo comienza y termina en su tiempo, mientras que *el tiempo* sigue su curso. Por eso todo tiene su tiempo solamente en el tiempo. Sólo dura en su tiempo y se acaba en su tiempo.

En el tiempo todo tiene también su justo momento. Lo que sucede antes de ese momento, sucede inoportunamente; y después del justo momento, uno ha perdido el tiempo. Ha pasado y ya no se puede recuperar.

Pero parece que existe también algo previo al tiempo, más allá de él, algo que dura intemporalmente y se le resiste. Lo intuimos sin captarlo; nos lleva en medio del tiempo y volvemos a sumergirnos en ello cuando el tiempo se ha acabado.

LA PREMURA

La premura se precipita en varias direcciones. Hay veces en las que uno sale apresuradamente de algo de lo que quiere escapar, dejándolo atrás. Esa prisa puede ser saludable y salvarnos la vida. Cualquier espera y vacilación, sea por miedo, sea por esperanza engañosa, sea porque se haga depender la acción de condiciones que en el corto tiempo del que se dispone son imposibles de cumplir, acarrea una pérdida aún mayor.

La otra premura se dirige hacia adelante, hacia una meta, hacia el cumplimiento de una misión que no admite demora. Cuando han comenzado los dolores, nada puede detener ya el parto y hay que actuar con la máxima celeridad. También existen muchas tareas que tienen el tiempo limitado. En esos casos toca obrar con la máxima celeridad, aunque ello implique posponer y hasta abandonar otras cosas.

Pero a veces la prisa es irreflexiva. Entonces perdemos la orientación. Y perdemos la fuerza. Pues también aquello que tenemos que cumplir y alcanzar presurosamente, sólo lo logramos en sintonía con el tiempo justo, con los otros que participan en la tarea y con la tarea misma. Por eso nos detenemos en la premura y comprobamos si todavía estamos en sintonía. Comprobamos, sobre todo, si la tarea está en sintonía con algo más grande e imperecedero; si la exigen las circunstancias o si sólo sirve a nuestros deseos y exigencias vanas, más inútiles que provechosas.

Hay personas que no se apresuran. A menudo son aquellas que en el fondo ya no tienen nada que hacer. Por ejemplo, muchos ancianos. Pero también personas jóvenes que se han retirado de la vida y en cierto modo han acabado con ella. Pero el que vive también tiene prisa, a veces despaciosamente, a veces no. Sólo con esa premura llega a sí mismo.

EL MOMENTO OPORTUNO

El momento oportuno es un regalo. Por eso hay que esperar a que llegue.

¿Cómo sabemos si ha llegado? Lo sabemos por la fuerza y la capacidad de hacer y decidir por fin lo que desde hace tiempo venía perfilándose como inaplazable, pero que por las circunstancias no pudo acometerse ni llevarse a término. Por eso el momento oportuno es esperado por muchos al mismo tiempo. Sólo cuando muchos sienten que ha llegado, hace posibles los pasos decisivos. Pero a menudo le precede una crisis que impacienta a muchos. En la impaciencia, la espera y esperanza de que finalmente suceda algo, crece la fuerza necesaria para la acción.

UN RATITO

«Espera un ratito más», se nos dice a veces. Entonces tenemos que detenernos, nos vemos retenidos en un movimiento, nos ponemos quizá nerviosos, tenemos que aquietarnos primero y en ocasiones no sabemos cómo distraernos, cómo llenar ese rato.

Pero a veces, sobre todo cuando el rato se alarga, el brío con que queríamos alcanzar algo se nos hace cuestionable. Nos preguntamos: ¿el asunto aún merece la pena?, ¿me ha puesto en movimiento algo que en lo más íntimo de mí mismo me sigue siendo ajeno?, ¿se me empuja en una dirección que tal vez desemboque en un callejón sin salida?

En algunos casos, una pérdida, una despedida o una enfermedad, sobre todo si amenaza a nuestra vida, nos obligan a detenernos. En lugar de mirar hacia una meta lejana tenemos que fijarnos entonces en algo próximo, por el breve rato que quizás aún nos quede. Entonces ese rato se llenará de encuentros, de amor, de reconciliación. En él se condensará tal vez una vida entera y se encandilará transfigurada por la luz del atardecer.

EL FUTURO

El futuro está presente en nosotros, pues cualquier cosa que hagamos apunta hacia una meta, nace de un propósito, un deseo, una necesidad. Pero aquello en función de lo cual hacemos algo aún no está, aún no se ha alcanzado, y sin embargo actúa poderosamente sobre el momento actual. Incluso cuando alguien afirma querer quedarse en el aquí y ahora, ese aquí y ahora está todavía ante él, es una meta en el futuro. Todo nuestro esperar, amar, planear, preparar, miran hacia adelante, hacia un cumplimiento que aún se halla en el futuro.

A veces tememos al futuro, sea un futuro cierto como por ejemplo la muerte, sea incierto como por ejemplo una pérdida o una enfermedad. A veces, por extraño que pueda parecer, tememos también a la felicidad y a la plenitud. Pues sentimos secretamente que esa felicidad y plenitud nos exigen algo y que sólo pueden alcanzarse si dejamos atrás algo presente. De este modo perdemos quizá nuestro futuro.

El futuro nos depara cosas difíciles y a veces nos exige lo último, pero también ofrece lo que nos alivia, lo que nos hace encontrar el descanso y nos llena profundamente. Para el que está abierto a ambas cosas, y las afronta, el futuro se convertirá en algo grande.

Algunos, sin embargo, sólo sueñan con el futuro sin ir a su encuentro y sin actuar. Entonces el futuro se vuelve un sucedáneo del presente. Otros también están tentados a esquivar con esperanzas vacías el presente y el futuro posible. Ese futuro se convierte así en enemigo del presente.

El futuro también se puede regalar. Los amantes, por ejemplo, se regalan un futuro cuando planifican cosas juntos y, sobre todo, cuando esperan un hijo. Los padres regalan un futuro a sus hijos al ocuparse de ellos y prepararlos para el porvenir, y los hijos regalan un futuro a sus padres cuando éstos saben que pueden contar con ellos en la vejez. Regalarse un futuro es el objetivo intrínseco del amor y lo enriquece en el presente.

EL ABURRIMIENTO

Aburrimiento significa estar en un compás de espera sin poder actuar. Nos gustaría hacer algo, pero tenemos que aguardar a que podamos emprenderlo. Entonces, por aburrimiento, muchas veces hacemos algo que en el fondo no nos interesa, sólo para matar el tiempo entre dos momentos en los que sí se podría hacer algo.

El aburrimiento puede estar impuesto por algo exterior, por ejemplo cuando tenemos que esperar a alguien o algo sin el que o sin lo cual no podemos comenzar o continuar. O cuando estamos detenidos y encerrados, como un niño castigado o un preso. Tenemos un impulso, pero no podemos ejecutarlo porque algo lo bloquea, sea exterior o interiormente.

Sin embargo, el aburrimiento también nos puede hacer entrar en razón. Nos puede hacer sentir el vacío y la sinrazón de lo que estamos haciendo. Entonces el aburrimiento, por ser desagradable, nos obliga a cambiar y poner las miras en algo distinto, más acorde a nosotros. Ese mero cambio interior relega al aburrimiento a un segundo plano, porque ya estamos empezando a planear y mentalizándonos para algo diferente.

Por cierto, el que sabe lo que es y lo que aporta la concentración, no se aburre. No está nunca encerrado. Está unido.

«MATAR ES UNA FORMA
DE NUESTRO DUELO ERRANTE»

«LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN»

Antes de que los gladiadores romanos comenzaran su lucha a vida o muerte frente al pueblo congregado en el circo, se dirigían hacia el emperador y se inclinaban ante él diciendo: «*Ave Caesar, morituri te salutant.*» O sea: «Salve, César, los que van a morir te saludan». Un prólogo solemne para el espectáculo.

¿Quién era allí el más grande? ¿Quién hacía estremecer más los ánimos? ¿El vencedor que triunfaba o el perdedor que dejaba su vida? Sin duda, era el perdedor.

Cuando los soldados van a la guerra, dispuestos a perder la vida en la lucha, ¿qué es lo que más profundamente les estremece? ¿La esperanza de la victoria o el peligro de caer en el combate? Cuando durante la última guerra un pelotón de soldados marchaba cantando por las calles de la ciudad, antes de embarcarse en el tren que había de llevarlos al frente, ¿en quiénes se fijaban más los espectadores que presenciaban el desfile? ¿En aquellos que quizá retornarían o en aquellos que se quedarían en el campo de batalla? Se fijaban en quienes pensaban que no volverían nunca más. Y en los deportes peligrosos, ¿qué es lo primero que esperan los espectadores? ¿La victoria o el accidente mortal? Sólo cuando se produce un accidente mortífero se estremecen hondamente. Pero no por el placer de mirar, como tal vez les reprochemos; es el misterio de la muerte el que les hace estremecerse por un instante, ya que les hace sentir a flor de piel la seriedad extrema de la vida: la muerte.

Pero también aquellos que están dispuestos a morir, sea porque juegan ligeramente con la vida, sea porque las circunstancias hacen previsible e inevitable el desenlace, sienten ese escalofrío, lo solemne y lo religioso que en ella se experimenta: la muerte como sacrificio, como resumen y culminación de su existencia, asociada a la idea de que se convertirá en resurrección de algunos. La profundidad y el fervor de esa idea y esa disposición a la muerte se resumían magníficamente en las palabras y la melodía de una canción de soldados de la última guerra mundial, que conmovía profundamente tanto a quienes la cantaban como a quienes la escuchaban:

*Míranos, Alemania, te consagramos
la muerte, el más ínfimo de los actos.
Y si algún día saluda a nuestras filas
nos convertiremos en la gran semilla.*

¿Y cómo se siente el emperador o el caudillo que los envía a la muerte? Quizá como el agricultor que siembra la muerte como si se tratara de la semilla que hace germinar la vida. O como el sacerdote que por el bien de la comunidad sacrifica a seres humanos. Pero lo curioso es que ese estremecimiento necesita del público, del espectador. Podríamos decir, también, de la santa comunidad. Ahí sucede algo que, en definitiva, cohesiona al grupo. El sacrificio se hace ante el grupo y por el grupo en tanto que comunidad, por muy alejado que nos parezca de la función religiosa que tuvo en sus orígenes.

¿De qué fuentes se nutre ese estremecimiento, ese espectáculo, ese ritual en el que el individuo se disuelve en el grupo reduciéndose en una parte del mismo? Es la idea del retorno a la madre, a la gran unidad. Es ésta la añoranza más honda del niño, el movimiento primario de la conciencia. Es sin duda el movimiento más arcaico, el más primitivo en el sentido originario de la palabra. Pero al mismo tiempo es el más inhumano.

¿Cómo podemos desprendernos de esa fascinación, que es incluso religiosa? No por ese amor del que se dice que es el más grande porque sacrifica la vida por los amigos, sino por esa reconciliación sin sacrificio en la que amamos de tú a tú, y más allá de nuestro grupo, a todo ser humano en función de algo más grande, algo ante lo cual todos somos iguales.

SOLDADOS

El soldado o guerrero era en sus orígenes un cazador que por una parte perseguía al venado y, por otra, defendía al grupo de las bestias peligrosas. Así aprendió el uso de las armas que posteriormente emplearía contra personas de otros grupos, sea para robarles lo que servía a su propio beneficio y supervivencia, sea para proteger a su grupo de los ataques de otro.

Esa tarea correspondió desde el principio a los hombres y desarrolló en ellos aquellas facultades y virtudes que reputamos hoy como masculinas y que en su forma exagerada tememos y rechazamos.

También hoy día cada grupo depende de que haya hombres dispuestos a mostrar esas virtudes guerreras y emplearlas, en caso de necesidad, en la lucha a vida o muerte. Esos hombres dependen a su vez de que el grupo al que quieren proteger de esta manera les dispense el apoyo y el respeto necesarios.

Naturalmente, esos soldados tienen que ser acaudillados y comandados por hombres que planeen, preparen y ejerzan la capacidad de matar, y que luego la asuman y ejecuten como tarea suya. Y que también estén dispuestos a ser heridos y muertos en esa lucha.

Hemos de aceptar que en definitiva son los soldados quienes aseguran la paz. Y que sólo pueden manifestarse por la paz aquellos que se saben protegidos por sus soldados. También han de saber que, en caso de conflicto real, sus manifestaciones, que poco esfuerzo personal exigen al individuo, pueden debilitar decisivamente la fuerza de resistencia de los soldados que deben protegerlos.

Frente a los disturbios protagonizados por algunos de los llamados pacifistas, los soldados y los policías suelen tener un comportamiento sorprendentemente disciplinado.

Al fin y al cabo son hombres.

«QUE TODO GESTO COMPASIVO SE APARTE DEL CAMINO DEL VIDENTE»

Sentimos conmiseración cuando vemos imágenes de víctimas de la violencia, de crímenes y de guerras, y nos imaginamos lo que debieron de sentir esas personas cuando fueron torturadas y muertas. Y vemos el dolor y el duelo de los familiares, sus padres, sus parejas, sus hijos. Es un impulso muy humano el que nos une con las víctimas. Tememos secretamente que también nosotros podamos sufrir algo similar, que podamos correr la misma suerte. Al propio tiempo emerge en nosotros la rabia contra los victimarios, la indignación por sus actos ignominiosos y el deseo de que se les pague con la misma moneda para que se haga justicia. Y en un dos por tres hemos convertido nuestro corazón en un nido de asesinos.

Los victimarios se convierten en nuestras víctimas y nosotros en sus verdugos. ¿Pero acaso no nos asiste el derecho? También muchos victimarios que ahora se convierten en nuestras víctimas se sintieron poseedores del mismo derecho ante sus propias víctimas.

¿Existe una salida a esa involucración en la violencia, tanto de victimarios como de víctimas, empeñadas en practicar la venganza o la justicia (en realidad, la venganza) y que de ese modo se convierten en verdugos?

En su poema sobre la caza, Rilke escribió este verso memorable:

«Matar es una forma de nuestro duelo errante...»

A primera vista, la frase se refiere a la caza, a la acción predatoria del cazador y la muerte del animal. En este contexto se sitúa también esta otra frase: *«Que todo gesto compasivo / se aparte del camino del vidente»*.

El matar o el ser matado nos lo marca el destino, pero no solamente en lo que concierne a la caza (y en este contexto también la compra cotidiana en la carnicería, aunque en este caso preferimos mirar para otro lado). La frase también es válida para las relaciones humanas. Verlo de esta forma y sin

conmiseración, sabiendo que una u otra cosa podría resultar inevitable incluso para nosotros, nos hace temblar. Es la forma de nuestro duelo vagabundo.

Pero verlo de este modo nos purifica del miedo de que sea contrario a la vida. En la aquiescencia a esta vida, tal como se nos impone, nos concentramos y liberamos para lo posible y lo ineludible.

He aquí el poema completo:

*Las reglas de la muerte conviven con el orden,
cazador obstinado, predador insaciable.
Más allá de tus armas, permaneces flotando
suspendido a las puertas del cavernoso infierno.*

*En silencio llevado, como humilde bandera
de sereno festejo que el portador de pronto
agitaba en desorden por las grutas oscuras
desbandando palomas de la noche a la luz.*

*Eran así las normas. Que todo gesto compasivo
se aparte del camino del vidente. Y no tan sólo
del cazador que al tiempo acosa y precipita.*

*Matar es una forma de nuestro duelo errante...
Pero en el sosegado espíritu es pureza
todo lo que en nosotros se cumple y manifiesta.*

(Sonetos a Orfeo - II-XI)

LA EXPERIENCIA EXISTENCIAL
DE RILKE

MEDITACIONES SOBRE LAS *ELEGÍAS DE DUINO* Y LOS SONETOS A ORFEO DE RAINER MARIA RILKE

NOTA PRELIMINAR

Desde hace muchos años me acompaña en mis viajes un diminuto librito con las Elegías de Duino y los Sonetos a Orfeo de Rainer Maria Rilke. Los he leído una y otra vez, pues me resultan inagotables. He meditado sobre ellos y puesto por escrito mis reflexiones. He aquí una muestra.

En las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo* estalla poderosamente la experiencia existencial de Rilke y nos arrastra, si nos abrimos a ella, al interior de su significado. Pues esos grandiosos cantos brotaron del poeta tras muchos años de silencio casi absoluto y después de que tuviera que abandonar completamente lo que parecía ser su voluntad y la que hasta entonces había considerado como su vocación.

Por eso, el vendaval que lo arrastró hacia la perfección de las *Elegías* y la poesía totalmente inesperada de los *Sonetos* no era un huracán relacionado únicamente consigo mismo. Obraba en él algo más poderoso, algo que también nos atañe a nosotros y quiere y puede conducirnos a una experiencia y una intelección similares.

A continuación me referiré a algunos de los planos de esa experiencia que son accesibles también a nosotros, pese a ser consciente de que en último término resultan insondables, como confesó el mismo Rilke respecto a su propia persona. Sólo quisiera mostrar algunas referencias que faciliten la inmersión en esos grandiosos cantos, sin pretender llegar a su fondo.

Las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo* constituyen una unidad, pues brotaron de Rilke como un vendaval que abarcaba ambos libros. Por eso, a veces podemos pasar sin fractura de uno a otro. Pues lo importante en ambos ciclos no es tanto el poema suelto cuanto la experiencia del ser que líricamente

se desahoga en ellos. Su canto es nuestra existencia, insertada en el nacer y el perecer, transformándolos con vistas a las últimas cosas.

Las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo* pudieron plasmarse sólo después de que el «árbol de júbilo» se hubiera quebrado para Nietzsche. En estos poemas, Rilke deambula tanto entre los vivos como entre los muertos, integrando en profunda aquiescencia los dos ámbitos en su canto. No solamente renuncia al júbilo sobre los humanos, sino también al júbilo sobre el ángel y, huérfano de todo propósito, se limita a existir escuchando el soplo.

Por eso, el árbol en el oído, imagen que aparece al principio del primer soneto, es el escuchar totalmente ensimismado de aquel canto —que precisamente así supera el deseo, siempre vuelto hacia el exterior— y sólo puede ser cantado por alguien que ha aceptado la existencia íntegra.

En el segundo soneto, Rilke introduce en su oído a una muchacha muerta tempranamente y escucha con ella el canto perfecto de Orfeo que envuelve a la durmiente con su lirismo, de modo que su muerte, en el escuchar, no es otra cosa que la melodía básica de la vida. Cuando la canción se perfecciona consumiéndose, la muerta desaparece, también del oído de Rilke, para esfumarse en la existencia pura.

Sólo Orfeo puede cantar una canción de esas características. Su canto es existencia pura. Canta en la verdad. Ese canto no tiene reclamo ni deseo, es un hálito en torno a nada, un soplo en Dios, un viento.

LA PRIMERA ELEGÍA

Al final del crudo aprendizaje de nuestra existencia no le cabe a Rilke la menor duda de que no podemos ni debemos evadirnos de la tierra y sus límites apelando, por ejemplo, a los ángeles, para romper con su ayuda los límites de la existencia terrenal. De modo que al principio de la primera elegía se sitúan el adiós a esa idea y el giro hacia lo que aquí abajo nos queda.

Como el ángel parece tan grande y tan hermoso se nos escapa quizá que su belleza no es sino el principio de lo terrorífico, pues lo que nos trasciende no sólo está sustraído al ser humano sino que sería incluso insoportable para él. Por eso, Rilke atiende a partir de ahí a las condiciones de nuestra existencia, que, al ser la muerte el desenlace final, se encuentran totalmente bajo el signo de la despedida. Sólo ante la despedida existimos de verdad.

Pero después, en vez de gritar a los ángeles, comenzamos a escuchar y oímos algo que, aun hallándose más allá del primer plano accesible, nos conmueve profundamente. La noticia que no cesa, la que se forma del silencio, viene de los muertos y se dirige hacia nosotros. Si bien están ausentes, los tenemos cerca. Al oír esa noticia nos ejercitamos para lo que nos espera. En lugar de querer llegar a los ángeles, deambulamos en esta vida entre los muertos. A quien es capaz de ello le suena la verdadera música existencial, que celebra el nacer y el morir como una unidad.

LA SEGUNDA ELEGÍA

La segunda elegía recoge una vez más el tema del ángel y el hombre.

El ángel es peligroso. Si desde el cielo descendiese sólo un paso hacia nosotros, el propio corazón nos mataría de un gran vuelco.

¿Qué distingue al ángel de lo humano? No puede volatilizarse. El flujo que de él emana lo recupera del mismo modo que nosotros recuperamos el rostro en el espejo.

Pero los seres humanos, sin embargo, vamos a menos. Incluso los amantes, que en el abrazo sienten la existencia pura, pronto vuelven a perderse, como el trago que al ser bebido desaparece del vaso. Por eso, volvernos hacia algo siempre supone despedirnos de algo.

No obstante, como pasamos de largo ante las cosas, en un intercambio volátil, nada nos sujeta y nos convertimos tanto en ignominia como en esperanza inefable para lo que aún existe.

¿Esperanza de qué? De algo que al final lo supere todo, como el ángel nos supera a nosotros.

LA TERCERA ELEGÍA

A primera vista, la tercera elegía es comparativamente fácil de entender. Tiene una secuencia clara. Cada estrofa continúa la anterior, hasta que al final nuestros sueños de las posibilidades del amor y de la libertad, de las posibilidades electivas, se disuelven en una aceptación de los modestos límites que nos marca la historia previa.

El primer sueño consiste en que el amor entre el mancebo y su amada es puro; en que el placer en el rostro de la amada viene de arriba, de las estrellas; en que es un astro puro el que le proporciona el conocimiento profundo de ese rostro límpido. Pues mucho antes de que se cruzara en su camino con la muchacha y sin que mediara relación de amor con ella, el culpable dios-flujo de la sangre levantó su cabeza divina, el falo, y la noche proclamó la sublevación infinita ante la sola presencia onírica de la cuenca y cueva de la muchacha.

Ni la madre ni el primer encuentro con la muchacha que le sentía pudieron sacudirle tan fuertemente. Pero en el primer encuentro se acostumbra al corazón secreto de ella, toma de ella el amor y comienza él mismo el otro amor. No obstante, la pregunta es: ¿alguna vez comenzó por sí mismo? No. Ni siquiera en la primera relación, la del niño con su madre. A pesar de que el caos hirviente se mantuvo claramente alejado y su destino se ocultaba tras la cortina y el armario y él, aliviado, se quedó dormido, no parecía más que un ser custodiado. Lo otro, la marea del origen, había tomado posesión de él hacía muchísimo tiempo. Para ella, incluso su nacimiento era ya obsoleto.

Entonces llegan las estrofas clave. El horror pasado lo acoge como uno de los suyos y le sonrío. Aquí está su principio, aquí comienza él. De aquí le sube a los brazos el jugo inmemorial con el que ama. Todo esto se anticipó a la muchacha.

¿Y el resultado, la posibilidad?

*...Ah callada, en silencio,
proponle cada día una tarea amorosa,*

*acércale al jardín, conviértele
en el protagonista de tus noches...
Retenle...*

LA CUARTA ELEGÍA

Los árboles de la vida, o sea nosotros, no sabemos como los árboles de verdad cuándo se instala el invierno, y no estamos informados como las aves de paso de cuándo ha llegado el momento de despedirse. Cuando el tiempo de vivir ha terminado, esperamos como hojas marchitas el viento que nos desgaje del árbol de la vida y nos deje caer donde sea, sobre algo a lo que seamos ajenos, una laguna indiferente, por ejemplo, que no sabe qué hacer con hojas marchitas.

Y no podemos florecer ni vivir ni ser magníficos como los árboles, pájaros y leones de verdad, sin pensar en nuestro final y la despedida y la última impotencia. Pues el florecer y el secarse forman a la vez parte de nuestra conciencia.

Desconocemos el sentir puro sin su contrario. Así, angustiados ante el telón del corazón, aguardamos un espectáculo que junte los contrarios en un proceso puro, en una pureza que el niño alguna vez sintió. En ese escenario del corazón se desarrollan antes las escenas de primer plano, escenas llenas de pretextos, como por ejemplo la del bailarín que al final resulta ser vulgar, aunque haya fingido no serlo.

Distinto es lo que sucede con el títere. No disimula, aunque es artificial en todos los aspectos. No tiene vida, es puro juguete. Pero promete algo y espera a que alguien intervenga desde fuera y junte lo que nosotros desunimos.

Esperando de esta manera con él ante el escenario de títeres de nuestros corazones, se va esfumando todo lo que alguna vez existió: los antepasados muertos, las mujeres, los amigos tempranos, el padre fallecido que abandona el descanso de los muertos para seguir preocupándose, y todos aquellos que alguna vez nos amaron. Sólo después de que todo lo pasado haya sido barrido del escenario de títeres y nosotros sigamos no obstante esperando con paciencia lo decisivo, sucede lo que pone fin a la escisión. Así como de niños estábamos puramente instalados en el presente, divirtiéndonos con algo duradero, experimentando junto con el juguete, el títere, el mundo entero, en un proceso puro que no incluía a la vez el fin del juego, así se levanta para nosotros el

pretexto.

¿Pero qué sucedió después con los niños? Fueron arrancados al presente y arrojados a la conciencia de lo percedero. Es la muerte infantil hecha de pan gris. El que ya antes de la vida venidera esté esa muerte, de forma inevitable pero sin enfadarse por ello, nos resulta inefable.

«EN LA VERDAD SE CANTA CON UN
ALIENTO DIFERENTE.
SE RESPIRA EN LA NADA.
ES UN SOPLO DE DIOS.
UN VIENTO ACASO»

EL PECADO

Muchas veces, pecar sólo significa que algo más grande toma posesión de mí y me arranca a lo pequeño que se le opone. En nuestras imágenes interiores, el pecado tiene que ver con el deseo sexual, la pérdida irrecuperable de la inocencia, la caducidad del paraíso infantil en el que todo se otorgaba por sí solo, sin que uno tuviese que actuar. Tras la pérdida de la inocencia hay que cultivar el terreno por cuenta propia y adueñarse del deseo; eso trae placer y dolor... e hijos.

Así, en cuanto a su resultado, el pecado es muy superior a la inocencia. Al contrario que ésta, es lo verdaderamente impulsivo, fructífero, exigente, creciente, poderoso, humano, propulsor, pero también lo humilde y lo más cercano a la tierra. El miedo al pecado es un miedo infantil. Ese miedo forma necesariamente parte del pecado, porque el pecado significa despedida y separación. Pero sólo dura mientras miremos atrás. El que mira hacia adelante afronta ese miedo y se vuelve libre y grande gracias a él.

Porque después de la expulsión del paraíso a menudo construimos otro nuevo, una nueva seguridad, por ejemplo cuando nos enamoramos soñando con una nueva felicidad duradera. Que durará hasta que la nueva expulsión del paraíso lo destruya y exija otro comienzo a todos los implicados.

Si contemplamos el pecado de esa manera, ¿qué es lo que más se le acerca en fuerza y grandeza? Comparado con la inocencia, está más cerca de lo divino.

EL ESPÍRITU Y EL MUNDO

El mundo es malo. Es maligno y hasta pecaminoso. Es lo que dice mucha gente. Y está alejado de Dios. El espíritu, en cambio, es limpio, mientras no entre en contacto con el mundo. El mundo lo contamina. Por eso debe desligarse y evadirse de él. A esa salida del mundo se le llama espiritual, camino espiritual. Quien lo recorre se purifica. Y se mejora.

Es una concepción muy difundida, sobre todo en el cristianismo, pero se encuentra también, en formas diversas, en otras religiones, como por ejemplo el budismo.

¿Pero qué es más grande: afrontar al mundo tal como es, amarlo tal como es, gozarlo tal como es, o volverle la espalda, sufrir por él, intentar escaparle? ¿Y qué es más barato? Es también extraño que la espiritualidad se asocie comúnmente con Dios, como si ésta nos alejara de algo que presuntamente se le opone y nos acercara a él.

¿Pero de dónde procede el mundo sino de Dios –si se quiere utilizar aquí esta imagen–? ¿Cómo puede acercarnos a Dios lo que se aleja del mundo? ¿No será al revés? ¿No será precisamente aquello que nos acerca al mundo lo que antes nos acercará también a Dios? ¿Y no sería entonces el camino de la espiritualidad una forma de desencaminarse, que nos aleja de Dios en lugar de acercarnos a él?

LA TOTALIDAD

La *totalidad* es más que *todo*. Cuando oímos la palabra *totalidad* algo se mueve en nuestra alma, algo que es similar al recogimiento y temor reverencial. La palabra *todo* no conmueve el alma. En cierto modo, el *todo* se puede tener, pero la *totalidad* está fuera de nuestro alcance. Por eso, la frase infantil «Tiene que haber más que todo», aunque al principio quizá nos mueva a risa, tiene un significado profundo. El niño ha captado que la *totalidad* es más que *todo*.

En el fondo, *totalidad* es una palabra para designar lo que antes se llamaba *Dios*. Porque la palabra *Dios* tampoco llega al alma; pertenece más a la esfera de *todo* que a la de *totalidad*, pues a *Dios* se le veneraba y se sigue venerándole como si se pudiese poseerlo, como si se pudiese predisponerle para una actitud favorable.

La palabra *totalidad* guarda las distancias. Es intocable para nosotros. Al mismo tiempo estamos recogidos en ella, sentimos que nos brinda sostén y nos quita el miedo.

En la *totalidad* tenemos abrigo y consuelo. Nada ni nadie puede quedarse fuera de ella, y nada ni nadie está más cerca de la *totalidad* que otra persona u otra cosa. En ella, todos somos iguales.

DIOS

¿Qué nos lleva a hablar de Dios?

¿Qué ocurre en las almas de quienes lo buscan, le hacen caso, le temen y lo aman, edifican su vida sobre él, le suplican y llevan su nombre en los labios, de quienes creen tenerlo como se tiene a un padre o a una madre?

Hay que considerar dos cosas. En primer lugar, lo que nos enseña la experiencia de que somos limitados y nos hallamos expuestos a fuerzas que disponen de nosotros, ya sea ayudando, amenazando o exigiéndonos algo. Y que el sentido de nuestra existencia, su origen y su objetivo se nos ocultan. Frente a esas fuerzas y ese secreto experimentamos una sensación tanto de atracción como de miedo. Si nos ponemos a meditar en silencio sobre este hecho, nos invade una sensación de asombro y devoción, de movimiento amoroso a la vez que de detenimiento. Esa sensación y ese movimiento detenido son la suma de lo que llamamos religioso, cuando los experimentamos. Esa experiencia religiosa, en estado puro, no tiene imagen y es igual en todos los seres humanos.

Pero es difícil de soportar. Nos exige la concentración pura, vacía y, por tanto, sin imagen. Por eso equivale a la renuncia completa al saber y a la influencia.

Quien no puede soportar esa concentración se forma una imagen, recurriendo a las experiencias que tenga a mano. Se trata de experiencias que le acontecieron de niño en su familia, como miembro de una comunidad y con su propia conciencia.

Primero llena el vacío con una persona parecida a las que conoce, sólo un tanto enaltecida y exagerada. Son la madre, el padre, los antepasados, el soberano.

Luego el sentimiento religioso originario es sustituido por sentimientos determinados por nuestra conciencia. Son el miedo de perder la pertenencia al grupo, la necesidad de hacer lo que sea para conservar o recuperar esa pertenencia, la segregación frente a otros grupos unida al sentimiento de la

elección propia y de la ignominia de otros colectivos.

Las imágenes de Dios y los rituales específicos de las religiones pueden diferir, pero en el fondo todos se remontan a las mismas experiencias humanas.

Si advertimos que esto es así, ¿podemos todavía hablar de Dios? En este caso, el silencio habla más alto.

LA ORACIÓN

En sus orígenes, la oración era una llamada de auxilio que el hombre lanzaba al encontrarse en una situación de peligro y emergencia extrema, en la que ya no sabía qué hacer. Una situación similar a la del niño que grita, pidiendo socorro, cuando se ha extraviado en el camino y ha perdido la conexión con sus padres. Los estados anímicos son los mismos en esos momentos. También en la oración nos sentimos desvalidos y buscamos la protección y ayuda de alguien que vele por nosotros y nos quiera como los padres quieren a sus hijos. Dios no es entonces otra cosa que lo que el padre o la madre son para el niño. Por eso, esa oración presupone una imagen de Dios que se parece a la de los padres y que es personal, de modo que podamos tratar con él de tú a tú. El que esa imagen sea a veces enaltecida, al representar a Dios como rey o juez, no altera la situación fundamental. Nosotros le pertenecemos a él, y él nos pertenece a nosotros. Es la razón por la cual también decimos «Dios mío». Él se hace cargo de nosotros, benévola o punitivamente, exigiendo o concediendo, a veces de forma imprevisible.

Resulta, sin embargo, que ese Dios, en la experiencia cotidiana actual, se ha retirado de nosotros. Ya no responde. Guarda silencio. La imagen personal de Dios ha dejado de funcionar. A la vista de nuestra historia reciente —por ejemplo, cuando hablamos de Dios después de Auschwitz— esa imagen nos parece más bien penosa, y somos reacios a invocar su nombre. Por eso no es extraño que la palabra *Dios* se evite incluso en las iglesias. ¿Quién se atreve todavía a probar la existencia de Dios o a enumerar sus cualidades? También resulta difícil hoy en día explicar que él se revelara como persona al género humano.

¿Se ha acabado por tanto la oración? No. Sólo se transforma. Porque la experiencia de que somos finitos, de que a menudo somos milagrosamente llevados y protegidos de múltiples maneras; es decir, de que obran poderes que experimentamos sin poder captarlos ni comprenderlos, más bien se ha profundizado. Pero ya no intentamos influir en ellos, por ejemplo mediante la

oración. Lo que podemos hacer es encomendarnos, confiarnos, someternos a ellos, entrar en sintonía con el movimiento que parte de ellos, sin deseo propio, también sin miedo, miedo al hundimiento y a la muerte, y entonces experimentamos de repente que a través de nosotros actúa algo que es poderoso, al tiempo que nos tranquiliza y llena profundamente. La entrega a ese movimiento la percibimos como oración, sobre todo cuando es devota, llena de asombro y agradecida.

En el pasado, y muchas veces también hoy en día, la oración fue el rezo por otros, en el sentido de desear el bien y el auxilio a otras personas, y, efectivamente, a menudo hemos visto cómo la oración obraba milagros. Esa oración no se pierde con el cambio de las imágenes de Dios. Al contrario. Pero nos educa para la solidaridad con el prójimo de una manera totalmente distinta a como lo hacía la rogativa hablada. Es el amor el que en cierto modo envuelve al otro, queriéndolo tal como es, encomendándolo al movimiento de aquellas fuerzas que determinan su destino y que están a su vez en sintonía con ese destino, de manera que esa oración por el otro se iguala con la entrega al movimiento que nos ha arrebatado y que crece convirtiéndose en un gran torrente.

EL MILAGRO

Los milagros vienen del alma, pues es el alma la que abre el acceso a horizontes insospechados, que superan nuestras experiencias pasadas y los límites que éstas nos han impuesto. Entonces lo predeterminado se disuelve y afloran realidades que al principio quizá nos asusten. Miramos y escuchamos para otro lado y preferimos sentarnos que dar los primeros pasos hacia esa oscuridad y esa luz. La luz nos atrae, la oscuridad nos hace temblar.

Y entonces sucede el milagro. Decimos palabras que no hemos pensado, damos pasos que no estaban planificados, y emprendemos cosas que antes no nos atrevíamos a considerar. Alrededor de nosotros va cambiando algo que parecía impenetrable y sin perspectiva. Entonces el alma no sólo nos ha aprehendido a nosotros sino también a las personas de nuestro entorno. Cada uno experimenta lo sucedido como un milagro y está conmovido; así ocurrió, por ejemplo, cuando cayó el muro de Berlín y de repente todo cambió.

También experimentamos como milagro la comprensión de realidades hasta entonces ocultas. Porque emerge súbitamente, incluso después de que hayamos luchado en vano por ella. La percibimos como un regalo que recibimos de un poder exterior que nos auxilia. Pero ese poder no nos es desconocido; nos sabemos unidos a él. Es más, todos nos sentimos dentro de él como si le perteneciésemos y él nos perteneciera a nosotros, y nos envolviera y condujera serenamente y con paciencia. Nuestra alma contacta con ese poder, y lo reconoce como un alma ancha y grande que contiene y guarda en sí la nuestra.

De esa gran alma proviene lo que consideramos milagroso, tanto los pequeños como los grandes milagros. Entre esos milagros se pueden incluir los encuentros con otras personas que nos han llevado más allá de nosotros mismos. También la salvación ante un peligro, una enfermedad o una situación sin salida, se vivencia muchas veces como un milagro. Solemos decir entonces que «nos ha protegido el Ángel de la Guarda», para expresar que algo exterior ha intervenido prestándonos ayuda.

Pero a veces se nos olvida darle las gracias a ese poder, perdemos el contacto con él y nos limitamos a decir: «Hemos tenido suerte». O nos sentimos privilegiados por el destino, nos volvemos soberbios confiando en él, y enaltecemos así nuestro ego en lugar de reconocer que nos han ayudado las fuerzas del bien. De este modo nos alejamos de nuestra alma, perdemos el acceso y la confianza en ella.

Si estamos en sintonía con lo que sentimos en lo más íntimo de nosotros, vivenciamos cada día milagros del alma. Y ellos hacen que nuestra vida sea maravillosa, colmada y rica.

REDENCIÓN

Consideramos que accedemos a una redención, cuando somos liberados de algo que nos pesa y oprime, sobre todo si no podemos deshacernos de ello y superarlo por nuestras propias fuerzas. Por ejemplo, una culpa, un defecto, una enfermedad mortífera, pero a veces también un sentimiento, un impulso que es más fuerte que nosotros o un castigo que tememos y que, no obstante, sentimos que merecemos.

A veces también queremos redimir a otra persona, cuando observamos que está paralizada por un temor o un destino de estas características, pero desea superar su situación. A menudo, los hijos quieren redimir a sus padres de una enfermedad o añoranza de muerte, incluso de la propia muerte. Entonces se imaginan que los redimirían si ellos mismos asumiesen el destino, la enfermedad, la culpa o la muerte de sus padres. En esa concepción subyace la idea de que pagando con la misma moneda uno puede rescatar a los padres u otras personas queridas y liberarlas de su peso y su miedo.

¿Pero a quién se le va a pagar ese precio? ¿Quién lo pide? ¿A quién se puede sobornar de esta manera? ¿Acaso existe alguien que desee eso, y que cuando el precio esté pagado quiera y pueda otorgar la liberación por recibir el precio? Esas son ideas que resultan contradictorias con la razón y la experiencia. Sin embargo, son indudablemente poderosas. ¿Por qué? Porque el que paga de ese modo, se siente a sí mismo como un ser afectuoso, sobre todo como un niño bueno y a la vez como dueño de la vida y la muerte. Detrás de la idea de que es posible redimir a otros mediante la muerte propia y la enfermedad propia, hay un delirio de omnipotencia en el que uno se siente igual e incluso superior a Dios, puesto que Dios no sería capaz de ello ni, sin previo pago, estaría dispuesto a hacerlo.

¿Qué pasa cuando esperamos la redención por nosotros mismos? Cuando queremos deshacernos de algo aunque forme esencialmente parte de nuestro ser, como por ejemplo una culpa personal. ¿Nos va mejor entonces? ¿Somos más humanos y estamos más próximos de la vida real?

Sin embargo, existe una redención cuando nos enredamos en los destinos de otros sin saberlo y sin poder defendernos de ello. Cuando esos enredos salen a la luz, nuestra mirada cae sobre las personas que fueron excluidas, temidas y olvidadas en la familia. Entonces vuelven a ser integradas y ya nadie tiene que cargar con su destino. Uno está liberado, redimido de él. Y también lo están esos excluidos. Ya no generan una carga para otros. Una vez aceptados, pueden retirarse y redimir así a aquellos que antes tenían que llevar a costas un destino ajeno.

Esa redención no necesita pago. En ella no se resta nada sino que se gana algo. Algo que estaba incompleto pasa a estar entero, y todos salen ganando sin que ninguno pierda nada.

EL SUFRIMIENTO

Toda criatura sufre. La vida y el sufrimiento son tan indisolubles como la vida y la muerte. Así como el florecer y el marchitarse forman parte de un todo, del mismo modo el sufrimiento pertenece a una vida colmada. Pero así como la vida se desenvuelve durante mucho tiempo con vistas a la muerte y ésta, aunque siempre cercana, cede a su vez a la vida puesto que también le sirve, así sucede con el sufrimiento. Nos amenaza, hace presa en nosotros y se retira. Lo superamos y, curiosamente, salimos fortalecidos para la vida.

El sufrimiento nos hace más prudentes, más humanos frente a otros, y despierta en nosotros fuerzas especiales tanto físicas como anímicas. El sufrimiento también nos hace sabedores y bondadosos.

Algunas personas buscan el sufrimiento y lo retienen. Entonces el sufrimiento se parece a un adiós a la vida, a veces también a un mendigar sin actuar. En este caso, el sufrimiento se convierte en enemigo de la vida. En lugar de madurar y crecer, nos atrofiarnos en él.

El sufrimiento que está al servicio de la vida exige que lo afrontemos para superarlo y, fortalecidos de esa manera, entregarnos de nuevo a la vida. Pero llega finalmente el momento en que el sufrimiento nos prepara y nos conduce a la muerte. Nos desliga de la vida, es una despedida paso a paso. El sufrimiento nos hace entonces maduros para la muerte, es su mensajero; lo añoramos como una redención.

LA ILUMINACIÓN

La iluminación se distingue de la intelección o entendimiento. Éste posibilita la acción y le sirve. La iluminación, en cambio, nos une a algo grande, está en cierto modo más allá de la vida, es casi una despedida de ella. En la iluminación uno descansa, se encuentra en la meta, ya no necesita actuar. Sin embargo, el iluminado alumbrá, obra quizá sin actuar y, mientras obra, está alejado y en actitud arrobadora.

Pero algunos iluminados regresan, no llaman la atención y sin embargo alumbran. Algunos de ellos son los grandes maestros de la humanidad.

¿Debe ambicionarse la iluminación? ¿Debemos buscarla? ¿Nos hace más humanos? No lo sé. Sólo he reflexionado sobre ella.

¿Y qué pasa con aquel que renuncia a la iluminación? En la oscuridad estará quizá más cerca de lo esencial.

LA MADRE

De nuestra madre nacimos. En ella, el semen de nuestro padre encontró el óvulo y se fundió con él. En ella, el óvulo fecundado anidó fundiéndose con ella. En esa fusión fuimos madurando en su seno. Nunca nadie ha estado ni estará más cerca y más unido a nosotros que nuestra madre. Fue nuestra felicidad primera y más profunda.

Porque la felicidad no es otra cosa que la unión, o más aún: es la fusión con otro ser humano o con algo que percibimos como similar a otro ser humano, como Dios, por ejemplo. Sólo esa fusión hace que la felicidad sea íntima.

¿Y qué pasa con la infelicidad? La primera infelicidad, la primera experiencia dolorosa de la desdicha, es la separación de la madre en el parto. Por eso, nuestro primer sonido es un grito de dolor. Así como en toda felicidad aún actúa y se busca la experiencia primitiva de la fusión con la madre, en toda infelicidad se manifiesta la otra experiencia primitiva: la de la separación materna. De modo que en nuestra alma asociamos ambas cosas con ella: la infelicidad y la felicidad. Por eso no existe para nosotros ninguna experiencia feliz sin la consiguiente infelicidad, y viceversa. La felicidad pura será siempre un sueño irrealizable.

No obstante, es un sueño que se sueña reiteradamente; por ejemplo, cuando dos se enamoran.

¿Quiénes se enamoran más intensamente? Aquellos que experimentaron más dolorosamente la separación de la madre, separación que no conoce diferencias esenciales entre hombres y mujeres. ¿Y quién se decepciona más profundamente en el amor? El que tiene que reconocer que la pareja no cumple o no puede cumplir el sueño de la primera fusión con la madre. Sin embargo, la fusión con el hombre amado o con la mujer amada se experimenta como la unión más satisfactoria e íntima que exista con otro ser humano después de la fusión materna. Es la que más se le acerca; parece un retorno a ella. Ésta es tal vez la razón por la cual esa unión vincula mutuamente a la pareja, de forma

similar a como antes vinculaba al niño con la madre. Por eso, la separación de una pareja se vive de manera casi tan dolorosa como la primera separación de la madre.

Pero sólo podemos crecer si se dan ambas cosas: la unión y la separación, la felicidad y la infelicidad.

La añoranza primitiva de fusión con la madre también es una fuerza propulsora en la búsqueda de Dios, cuando se trata de lograr el consuelo y la unión mística con él. Es cierto que ésta se describe muchas veces recurriendo a la imagen del maridaje, en la que Dios es el novio y el alma la novia; pero también aquí subyace, para el sentimiento, la fusión con la madre. Por eso, incluso en este camino, si ha de llevar a alguna parte, se necesita la separación, la experiencia del abandono, la noche oscura del alma, el saber y la voluntad... la purificación. Es la renuncia a cualquier consuelo, el vacío concentrado.

¿He ido demasiado lejos? Tal vez. Pero es que me he ido hilvanando estos pensamientos sobre tantas cuestiones... Pensamientos que están en el camino.

EL NO

El no está tan presente como el ser. Pues cada ser está rodeado de lo que no es. Está en cierto modo limitado por el no. Dicho más exactamente, lo que es está limitado por lo que no es, pues no sabemos nada del ser que se manifiesta en lo que es. Sólo concluimos de lo que es que existe algo común a todo lo que es, y lo llamamos el ser, aunque no aparece.

Lo que es y nosotros conocemos está limitado por otro no ser. El otro no ser que lo limita es para ese ser algo que propiamente no es, un no ser él mismo.

¿Y qué ocurre pues con el ser? Contrariamente a lo que es, el ser no tiene pasado ni futuro. Sólo tiene un presente para nosotros. ¿Pero existe solamente el ser? Entonces tendría que llenarlo todo, y no existiría nada fuera de él. Pero quizá exista al lado y por encima del ser algo que lo limite, precisamente el no. Al igual que el ser, también el no sería puro presente para nuestro pensamiento, sin pasado ni futuro. Dado que limita al ser, sería más grande que el ser. Comparado con éste, sería infinito.

Naturalmente, lo que aquí se pone de manifiesto es que no podemos decir nada sobre el ser ni sobre el no. Estamos limitados por nuestras facultades intelectuales. Nuestro pensamiento no puede alcanzar los últimos secretos. Pero cuando nos acercamos intelectualmente a esos límites, nos volvemos modestos. Entonces ya nos atrevemos menos, o no lo hacemos en absoluto, a hablar sobre Dios, o el Apocalipsis, o el pecado, o menos aún sobre la condena eterna.

Pero vuelvo una vez más, en cierto modo como experimento, a los pensamientos sobre el ser y el no. ¿Qué sería la perfección del ser y de todo lo que es? El momento de su disolución en el no.

EL PENSAMIENTO

«El pensamiento es libre», decimos sin pensarlo dos veces. Algunos también dicen: «Podemos pensar lo que queremos», como si los pensamientos obedeciesen a la voluntad. Los hay que incluso se llaman a sí mismos «librepensadores», porque piensan estar libres de las coacciones de aquellos que piensan de forma diferente y que, sobre todo, creen de forma diferente a ellos. Su pensar los ha hecho libres de la creencia de los otros.

¿Pero eran realmente sus pensamientos y su pensar? ¿De dónde vienen realmente los pensamientos? A lo mejor nos están marcados y no hacemos otra cosa que re-pensar lo que mediante el pensamiento se apodera y dispone de nuestros servicios, sean pensamientos buenos, nuevos, viejos o incluso malos. Es decir, los pensamientos nos guían en una determinada dirección y nosotros los seguimos quizá ciegamente. ¿Lo sabemos cuando pensamos?

Algunos pensamientos vienen de la intelección. Son por regla general pensamientos profundos. Nos unen a algo que está más allá de nuestros pensamientos, los moderan y los ponen al servicio de la vida.

Otros pensamientos son livianos, arbitrarios, superficiales, están desligados de la realidad experimentable y se convierten en opinión sin que medie intelección, experiencia o conocimiento. Por eso son peligrosos y ajenos a la vida. Pero incluso estos pensamientos están tal vez dirigidos y sirven de polo opuesto que provoca el conflicto y hace posible el progreso y desarrollo.

¿Debo centrar mi pensamiento en esta cuestión? Es preferible que dé rienda suelta a unos y otros pensamientos, que me sustraiga a su fugacidad y espere a que la comprensión me inspire quizá un nuevo pensamiento, sencillo, amigable y capaz de iluminar el paso siguiente que tengo que dar en mi camino.

CONSIDERACIONES
A MODO DE EPÍLOGO

SENTENCIAS

La intelección abre, la interpretación cierra.

El saber muchas veces entorpece el cambio.

El conocimiento de sí mismo yerra fácilmente el yo.

Conocerse a sí mismo quiere decir saber cuál es el paso siguiente.

La doctrina pura se humaniza en cuanto alcanza al corazón.

Sólo la mirada hacia atrás muestra lo que fue.

Cuanto más se mira para otro lado tanto más hay que hablar.

Nada se nos escapa al guardar silencio.

Sólo el necio lo sabe todo.

La curiosidad enajena.

Los esotéricos están fuera de sí.

Lo exagerado gusta.

Las novedades envejecen rápidamente.

Exigir es fomentar.

Sólo mediante el reconocimiento llego a la igualdad. No hay hombre sin madre.

Quien toma a su madre puede comer.

Las hijas por su madre se vuelven hermosas... y felices.

Amor es transición.

Lo que uno ama se amolda.

A quien nada desea nada se le malogra.

La felicidad permanece si uno actúa.

La infelicidad incluso le alcanza a uno con los ojos cerrados.

Recibiendo nos quedamos pequeños; dando lo que hemos recibido nos hacemos grandes.

Quien exige más da menos.

El yo limita.

Lo bueno quiere crecer.

Sin resistencia no hay crecimiento.

Algunos corazones no se rompen por despecho sino por venganza.

El cocodrilo llora antes de morder.

La compasión castra.

Al consolar a alguien fácilmente le cargamos algo propio.

A veces, cuando nadie se opone, no merece la pena morir.

Sin miedo no hay valor.

A menudo la búsqueda del bien no es más que una huida.

Sólo teniendo pretensiones se puede estar moralmente indignado.

El lobo que previene a las ovejas contra los lobos malos prefiere comérselas solo.

Transitar en presencia de Dios y transitar en presencia de los humanos: ¿existe una diferencia?

El camino a la luz de Dios conduce también por sus sombras.

Elegido puede significar condenado.

Lo correcto no tiene prisa.

En la meta hay tiempo.

DOS CLASES DE SABER

Un erudito preguntó a un sabio
cómo las partes se juntan para formar el todo
y cómo el saber de lo mucho
se distingue del saber de la plenitud.

El sabio dijo:
«Lo muy disperso se vuelve un todo
cuando encuentra un centro
y actúa concentradamente.
Pues sólo con un centro lo mucho se vuelve
esencial
y real,
y su plenitud nos parece entonces sencilla,
casi escasa,
como fuerza serena que obra sobre algo próximo
y permanece abajo
y cerca de lo que sostiene.

Para experimentar o comunicar
la plenitud
no necesito pues
saber,
decir,
tener,
hacer
todo individualmente.

Quien quiere llegar a la ciudad
pasa por una sola puerta.

Quien tañe una campana una sola vez
hace sonar muchos sonidos a la vez.
Y quien coge la manzana madura
no necesita escudriñar su origen.
La tiene en la mano
y come.»

El erudito objetó que quien
quería la verdad
tenía que conocer todos los detalles.

El sabio lo contradijo.
Sólo de la vieja verdad se sabía muchísimo, afirmó.
La verdad que llevaba más allá
era audaz
y nueva.
Pues oculta su final
como una semilla el árbol.
Quien por tanto vacila en vez de actuar
porque quiere saber más de lo que
le permite el paso siguiente,
pierde lo que surte efecto.
Toma la moneda
por la mercancía
y hace leña
de los árboles.

El erudito dijo
que eso sólo podía ser una parte de la respuesta
y le pidió
un poco más.

Pero el sabio
hizo un gesto denegatorio con la mano
diciendo que la plenitud al principio se parecía al mosto en el barril:
dulce y turbio.
Y hace falta fermentación y tiempo suficiente
para que se aclare.

Quien entonces bebe en vez de degustar
comienza a vacilar donde quizá debiera actuar.